

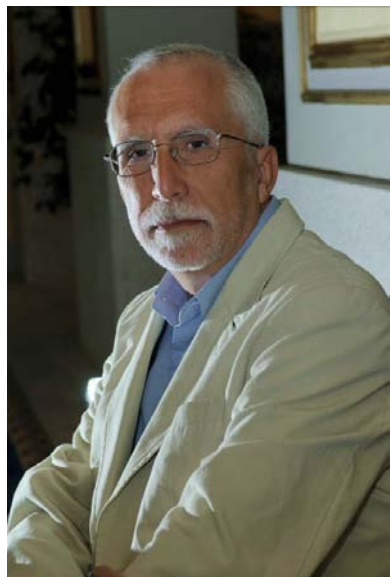
ALFAGUARA



Luis Mateo Díez

Los frutos de la niebla





El autor

Nació en Villablino, León, en 1942. Su primer libro de cuentos, *Memorial de hierbas*, apareció en 1973. Alfaguara ha publicado sus novelas *Las Estaciones Provinciales* (1982), *La Fuente de la Edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *Apócrifo del clavel y la espina* (1988), *Las horas completas* (1990), *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Días del Desván* (1999), *Fantasmas del invierno* (2004) y *La gloria de los niños* (2007). Sus fábulas están reunidas en *El diablo meridiano* (2001), *El eco de las bodas* (2003), *El fulgor de la pobreza* (2005). Y todos sus cuentos están recogidos en *El árbol de los cuentos* (2006). El libro *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese lugar

Luis Mateo Díez

Los frutos de la niebla

Los frutos de la niebla

Cimo me esperaba en el Bar Ballesta y yo acudía, después de los meses que transcurrieron desde nuestro primer encuentro, sin ninguna solución razonable a lo que me había planteado en su confesión y dispuesto a dar por zanjado un asunto que llegó a preocuparme más de lo debido.

—Es la suerte de que un viejo amigo al que vuelves a ver sea policía. No te puedes imaginar lo que para mí supone que nos hayamos reconocido... —dijo Cimo aquella tarde en la Estación de Armenta, cuando uno y otro caminábamos en dirección opuesta por el andén, esperando el tren que llegaba o el que se iba, y de pronto nos detuvimos frente a frente, a medio metro de distancia, y él musitó mi nombre y yo tardé un poco más en decir el suyo.

Los años no pasan en vano, y los que habían transcurrido desde nuestra adolescencia en Ordial eran más que suficientes para que el espejo de lo que habíamos sido estuviese deformado.

Yo no me avengo a la idea de que en mi transformación, para evitar esa imagen de que es la deformidad quien mejor expresa lo que el tiempo nos roba, sea el peso excesivo el que gane la partida al cuerpo saludable que pude tener. Los kilos de más, muchos y no muy bien repartidos, me han proporcionado menos agobio que conformidad, como si en la conquista de los mismos hubiese invertido el gusto o el placer de vivir y el débito que requiere. La conformidad no es una forma de resignación sino de aceptación apacible, y la templanza nunca estuvo entre las virtudes que pudieron interesarme.

Mi cuerpo le ha ido dando lentitud a mi vida y, sin embargo, ni mi mente ni mi espíritu se han resentido de una indolencia perniciosa. Esa lentitud tampoco perjudicó el desarrollo de mi profesión. En los avatares de mi trabajo, exceptuando las ocasiones de acción y riesgo, siempre me interesaron la observación demorada y las consideraciones que matizan lo que cualquier investigación requiere.

La materia del delito, que es de la que me ocupo, no es habitualmente obvia, las razones y las sinrazones componen la contradicción de muchas conductas y, a veces, para descubrir hay que comprender, y el entendimiento en mi caso siempre conlleva una actitud pausada.

En Cimo lo que el tiempo deforma, o transforma, se supeditaba a una imagen degradada del adolescente que había sido. No había kilos de más o de

menos, lo que había era una suerte de vejez prematura o, más exactamente, una enquistada convalecencia que alargaba el reflejo de una mala salud en la que los años también habían hecho su labor.

El Cimo de aquellos tiempos era igual de espigado y su fragilidad se notaba en el contraste con la fortaleza o el derroche vital de los demás, también en la altanería o el desprecio de los más pagados de sí mismos, aunque era mayor su discreción que su timidez, y en el recuerdo que pueda quedarme de esa fragilidad hay mayor evidencia de una especial finura que de una apreciable debilidad.

La vertiente menos expresa del carácter de Cimo, su actitud siempre más silenciosa o retraída, no hacía presumir un ánimo endeble sino delicado. Era el más extraño de todos los amigos o, como se decía más directamente, el más raro, y el que menos participaba de la amistad común o el compañerismo ocasional, lo que le proporcionaba cierta aureola muy particular que percibían con mayor curiosidad las chicas y que, en más de una ocasión, planteó algún conflicto de envidias o emulaciones en el siempre espinoso asunto de los amores presumidos o contrariados. Además, la presencia de Cimo en el Ordial de aquellos años fue muy transitoria y su desaparición no suscitó excesivos comentarios.

—No era un amigo policía lo que necesitabas... —le volví a repetir aquella tarde en el Bar Ballesta, entre las consideraciones con que fuimos evaluando los resultados de su requerimiento a raíz de nuestro encuentro meses atrás en la Estación de Armenta—. A lo mejor te hubiera convenido más un cura.

La transformación de Cimo, más allá de la mata plateada del cabello que coronaba su palidez y resultaba lo más evidente de todo, radicaba en el nervio sarmentoso que comprimía y hacía temblar su cuerpo, como si la tensión de sus pensamientos y preocupaciones se alimentara en ese interior punzante.

Los ojos seguían brillando con el punto de fiebre que siempre salpicó su mirada, aunque probablemente las décimas estaban más desgastadas y la mirada había perdido algún grado de ausencia, lo que tanto contribuía a que Cimo fuera un ser distante, abstraído, lejano, y que todavía a mi lado, compartiendo la mesa del Bar Ballesta donde me esperaba, esa lejanía supurara un aliento desolado, mientras sus manos no lograban juntarse sobre el mármol.

—No tengo fe, Conrado, no creo en nada. Y jamás confundí el alma con el espíritu. El policía está más cerca que nadie del asesino. Son los muertos que

maté con mi enfermedad los que necesito sufragar con mi culpa.

No se entiende muy bien que alguien con la experiencia que ha acumulado en una vida como la mía ceda de la manera en que lo hice a un requerimiento como el de Cimo, aunque hay dos datos que ayudarían a comprenderme o a justificar aquella actitud, y ambos se relacionan con ese instinto que orienta el carácter del policía.

Se trata de la curiosidad y de la observación.

En el olfato del policía, que se alimenta entre otras cosas de su mirada y su interés, hay algún aliciente de percepción y conocimiento no muy ajeno al ojo clínico del médico. Y en esa disposición que, con frecuencia, se suscita y desarrolla de modo no premeditado, como un atributo que pertenece a la naturalidad profesional, se promueven las correspondientes alertas, las advertencias que de pronto afloran como suspicacias sostenidas por una curiosidad y una observación que fluyen a su aire y a su ritmo sin que la conciencia profesional deba activarlas.

El policía, como el cazador de tantas otras cosas, pongamos por ejemplo, el cazador de historias, el que cuenta lo que inventa en el intento de contar la vida, no los meros cuentos de su desatada fantasía, anda como suele decirse con la escopeta cargada. El policía es, en parecida proporción, un cazador furtivo, que no precisa de la orden y el respeto de la veda, quiero decir que en el trance de su investigación no hay limitaciones en el camino de los descubrimientos, en la resolución de lo comprometido, otra cosa, por supuesto, es el respeto a la legalidad vigente y el criterio para que los medios no sobrepasen los fines.

Me estoy refiriendo a los resortes de la indagación, a lo que la razón y las comprobaciones van actuando en el repaso de las pistas y en la concatenación de los resultados donde, como bien sabemos, hay un proceso ordenador de lo que habitualmente se muestra en el más completo desorden, esa inclinación a lo que llamamos ir atando cabos desde los hallazgos que también frecuentemente expresan las más arbitrarias contradicciones.

La observación de Cimo, apenas en la primera conversación en la Cantina de la Estación de Armenta, en cuyos andenes nos habíamos reconocido, detectó lo que la angustia inyecta en el pulso acelerado.

Fácilmente podía preverse en el ir y venir de sus pasos la voluntad de

quien aguarda muy nervioso la llegada de alguien o la urgencia del que espera el tren para salir huyendo, pero esa previsión yo no la había hecho en su momento, cuando todavía no habíamos reparado el uno en el otro, y se me ocurrió después, cuando en la Cantina comenzamos a hablar y Cimo fue al grano de una manera tan precipitada, tras las primeras informaciones sobre lo que había sido de cada uno tanto tiempo después.

—Nada que merezca la pena contar... —dijo Cimo, con la obligada exculpación de quien se encoge de hombros, exageradamente interesado por mi condición de policía—. Las rentas familiares me van sacando a flote, el hijo único hereda lo que hay. A mis padres ni siquiera llegué a conocerlos. Un rentista, ya ves qué cosa más antigua y prosaica.

La curiosidad viene del deseo, de ese acicate de la averiguación que, si tuviera que confesar alguna razón para haberme hecho policía, cosa muy improbable en las previsiones de la juventud, cuando se decantan las orientaciones vocacionales, probablemente sería lo que movió mi voluntad.

Fui un niño curioso y más asombrado de lo normal y un adolescente tan aturrido como expectante, y a lo largo de mi juventud nada que no obtuviera una mínima claridad en su sentido me complacía, de modo que la vida comenzó a parecerme, en todos sus aspectos, un asunto a resolver.

El policía asumía ese deseo de la averiguación en la materia que, primero desde mis lecturas y no mucho más tarde desde la atención que me procuraban los sucesos, cualquier noticia que contuviera un indicio de delito, preferentemente criminal, despertaba ese interés que podía llegar a obsesionarme. Era un deseo que encontraba su cauce en un trabajo del que desde mis aficiones iba haciéndome una idea bastante adecuada, hasta en la propia imagen que me forjaba del policía de la ficción y de la realidad, la conducta laboral del rastreador discreto para quien el suceso se convertía en caso desde el momento en que asumía su investigación.

Existía un proceso mental en el niño curioso y en el adolescente atento y en el joven que no se sentía satisfecho hasta que alguna luz hacía comprensible lo que no acababa de esclarecer, que se ajustaba a un orden de razonamiento en el que se coordinaban las deducciones. No se trataba de un niño particularmente avisado ni de un adolescente más advertido que la media, en esa edad confusa y vacilante, ni de un joven que ya se hubiera hecho dueño de la inteligencia que empieza a volar deslumbrada, era algo más parecido a una inclinación o a un instinto que ponía en marcha ese mecanismo.

Puede que fuese un don, pero no de la categoría de los bienes naturales que se tienen o reciben, sino de la modestia con que se constituyen los rasgos de lo que somos, las capacidades que ayudan a conocernos.

Y también se trataba de un entretenimiento, y ésta fue una de las funciones que más contribuyeron a decantar esa orientación que tanto me apasionaba en el ejercicio mental y en la consolidación de un pensamiento o, mejor dicho, del mecanismo de un pensamiento. En el juego de las deducciones había un camino de descubrimiento. Las bazas del azar no podían prevalecer sobre las de la razón, pero en los términos de esa indagación en la

que el descubrimiento era el hallazgo todo podía resultar extremadamente azaroso.

La curiosidad se alimentaba de la observación, y en la mutua corriente del observador que escudriña lo que va observando es irremediable que la curiosidad incremente la indiscreción. Uno aprende, al fin, que la imagen del policía circunspecto y hasta sensato se contamina y alimenta del riesgo de ese deseo que mueve la averiguación, un deseo que hay que cumplir para llegar al final, ya que todo deseo, sea del orden que sea, siempre implica un movimiento de la voluntad hacia el conocimiento o la posesión o el disfrute. El deseo que no se realiza, que no se logra, propicia la frustración, el fracaso, por ejemplo, del asunto que no se resuelve.

—No sé a qué muertos te referías... —le dije a Cimo cuando aquella tarde en el Bar Ballesta el largo silencio del prólogo, una vez que me senté a su lado, determinó la evaluación de una historia que dejaba tan poco que contar y tanto que presumir, como si todos los hechos de la misma no fueran otra cosa que presunciones.

—Los muertos de los que soy culpable... —musitó, sin que la voz se librara del estremecimiento, mientras las manos, al contrario de lo que había sucedido en la Cantina de la Estación, permanecían tensas y entrelazadas sobre el mármol pero sin ningún temblor.

—Bueno, la culpabilidad tiene posibilidades variadas de administrarse, para qué vamos a engañarnos. Dices que los mataste con tu enfermedad y en algunos de los casos que me indicaste apenas puede rastrearse tu compañía. Nadie te conoce o nadie te reconoce. Eres el asesino secreto de algunos muertos inexistentes o de otros que fallecieron sin que haya indicios de haber muerto así, asesinados.

—Hay un mal que es un tormento invisible... —dijo Cimo, repitiendo la frase que ya había pronunciado con cierto énfasis en nuestra conversación de la Cantina de la Estación de Armenta, y esta vez me pareció todavía más propia de alguno de los personajes de las novelas que hacía mucho tiempo que yo había dejado de leer.

Lo más urgente es que sepas que en estos últimos meses he vivido aquí, en Armenta, no por la obligación de mis asuntos, aunque tengo algunas propiedades, sino porque alguien me pidió que le acompañara o porque la casualidad de esa compañía es la misma que surge en mi vida cuando menos lo espero, como si a la vuelta de cualquier esquina alguien estuviese aguardándome.

Fue lo primero que dijo Cimo en la Cantina de la Estación, después de los escuetos repasos personales a lo que había sido de nosotros, mucho más explícitos en mi caso que en el suyo, aunque tampoco se le veía muy interesado en conocerlos.

Exactamente dos meses y medio, en los cuales estuve alojado en el Hotel Báltico los tres primeros días y donde ni siquiera volví por el equipaje, que eran las cuatro cosas precisas para quien no tiene intención de quedarse. Tenía que firmar un documento en una Notaría y hablar con el arrendatario de una nave industrial que estaba interesado en comprarla.

Ahora no me acabas de encontrar y reconocer con la intención deirme, como quien cumplió lo que debía, sino con la de quien huye y, además, en este caso, que tanto se parece a otros, con el peligro de verme perseguido.

Es la ocasión en que todo acaba de la peor manera, quiero decir que, a diferencia de las otras, vienen a por mí.

Lo que Cimo hizo en ese momento, allí sentados frente a frente en una mesa esquinada de la Cantina que él había elegido, fue alzar los ojos no para mirarme sino para dirigirlos al ventanal que la suciedad oscurecía sobre los andenes: un paisaje borroso también tamizado por el humo y la carbonilla.

Era un buen comienzo para quien está acostumbrado a que algunos casos empiecen de forma abrupta, que suele ser un modo de arrancar derivado de la necesidad de que quien se acerca a confesar o denunciar algo lo haga con la correspondiente sobrecarga de ansiedad y desconuelo. Aunque también debo reconocer que el hecho de que se tratase de un viejo amigo, muy difuminado en el recuerdo y recuperado casi en el azar de un encontronazo, pues hubiera sido posible que hubiésemos chocado en el ir y venir de los andenes,

alejaba la inclinación profesional, y me hacía escuchar a Cimo con otra curiosidad y un esfuerzo distinto que necesitó de más tiempo para conformar la atención y la alerta.

Siempre se escucha a los amigos con otra disposición, aunque en los hábitos del policía esa disposición está alterada y ni siquiera con ellos acaba de recobrar la naturalidad que matiza el afecto.

Lo que Cimo fue diciendo, en lo que apresuradamente tomaba la forma confesional de un relato que no sé si vaciaba su alma o buscaba una extraña complicidad o la mera ayuda que siempre empieza sacando fuera de uno lo que ya no soporta su conciencia, empezó a interesarme o comenzó a preocuparme, al me nos en la proporción en que su interés tomaba el perfil obsesivo derivado de una fuerte tensión anímica, y la preocupación se desbordaba en lo que sus palabras traslucían de un temor tan radical como confuso, en el que poco a poco podía apreciarse que lo menos apremiante era que lo viniesen persiguiendo.

No me pidas muchos detalles. Lo que en la vida me sucede, y puedo remontarme muy lejos, hasta la misma infancia, al tiempo de un niño prematuramente solitario que tuvo conciencia de su orfandad como de una limitación que le hizo más egoísta y desvalido, no puedo explicarlo, no soy capaz y rehúyo hacerlo.

Me resigno a creer que estoy enfermo, y que se trata de una enfermedad que afecta a quienes se me acercan, un mal contagioso.

Tampoco pienses que es la cabeza lo que me falla, que hay un trastorno y ninguna otra razón en la lógica absurda de lo que puedo contar. No van por ahí las cosas, sería mucho más fácil, por dramático que resultara, que fuese así, pero no son la conciencia y la lucidez las que se quiebran, siempre he tenido un conocimiento suficiente de mí mismo, tanto como para que, en muchas ocasiones, mi amargura sea mayor.

Otra cosa es que mi voluntad se resienta, o que en el dominio de los sentimientos la fragilidad desplace lo que debiera controlar, pero si te soy sincero esa fragilidad tiene un conducto generoso, nunca me comporto como el calculador que persigue su ganancia.

Del niño que fui, tan egoísta como desvalido, supongo que ejerciendo una penosa defensa derivada de la limitación de saberse huérfano, nada me queda de lo primero: el propio interés que atendía como un residuo de mi desgracia, intentando no ceder nada a los demás. Lo que me resta del desvalimiento no sería capaz de medirlo. A veces me digo que el desamparo pudo ser un síntoma primitivo de la enfermedad, o que el abandono en que tuve que sobrevivir supuró lo mismo que contamina un aliento enfermo.

Son demasiadas las advertencias y las consideraciones, ya ves que me contradigo intentando referir o, al menos, desvelar alguna información, pero de ningún modo con el vano intento de justificarme, ya sería el colmo que pretendiera un razonamiento moral que me librase de la culpa de mi enfermedad, si es la salud del cuerpo o del espíritu la que tengo alterada, o el mal viene de más lejos y la enfermedad lo delata, el tormento invisible que te decía...

Es la primera vez que hablo con alguien de estas cosas, aunque conmigo mismo lo he hecho desde siempre.

La obsesión es la mayor limitación de mi libertad, y esa influencia moral de la preocupación que me fustiga es la dueña de mis noches y buena parte de mis días, al menos en algunas temporadas en que, como el enfermo que recae, se incrementa el desánimo y la crisis hace dudar de cualquier expectativa de convalecencia.

Porque también, en algunos tramos de mi vida, entre la incomprensión y el temor, cuando fui capaz de una retirada casi completa, una especie de regreso a la soledad de aquel niño abandonado, encontré el alivio y no voy a decir que recuperé la salud, pero sí un sosiego que hacía más fácil el camino del olvido.

Ya sabes que hay quien dice que el enfermo comienza a sanarse cuando define con claridad la conciencia de la enfermedad que padece y acepta lo que para la curación es necesario. Y también cuando el olvido de la misma libera los resortes de su contención y padecimiento, para que en el olvido se produzca precisamente eso que puede sentir, una suerte de alivio que va borrando la obsesión hasta el límite de hacer razonable el dolor, o experimentar la creencia de que ni siquiera el dolor existe.

No sé muy bien a qué dolor me refiero, tampoco estoy muy seguro de si lo hago a las enfermedades del cuerpo o del alma. Lo que puedo decir es que en el olvido encontré la mayor ayuda. El recuerdo resultaba siempre el primer dato de la recaída. La memoria pertenece a este mal...

Una tarde, al tercer día de haber llegado, cuando ya los asuntos de mi viaje estaban resueltos, vagaba por Armenta con la indolencia de quien no acaba de sopesar la decisión y el desánimo.

Es algo que me sucede con frecuencia, una situación que me sustrae y alarga la sensación de una indiferencia bienhechora, como si la voluntad se relajase casi hasta el límite de su desaparición, pero que luego se cobra el rédito de otra pérdida mayor: la aflicción o la pesadumbre o eso que te decía del desamparo, que es un modo de acercarse al vacío y de que el desaliento me deje noqueado.

Todo esto tiene su correspondencia en los sueños. De los sueños no me queda más remedio que hablarte, aunque probablemente sea lo que más me cueste. Los sueños forman una parte sustancial de mi enfermedad, de eso estoy seguro.

Hay un Cine que se llama Crisol, uno de estos viejos cines que parecen a punto de cerrar. Puedes recordarlos en el Ordial de aquellos años, el Berlín, el Florida, el Bristol. Tampoco los cines son ajenos a lo que en mi vida se improvisa como una necesidad de refugio, igual que en esas escenas en que vemos correr a la gente cuando suena la alarma y empieza a escucharse el silbido de las bombas que precede a la explosión...

El Crisol está en una placita del Barrio de Ciento, no sé si conoces muy bien Armenta, yo vengo pocas veces.

Hice lo que podía haber hecho cuando soñaba, lo mismo que pude hacer en otras infinitas ocasiones, cualquier tarde, en la acera del Berlín o el Florida, ante el vestíbulo de otros cines que en la experiencia del sueño siempre son salas enormes en las que, como en una cueva, caen gotas del techo y hay un eco de lluvia en la pantalla.

Me detuve ante las carteleras.

No sé cuántas películas habremos inventado mirándolas, sobre todo las que estaban prohibidas, algunas las recuerdo mucho mejor que las que pude ver y no me extraña que a ti te pase lo mismo.

El rostro de una mujer se repetía en todas las carteleras, la misma mirada, el vestido de época al igual que el de quienes la acompañaban, cualquier salón, cualquier palacio, una Corte europea posiblemente dieciochesca.

La película no tenía título, los actores no tenían nombre. Cuando entré al

Crisol la sesión ya había comenzado. Era la misma sala enorme, pero no se oía el goteo, ni el eco de la lluvia retumbaba en la pantalla. Me senté en la oscuridad. La mujer estaba llorando. Mantenía en la mano izquierda una carta que acababa de leer y en la derecha un pañuelo.

Ahora no te voy a contar con exactitud lo que me pasó en el Cine aunque, sin que esto tenga nada que ver con la película ni con aquella actriz anónima, te juro que me resultaba un rostro absolutamente desconocido, igual que los demás actores, acaso con la excepción de algún secundario, tampoco puedo dejar de decirte que allí, en la butaca inmediata a la mía, había una chica.

Y que luego, no sé si entre lo que su cercanía pudo conmocionarme o lo que a ella le sucedió, no es un asunto del que llegáramos a hablar en los días que después pasamos juntos, irrumpió esa secreta intimidad en la que el silencio, y también el anonimato, nutre el temblor de lo que son las palpitaciones que el deseo le roba al aturdimiento o la confusión al placer.

No te lo voy a contar porque puede adivinarse y, además, por mucho que se adorne resulta vergonzoso. Era un encuentro tan casual como absurdo. El azar estaba, como tantas veces, en el límite de mi desánimo, otra de las muchas tardes en que la indolencia es la fuente del extravío, o cuando la voluntad no gobierna no ya mis pasos sino mis resoluciones.

Lo que el enfermo sobrelleva no como una indisposición sino, muy al contrario, como una disposición para que en cualquier esquina aguarde quien no conoces o, al fin, esa chica que estaba en la butaca de al lado del Crisol no sea la amiga de alguna de aquellas tardes en el Berlín o el Bristol, sino una mujer que se parece demasiado a la que en la pantalla dejaba caer la carta al suelo y todavía sujetaba en la mano derecha el pañuelo con que acababa de limpiar las lágrimas...

No te voy a decir que se trataba de esa mujer, la actriz anónima, la cortesana compungida, pero no era una chica.

La oscuridad propiciaba el ensueño con el que reiteradamente las salas de los cines se reconvierten en la misma cueva o en un infinito túnel en el que la inmovilidad se acompasa al vértigo de algunas imágenes que no vienen de la proyección sino de la imaginación desatada del espectador, o de ese pozo que llamamos subconsciente, donde flotan los residuos del celuloide, los fotogramas de las películas rotas.

La oscuridad es otra zona de la enfermedad. En el ensueño hay un alivio que en seguida se desbarata. Lo que estaba sucediendo entre nosotros pertenecía, como te digo, a la intimidad secreta que obtienen los extraños, algún instante o un tiempo más largo en el que el deseo alcanza la vehemencia de su fuerza recóndita.

No me debes malinterpretar, no soy una persona abocada a esas inclinaciones en que no se busca otra cosa que la satisfacción ni reconozco ningún trauma en ese sentido. La soledad es acaso el único bien de la enfermedad, pero la condición del solitario deriva del temor de la misma. La conciencia de este mal y de este sufrimiento...

No soy un depredador sentimental que anda buscando las presas donde más fácil resulta cobrarlas.

Entré en el Crisol, me senté en la oscuridad, escuché el llanto de la mujer que mantenía el pañuelo en la mano derecha, y en seguida supe que estaba acompañado o que acompañaba a alguien, y que el encuentro podía parecerse al que se produce en un regreso, cuando te esperan o vienes a consolar a quien te aguarda o a requerir el consuelo con que los enfermos intentan paliar su desgracia.

Era una mujer, y ahora que te lo estoy contando no me importa reconocer que podía parecerse a la de la pantalla, al fin el recuerdo se manipula con facilidad y, para qué voy a engañarme, no me desagrada recordarla con la mirada que tenía en las carteleras.

Vivía en el propio Barrio de Ciento, por una de las callejas altas de la Ciudadela. En el siete de Comandante Urbina, en el piso tercero. Los datos que necesites me los pides, ya sé que un cura o un médico no trabajan con la misma

materia que un policía. Lo que no sé es lo que de verdad diferencia una declaración de una confesión o de lo que se precisa decir para que sea posible un diagnóstico.

Ahora lo que me mueve es la necesidad. La suerte de habernos reconocido, el hecho de que seas policía. No te voy a pedir comprensión, sólo ayuda. Puedes hacer el uso que quieras de mis palabras, también sé que la confidencia es una revelación sin otras limitaciones que las reservadas, y que en mi caso además de al policía le estoy hablando al amigo.

Tenía dos hijos, dos niños de siete y diez años. Alquilaba una habitación. Me lo dijo cuando la despedí aquella noche.

No habíamos intercambiado una palabra y, sin embargo, en algún momento, mientras caminábamos, había acercado su mano derecha a la manga de mi chaqueta y había hecho un torpe recorrido hasta encontrar la mía y acariciarla con igual torpeza, sin que yo hiciese nada por rechazarla pero tampoco por compartir su gesto.

No me quedé esa noche pero volví al día siguiente, y puedo jurarte que sin la decisión tomada de aceptar el alquiler, aunque hay un detalle que denota la inclinación de ese regreso. Llamé a una puerta del primer piso y pregunté si era allí donde alquilaban una habitación, ya que me habían informado en el Barrio y podía interesarme.

Ese fue el conducto para subir por vez primera al tercer piso del número siete de Comandante Urbina, como alguien que repite lo que otros inquilinos ya habrían hecho.

No sé lo que el vecindario pensaba de esta mujer, las suspicacias o las malevolencias que podía suscitar el hecho de que un hombre compartiera el mismo techo, nada especial pude apreciar en ese sentido, al menos en el primer mes, luego la enfermedad de los niños hizo que la piedad alimentara al tiempo algo parecido a la desconfianza.

Murieron los dos niños en el plazo de mes y medio. La suerte de uno y otro tenía el mismo rostro, la imagen depauperada de un progresivo raquitismo o el brillo ardiente de las décimas que les quemaban los ojos...

Fue la primera larga pausa que hizo Cimo en su relato, acompañada por el esfuerzo de alzar los ojos y mirarme, al tiempo que se encogía de hombros con una contracción nerviosa que hacía temblar sus brazos sin que las manos dejaran de reposar inquietas en el mármol.

La mirada rebajaba la ausencia o la lejanía pero no se involucraba en lo que sus palabras mostraban de petición o súplica. La voz de Cimo podía llevar un derrotero paralelo a la conmoción de algunos sentimientos que explotaban en el interior de su corazón o de su conciencia, las cargas de profundidad que él mismo admitía como golpes imprevistos y peligrosos. La mirada tenía casi tanto de observación como de estupor.

Intentaba descifrar el efecto de sus palabras en mí y no lograba desembarazarse de la incomodidad de haberlas pronunciado. Supongo que ése fue el momento en que Cimo se arrepintió de haberme requerido o, al menos, dudó de la oportunidad de haberlo hecho.

Yo no puedo calcular lo que el asombro reflejaba en mi rostro, la actitud de un profesional experimentado es suficientemente inexpresiva, no hay otro modo que permanecer absorto, se escuche lo que se escuche, cuando la confesión es espontánea, o en el interrogatorio un sospechoso intenta cualquier estratagema. Pero tengo que reconocer que las circunstancias del encuentro y la escena que se desarrollaba en la Cantina de la Estación me habían desarmado o, más exactamente, que tomaba más consistencia la reclamación de Cimo al amigo que al policía, por mucho que él se hubiese cuidado de valorar ante todo mi condición profesional.

Estaba envuelto en algo parecido al eco de lo que decía, a la progresiva persuasión de lo que más profundamente dictaban sus palabras, como si no pudiera dejar de ser verdadero el sufrimiento de una enfermedad para la que no había buscado diagnóstico y que mostraba en el contagio una de sus derivaciones más dramáticas.

Un enfermo, no podía caberme la menor duda, alguien que padecía la alteración por donde se aprecian los trastornos, sin que el policía fuese capaz siquiera de una estimación aproximada. La enfermedad también puede ser una pasión dañosa que provoca la perturbación moral o espiritual. La ironía de que en cierto momento yo le dijese a Cimo que a lo mejor estaba más necesitado de un cura que de un policía, fue una manera de rebajar la tensión en que me veía

envuelto, ya que sus palabras fueron, como digo, reconquistando el eco de la conmoción y la veracidad con que estaban pronunciadas, y ante esa red en que el amigo relataba su secreto, la enfermedad y la culpa, yo no me atrevía a mencionar al médico en vez de al cura.

La distinción entre el alma y el espíritu, que él hizo, era la mejor coartada del no creyente, pero la idea de la pasión dañosa me resultaba suficiente para que, según me miraba en esa larga pausa que se produjo tras el anuncio de la muerte de los niños, yo pudiera figurarme una enfermedad del alma, que es un buen subterfugio para nombrar las más misteriosas, tanto del cuerpo como de la mente.

La contracción nerviosa volvió a producirse, y ahora también las manos se sumaron al mismo temblor que los brazos. Cimo iba a seguir hablando.

El hombre que atendía la Cantina de la Estación detrás de la barra vino con los cafés que le habíamos pedido. En la Cantina apenas había tres o cuatro personas desperdigadas en la barra y un despistado viajero que insistía solicitando alguna información.

Cimo no volvió a mirar hacia los andenes. El temor de descubrir a quien pudiera perseguirle tras el sucio ventanal parecía haberse disipado, o el relato era una buena excusa para mitigar el peligro.

—No te hubiese reconocido, Conrado... —dijo, como si en la fijación de su mirada, tan ausente, tan distante a pesar de todo, hubiera recuperado una curiosidad que no tenía mucho sentido—. Ha sido la necesidad y la suerte de una tabla a la que agarrarme. Si no me encontrara en este estado, al límite de mi enfermedad y de mi obsesión, ya sin fuerzas para volver a escapar, no te hubiese reconocido. Necesitaba a alguien. Y no deja de ser curioso que seas policía y que seas tú.

El más fácil consuelo es pensar que esos dos niños ya tenían dentro de ellos el virus que los mató cuando yo llegué, pero eso no puede variar la suerte del asesino que ya ha constatado en anteriores ocasiones la adversidad de lo que a su alrededor sucede.

El asesino está en el lugar del crimen, no se mueve, apenas reacciona, es una especie de actor y espectador que se sabe dueño de la acción y al que los acontecimientos van superando como en el desarrollo de una trama cuyo hilo se suelta y le lleva.

No ando con la pistola cargada ni conspiro como el malhechor que organiza la estrategia y la va cumpliendo con la mayor eficacia. No soy un personaje de esas historias en las que el destino del criminal se refleja en el espejo de su maldad y hay algo de atracción perversa y de ganancia miserable en la imagen que deforma su ambición.

Soy un asesino sin voluntad, lo que pondría en cuestión mi condición de tal, pero que en la persistencia, en la reiteración de la desgracia y la muerte, ha encontrado la misma consideración para valorar la responsabilidad y la culpa.

Los niños murieron uno tras otro, en ese tiempo en que el inquilino no tenía otra ocupación en la vida que la de estar en aquella casa, ni siquiera como el invitado al que generosamente recibieron, sólo como quien no se resistió a un ofrecimiento que, en realidad, nada significaba, quiero decir que nada hubiese sido para él más fácil que no acudir al día siguiente a la Calle de Comandante Urbina porque lo que sí conviene aclarar, para que no te hagas una idea equivocada, es que no se trataba del rastro del deseo, Dios te libre de pensar que lo que pasó en el Cine Crisol fue el desencadenante de que yo volviera.

No puedo bajar a los detalles, no soy capaz, y tampoco me apetece hacer ese esfuerzo que pueda acercar lo que te estoy contando a una explicación más razonable, a que sea posible una comprensión en la que, al menos, no se desdeñen las justificaciones o haya un grado mínimo de defensa al que pueda agarrarme.

No sé cómo expresarlo, Conrado, no me siento dueño de la suficiente convicción para que pudieras entenderme, al menos en que la sospecha de mis actos se relacione con la sospecha de ese incierto depredador que puedas

imaginar...

Entre los muchos desórdenes de mi vida, y no me importa exagerar al mentarlos, aunque son muchos menos de los que pudiera dar a entender, no está el de los sentidos. Soy un hombre bastante pacato, no sé si hasta un poco pusilánime. Nunca busco, jamás voy al encuentro de nada, he vivido con mi desgracia en una continua propensión al retiro, como si en la necesidad de esconderme encontrara la autodefensa que, sin embargo, no logro.

Esa mujer que estaba en el Cine Crisol, y cuyo nombre no voy a decirte porque participa del mismo anonimato de la actriz que en las carteleras, y luego en la pantalla, mantenía en las manos la carta y el pañuelo, tampoco tenía las expectativas sentimentales que pudieras suponer, no se trataba de lo que surgió en el secreto de la intimidad y la oscuridad del Cine, aunque, tampoco puedo negarlo, hubiese algunos momentos parecidos.

El huésped se acomodaba a la paz y al silencio de una casa en la que reinaba el sosiego, y de un vecindario poco ruidoso. Ni siquiera los niños rompían con excesiva reiteración esa paz. Al menos hasta que el llanto del más pequeño comenzó a entrar en mi sueño con la insistencia de una sirena en la noche o una navaja en la garganta, la variación habitual del ruido en el vacío de mis letargos...

Lo que suena, lo que retumba, el eco de lo que viene de la vigilia como un presagio y una amenaza, siempre confluye en ese filo de la navaja y la sirena.

Soy un hombre que muere cuando sueña, ya ves qué desastre. Muchas veces se trata de una muerte convulsa y otras del asesinato en la esquina donde el sueño no me deja huir, frecuentemente la misma o parecida, y siempre acuchillado. Cuando caigo al suelo hay una paz helada en todo mi cuerpo, los ojos los tengo abiertos y las manos cerradas, a veces aprisionando el objeto más absurdo, una bola de billar, un estropajo, un tornillo...

Voy a cerrarlos y es el instante en que quiero decir algo, una palabra que jamás pude pronunciar y que nunca escuché.

Era un dato de inquietud, no voy a negarlo.

De todo lo que Cimo me contaba y que yo escuchaba anteponiendo el amigo al policía o, mejor dicho, el interés a la curiosidad, con el correspondiente esfuerzo para que no se me notara la confusión o la extrañeza, fue lo que más me conmovió.

Se trataba de lo más tangible y, al mismo tiempo, provenía de lo más irreal, si entendemos que el sueño se emparenta con lo que no tiene una existencia verdadera, aunque la consistencia del mismo implique otros reflejos de lo que de veras somos.

Soy un hombre que muere cuando sueña, ya ves qué desastre.

Cimo lo repitió y yo pude recordar algunas confesiones parecidas, no ya en los interrogatorios en que el culpable llegaba a la confesión como un alivio, tras esas vicisitudes en que no hay otra estrategia que la contradicción, aunque la misma parezca el fruto de lo más fortuito, sino cuando el presunto culpable se entregaba desarmado, anteponiendo sinceramente lo que a él mismo le resultaba incomprensible:

No puedo asegurar que lo hice, aunque tenga la certeza de haberlo cometido, sin embargo estoy mucho más seguro de haberlo soñado, de que la muerte está en el sueño en que me sentí morir y matar...

El acusado podía contar el sueño, no ya como un acto premonitorio sino como un suceso que demostraba la certeza de su culpa: era como si al referirlo reconstruyera lo que había pasado, a veces con detalles que se escapaban de la investigación y resultaban francamente reveladores.

Me muero, ya ves qué desastre y, a lo mejor, también debiera reconocer que es una suerte porque, a fin de cuentas, esas muertes van construyendo la costumbre de morirse, y el día en que de veras me llegue la hora lo extraordinario se habrá convertido en rutina.

Ésta sería la versión más complaciente, el modo menos doloroso de resignarse, pero como bien puedes imaginar la experiencia no es grata ni mitiga la expectativa de lo que acabará siendo la muerte verdadera. Morirse en tantos sueños y, para mayor desgracia, de esa forma violenta en que hay un aviso y una navaja, cuando se cierran los ojos y el abismo más hondo se extingue en el

vacío sin que sea posible la palabra final que desconoces, la que quieres oír y no puedes pronunciar, no ofrece el mínimo consuelo, la rutina contribuye a la mayor desolación...

El dato de inquietud que tanto me conmovió, al pie de esas palabras con que Cimo reconstruía el meandro que relacionaba en la misma corriente la enfermedad y el sueño, estaba en sus manos.

Cuando él confesaba caer al suelo, ya herido de muerte, con el cuerpo helado, los ojos abiertos y aferrando algunos objetos que parecían absurdos.

De esos objetos se trataba, o de otros que en la advertencia de muchos de mis sueños tenían igual disposición y se parecían en su rareza.

Las manos que se cierran como si aprisionaran lo que nadie debiese ver, lo que queremos ocultar sea como sea, o como si defendieran un tesoro que, sin embargo, no tiene otro valor que el de la bola de billar, el estropajo o el tornillo.

El valor comparable a lo que yo más tenazmente he defendido, cuando en alguno de mis sueños alguien toma ese puño que se cierra hasta que los dedos y las uñas parecen garfios que nadie logrará desasir, y en el dolor de tan dura prueba, cuando nos arrancan la mano y entonces ya no es posible que el cofre siga cerrado en la defensa de su secreto, lo que queda en la palma ensangrentada no es otra cosa que una goma de borrar...

La enfermedad comienza en mi infancia, lo que podría indicar que siempre la tuve o que nací enfermo. Otra cosa es el tiempo en que fui tomando conciencia de ella.

No resultaba algo muy distinto a la orfandad. Esa falta, ese detrimento, forma parte de la vida del niño que, apenas comparativamente, puede apreciar lo que no tiene, hasta que un día se percata no ya de que hay una ausencia a su alrededor que los demás niños no padecen, sino de que la misma produce en él un resultado del que jamás se repondrá: el vacío de lo que no tiene es el efecto de una soledad que remite al desamparo...

No hay un afecto que se sustituye o que en su inexistencia proporciona desconocimiento, hay un hueco que no se llena pero que se percibe, una falta que se aprecia como una carencia.

Lo que no se tiene, en ese tiempo de la infancia en que las necesidades de esta índole son tan perentorias, va incrementando la necesidad de adquirirlo, la frustración de no encontrarlo y, además, con la sensación de que el tiempo no pasa en vano, de que la carencia es una limitación dramática que ahonda el sentimiento de frustración y tristeza.

Es un destino intenso y veloz. El huérfano hace el aprendizaje de la soledad con precipitación y vehemencia, sin estar convencido de que ese aprendizaje es imprescindible para su suerte, pero orientado por la percepción de que la soledad resuelve una parte del problema, quiero decir que la conciencia de la misma, que proviene de su aprendizaje, es una manera de aceptación y conocimiento.

Por supuesto que te estoy hablando de mí mismo, las vicisitudes de la orfandad son tan variadas como las de cualquier otra desgracia, y el medio en que se padece matiza mucho su desenlace.

Es un modo de hablar para que puedas entenderme en lo poco que puedo decirte sobre lo que mi enfermedad supone.

Esa conciencia de la soledad ofrecía en su aceptación un conocimiento que equilibraba mis sentimientos, aunque los matices de la melancolía tuviesen en el camino del niño que se hacía adolescente y luego joven unas variaciones más o menos preponderantes pero siempre persistentes.

La tristeza del niño huérfano se corresponde con la pena que emite, y es

curioso percibir cómo ese sentimiento ajeno que uno provoca regresa a quien lo emite como un reflejo que a veces complace y en ocasiones molesta. Es una complacencia bastante malsana, parecida a la del animal que se lame las heridas, o una molestia que en su fastidio implica la penosa sensación de verse marcado por algo aborrecible. En cualquier caso, una demostración de la debilidad y el desamparo a que nos reconduce la condición de huérfanos.

Yo no acepté muy bien la conmiseración que reflejaba mi orfandad y, sin embargo, estaba muy necesitado de que alguien se percatara de que era un niño enfermo y de que en el desarrollo de mi enfermedad existía un riesgo que no lograba comprender pero que poco a poco me llenaba de zozobra.

Esa sensación de enfermedad, lo que por un conducto no muy distinto, el de las conmociones, el de los sentimientos que supuran la secreta contradicción que deriva de la incomprensión y el temor haciendo madurar la conciencia del huérfano, no era otra cosa que el vestigio de los sueños, o mejor dicho de los malos sueños.

Era un niño soñador que acabó siendo el hombre que ahora se muere cuando sueña.

La exageración de morirse tuvo un primer atisbo en el huérfano que se iba haciendo a la idea de que el vacío que le rodeaba provenía de las muertes que justificaban su condición. Se habían muerto o habían desaparecido quienes debieran sustentar las deudas del afecto que le faltaba. La muerte era el don de su desgracia, la explicación última de su suerte, de su mala suerte.

Y lo que los malos sueños concentraban de la conmoción y el desasosiego de las peores noches, tenía que ver con la premonición o la previsión de otras muertes cercanas.

No se trata de una explicación, te lo vuelvo a repetir, tienes que ser muy paciente para que yo pueda aventurar algo que logres apreciar, si la confusión me lo permite.

Lo más duro de todo es tener un conocimiento bastante luminoso de tu propio interior, y saber que esa luz no significa nada fuera de ti mismo, apenas el reflejo de una oscuridad que aumenta el desconcierto.

Aquel niño no moría en los sueños. Ni la sirena ni la navaja reiteraban el aviso y la herida, aunque si fuera capaz de recordar con exactitud todo lo que soñaba, a lo mejor algunos resplandores y sonidos podían anticipar las propias muertes que para sí mismo soñaría de mayor...

También te hablaré de otras muertes o, mejor, de algunas muertes y desapariciones.

Compartí muchos juegos con una niña vecina que, a veces, venía a mi casa y otras, menos, iba yo a la suya. Yo vivía en Oceda, todavía con los tíos que me acogieron en los primeros años, la hermana de mi madre y el hombre con el que ella compartía su vida, ya que no estaban casados, una circunstancia que no tiene ningún interés en lo que te cuento, a no ser por el detalle de que ese hombre, que murió en un accidente de circulación hace tres años, fue el primero que descubrió algo en mí, aunque no de la forma en que yo podía necesitarlo.

Era un extraño personaje por el que me supe vigilado, y que en algún momento, cuando ni yo mismo podía sentir otra cosa que pesadumbre y desconcierto, llegó a hacerme algunas incomprensibles advertencias que contribuyeron a mi infelicidad. Era un hombre huraño, dedicado en exclusiva y con fruición a la administración de los negocios de mi tía, y que jamás me trató como a un niño, siempre lo hizo de un modo distanciado y circunspecto, como si fuera mayor de edad.

Esa niña murió en aquel tiempo, no mucho después de que yo la conociera y soñara su muerte. La verdad es que el sueño de la niña muerta no fue ni el desencadenante ni el aviso de las primeras sensaciones del niño enfermo. Aunque también es cierto que poco después la advertencia de aquel hombre huraño puso en movimiento esas primeras sensaciones y, desde luego, las nutrió de un aliento temeroso.

La niña estaba consumida, decía mi tía corroborando lo que en el deterioro que en su pequeño cuerpo debía mostrar la extenuación a que había llegado.

Ese deterioro, antes de que la enfermedad me privara de volver a verla, lo había notado yo en la mano con que una tarde posó en la mía un lapicero. Sentí cierta aprensión al cogerlo. Ella no hizo después otra cosa que llevarse los dedos a la frente como si, de pronto, sobreviniera un dolor que también hacía temblar sus párpados...

No eres trigo limpio, fue lo que me dijo no mucho después el hombre huraño que, a veces, alzaba la mano derecha estirando el dedo índice para

remarcar la advertencia.

Todavía no era capaz de comprender esa frase, tampoco entendía sus gestos admonitorios más allá del temor que me provocaban, pero la referencia que contrastaba la limpieza con la suciedad me hacía sentir especialmente avergonzado, como si de una suciedad secreta y terrible se tratase, algo parecido a lo que en mis sueños era el barro o el lodo que anegaban mi cuerpo y en el que llegaba a ahogarme sin que fuera posible gritar solicitando ayuda.

La enfermedad es algo sucio, fue lo primero que pensé cuando de ella tuve conciencia. Luego, cuando comencé a sentirme culpable, la suciedad era la única forma de entender el contagio.

Infectar era una manera de corromper, y en la palma de mi mano ya había retenido en más de una ocasión, antes de cerrarla desolado, algunos granos de trigo podridos.

Aquella primera niña muerta no queda muy lejos de un primer amigo desaparecido. Con ese amigo compartí el pupitre en el Colegio al que asistí en Oceda. Fue la amistad que se apreciaba como una forma de compañerismo, en la que dos muchachos ajenos a los demás encuentran el consuelo de su complicidad sin saber muy bien lo que supone.

Éramos los más aplicados y los que menos interesaban al resto, aunque el desinterés no conllevara una carga muy visible de desprecio. Estábamos juntos en clase y en el recreo, no hablábamos mucho entre nosotros pero todos los días nos esperábamos a la entrada del Colegio.

Cuando digo que desapareció quiero decir, como en otros casos, que un día no vino y ya jamás volvió, sin que nadie hiciese referencia a lo que podía haberle pasado. Luego en el recuerdo interfiere la enfermedad, el sueño de la muerte es el sueño de la desaparición, aunque aquella vez, y algunas otras, ese sueño es posterior. Soñé la desgracia de aquel chico desaparecido en la desolación de un bosque donde se había perdido y estaba muriéndose de frío.

Yo no tenía una idea exacta de dónde vivía. Me pareció haberle escuchado que en alguno de los chalés de la vieja Colonia que había en las inmediaciones del Margo. Me costó mucho trabajo decidirme pero cuando lo logré, una y otra tarde, al salir del Colegio, recorría la Colonia, paseaba vigilante por los chalés no ya con idea de verle sino con la vana esperanza de que fuese él quien me descubriera.

No recuerdo nada especial en los días que antecedieron a su desaparición, nada que delate el brote de la fiebre, el temblor con que devolvía los libros a la cartera cuando finalizaban las clases.

En aquellas visitas a la Colonia de las inmediaciones del Margo, que se repitieron una y otra tarde hasta que el secreto de las mismas se vio alterado porque otros compañeros me vieron deambular por allí y comenzaron a mofarse insinuando cualquier malevolencia sobre mi timidez, fui percibiendo por vez primera el sentimiento de culpa que en seguida quedó ligado al de enfermedad.

Un enfermo culpable, un hombre que se muere al soñar, alguien que arrastra esa conmoción de las premoniciones que tejen un mal que se parece al que envenena el aliento en los lugares cerrados donde va cuajando una atmósfera irrespirable...

—Es el amigo el que te escucha, Cimo. El policía, por mucho que lo requieras, se sentiría desconcertado. Al cura no te lo vuelvo a recomendar, y de lo que pueda haber de trastorno en lo que me cuentas no tengo nada que decir, el diagnóstico es una calificación que está en manos de otros profesionales.

—Algo más podrás hacer por mí, Conrado. No sé si el policía o el amigo, aunque estoy convencido de la suerte de que seas ambas cosas para que en el modo de escucharme existan otras posibilidades de entendimiento o comprensión. Ya te dije que es la primera vez que hablo de esto, no te voy a negar que mientras más se vive con la convicción del secreto más difícil se hace revelarlo, aunque también se tenga la sensación de que sólo revelándolo se puede encontrar la salud a la que se contrapone la enfermedad, y la culpa y el sufrimiento.

—Intentaré averiguar algo, no te preocupes. Nada de lo que me cuentas tiene que ver con el delito, el policía no percibe esa culpabilidad de la enfermedad contagiosa, no hay datos que avalen una acción homicida. Pero no te preocupes, haré una averiguación sobre tu pasado. Hay un tormento de la mente que a veces es el resultado de una obsesión con la que nos acomodamos a vivir, eso lo sabes de sobra. En el mundo en que me muevo ese tormento explica algunos actos desvariados o, al fin, ajusta las razones para liberarse confesándolos. Además de ese tormento, como dice un compañero Comisario que tiene más experiencia que yo, hay muchas tormentas. El delito siempre es tormentoso y habitualmente atormentado. Pero el delito se califica y se cuantifica, no se mide en la elucubración, sus resultados son reales, dramáticamente verdaderos.

—Ahora soy un huido, Conrado. En estos momentos no aguardo el tren para seguir con el rumbo en que se viene resolviendo mi vida, alguien que no tiene domicilio fijo o que preferentemente va de un sitio a otro y vive en hoteles, pensiones o residencias. Me persiguen.

—No me lo acabaste de contar. Esos niños de siete y diez años murieron en mes y medio, mientras vivías en el piso de Ciento, en la habitación que te alquiló la madre. ¿Qué más pasó?...

—Los internaron en el Hospital de Gracia, transcurrieron sus últimos días allí, el segundo desde que los síntomas del primero se hicieron evidentes. Estuve en el entierro de ambos, no como un familiar, Dios me libre, al lado de

algunos de los vecinos, sin acercarme siquiera a ella. La mujer lo sobrellevó con más presencia de ánimo de la previsible. El pañuelo, la lágrima, no me hagas recordar el llanto de la actriz en las carteleras y en la pantalla del Crisol. Tampoco el hecho de que cuando volvió a casa, tras la muerte del pequeño, hubiera una carta que alguna vecina había recogido y dejado encima de la mesa de la cocina. Volver aquella noche, tras el entierro, me resultó casi imposible. Era el esfuerzo del asesino que regresa al lugar del crimen, no tuerzas la cabeza porque te parezca una absurda exageración. Se trataba de ese esfuerzo, ya que el asesino que regresa no lo hace por necesidad sino por piedad consigo mismo, y la piedad es terriblemente costosa, se gana con mucho trabajo.

—La carta contenía una amenaza.

—No llegué a leerla, aunque ella quiso que lo hiciese. Cuando subí al piso y la llamé, ella no me contestó. La busqué por las habitaciones, estaba en la cocina, sentada al pie de la mesa, con la carta en la mano derecha y el pañuelo en la izquierda. Tienes que irte, me dijo cuando pudo hablar. Mi marido vuelve, sabe que estás aquí, sospecha que vives conmigo, se ha enterado de la muerte de los niños, no sé qué extrañas ideas se ha hecho.

—Puede ser peligroso. De todo lo que me has contado, es lo que de veras puede ser peligroso. A ese hombre pudieron advertirle, alguien le llamó contándole que estabas en su casa, con su mujer y sus hijos...

—No te dije que ella, la actriz anónima que, al fin, tanto se parecía a la mujer, estaba en una carroza cuando mantenía la carta en la mano derecha y *el* pañuelo en la izquierda. La carroza no parecía moverse y, sin embargo, la llevaban unos caballos veloces y la conducía un postillón que les gritaba y hacía restallar el látigo sobre sus lomos. La noche tenía la misma intensidad de la lluvia, con ese color azulado del celuloide antiguo. La pantalla se movía. Cruzaban un bosque y, al salir de él, sin que la lluvia dejase de mojar la pantalla, se podía divisar a un jinete que perseguía a la carroza y poco a poco la alcanzaba. Entonces ella, la actriz anónima, arrugó la carta en la mano y la tiró por la ventanilla.

»Si te pilla aquí, te mata, me dijo la mujer...

Fue en ese momento cuando Cimo pareció darse cuenta de nuevo de que nuestro encuentro en los andenes de la Estación de Armenta se debía a su intención de huir, y esa intención la suscitaba el saberse amenazado y perseguido, lo que motivó la reacción inesperada de que sus manos se alzasen crispadas del mármol de la mesa en el mismo instante en que él hacía el movimiento de incorporarse.

Esa situación apenas duró lo que su gesto, como si la contracción nerviosa se reactivara y relajara, y los ojos de Cimo hiciesen un viaje tan rápido como inútil a la suciedad del ventanal que marcaba una nube borrosa sobre los andenes.

Es absurdo que quiera huir sin saber muy bien por qué lo hago, ya que nunca intenté evitar las responsabilidades de mis actos. Es la primera vez que me sucede, nunca me persiguieron, nadie me amenazó. Tampoco sé quién me persigue, quiero decir que no conozco a ese hombre, que jamás lo he visto. Y, sin embargo, me da miedo sentirme amenazado.

Me parece que reconocer la culpa es más fácil y satisfactorio que despertar la sospecha. Lo que se mantiene en el secreto acaba apaciguando el tormento que supone convivir con ello. No puedo decir que en mi obsesión haya sosiego, pero cuando alguien te descubre es lo peor que te puede suceder, resulta mucho más llevadera la decisión de ser uno quien habla, la confesión o la declaración.

Tengo que agradecerte el alivio que me supone el que me escuches, el esfuerzo de tu comprensión. El amigo y el policía vienen en mi ayuda de la misma mano. Ahora, Conrado, cuando ya no sea capaz de decirte más cosas, me consolaría especialmente que el amigo cediese su puesto al policía. Lo que puedas averiguar, a partir de lo que te cuento, conviene que sea el policía quien lo haga.

Lo que todavía me quedaba por escuchar en aquella Cantina de la Estación de Armenta y que, en realidad, fue casi lo único que me movió en los términos de una investigación más razonable o convencional, tenía a su favor que involucraba directamente algunos recuerdos de la adolescencia compartida en Ordial, el corto tiempo en que Cimo y yo habíamos coincidido.

Se trataba de algo relacionado con una amiga común, cuya imagen reapareció en sus palabras como una ráfaga que removió sentimientos olvidados o desconocidos. Los nombres que se pierden se recuperan a veces en la indecisión de lo que el tiempo reclama, como si el tiempo se avergonzara de su ocultación.

Eso lo contó al final, como si lo hubiese reservado o no se atreviera a hacerlo antes, cuando en el ir y venir de su pasado y de otros sucesos más recientes, la reincidencia comenzaba a tomar la vacuidad de la repetición, por mucho que los sucesos encadenaran destinos mortales y desapariciones imprevistas, en algunas de las cuales tampoco podía asegurarse que no hubiese un desenlace dramático.

He vigilado a una mujer con la intención de confirmar el resultado de la enfermedad. Hubo un tiempo en que la obsesión estaba desbaratando mi comportamiento. Ya no se trataba de la herida de la culpa, del tormento que abatía mi conciencia. Los sueños sacaban a flote algunos terrores que no me abandonaban en la vigilia. No era el enfermo que, al fin, buscaba la curación, lo que nunca me planteé, sino la confirmación de esos extraños poderes que la enfermedad tenía, si era verdad, lo que tampoco dudaba, que la infección componía un rastro o marcaba una huella o dejaba un reguero de maldad y veneno, ya que en aquel límite de mi obsesión me había convencido de que por ese conducto era dueño de un don malvado.

El mal que suponía un sufrimiento invisible. El mal que se emparentaba con la maldad. El enfermo que contaminaba su dolencia para que los demás la padeciesen sin que él la expiara...

Esa mujer a la que vigilé era una prostituta del Barrio de la Constelación en Solda. Estuve con ella, pero no como el cliente que reclamaba sus servicios, apenas como un simulado comprador que pagaba sin requerir otra cosa que la compañía y la conversación a la que ella se acomodó sin demasiado escepticismo.

El hecho de que un día desapareciera limitó la comprobación, aunque fue suficiente para despertar mi inquietud. Ninguna de sus compañeras sabía nada. Sólo mucho tiempo después tuve la noticia de su muerte. Yo sabía que esa noticia me aguardaba allí, en Solda, en el Barrio, en la propia casa donde la había conocido y en las calles por las que la había vigilado tan insistentemente después de haber estado con ella.

Una muerte que me costó trabajo certificar porque nadie quería reconocerla, como si el resultado de la misma tuviese un componente vergonzoso o supusiera un riesgo que no convenía remover.

La información que, como te digo, encontré donde la había conocido,

tirando del hilo de la sospecha que me hizo volver, fue suficiente para que yo pudiera contabilizarla entre mis víctimas. Las desapariciones cobraron entonces la identidad mortal que, a veces, ocultaban como una coartada que me permitía cierta despreocupación.

Supe que aquella prostituta no había enfermado de un contagio profesional y que tras un largo internamiento había regresado con el alta médica de su salud y, sin embargo, con la propensión anímica de lo que seguía siendo un irremediable decaimiento en el que el cuerpo era el espejo de la decrepitud interior o, como me dijo una de las viejas compañeras, la que se decidió a hablar con más detalle, el fruto malsano que le hubiesen dado para envenenarla o que ella hubiese comido sin darse cuenta...

El nombre de Inés Vilma tiene ese poder evocador que resalta en la oscuridad del tiempo, una ráfaga, una huella que devuelve la orientación de un camino perdido que no deja de ser un camino olvidado.

Por eso al escucharlo en los labios de Cimo, en el final de lo que sus palabras removieron, cuando poco después la alarma de saberse perseguido repercutió sin remedio en la decisión de irse, y un tren entró en la Estación de Armenta mientras los altavoces anunciaban la parada y el destino, la aprensión y el temor lo envolvieron, igual que si el nombre determinara un compromiso distinto en lo que le había estado escuchando, me involucrara de otra manera y en la evocación también se mezclara el disgusto de que lo hubiese pronunciado.

Es curioso comprobar la intensidad que en ocasiones cobran las menciones inadvertidas, lo que una referencia, una llamada o una invocación suponen, cuando ha pasado mucho tiempo o se ha vivido sin que exista reclamación alguna, de modo que la distancia y el olvido borrarán lo que un día pudimos sentir o tener o soñar.

Hay residuos de casi todo, cenizas de lo que estuvo encendido, posos de lo que se derramó, ecos de las voces desaparecidas, y son a veces esas menciones, esas invocaciones ocasionales, las que de pronto remueven las cenizas y nos hacen pensar que es tan difícil el recuerdo como el olvido, que la memoria es un bien frágil y el olvido una pérdida irremediable.

De ambos nos servimos para defendernos y, por eso, cuando el nombre de Inés Vilma surgió como la mención definitiva de lo que Cimo quería contarme, yo sentí algo parecido a la agresión de quien te fuerza a recobrar lo que tan callada y secretamente llegaste a recordar y olvidar, lo que por fin el tiempo le sustrajo a la vida.

Es una historia sencilla por lo que tiene de habitual. La historia de un amor callado, de aquellos que se llamaban platónicos y que alimentaban, como cualesquiera otras, parecidas dosis de ilusión y sufrimiento.

Inés vivió un año en Ordial, a su padre le habían destinado en el trabajo de ingeniería que le llevaba por las plazas donde su empresa tenía obras. Un año fue suficiente para que se hiciera amiga de nuestras amigas y, por ese conducto, se integrara en la pandilla con la discreción y el encanto con que cualquier novedad se aceptaba con el correspondiente interés sentimental,

silencioso y vigilante.

La novedad era un bienpreciado y la de Inés Vilma resultó especialmente atractiva. Los amores callados evitaron la complicidad, ella no alentaba ninguna preferencia pero se mostraba espontánea y solícita con todos. No sé si la idea de que un año era un tiempo limitado, el que sabíamos que iba a estar en Ordial, aplacaba las estrategias y reducía las pretensiones: lo que a Inés le aguardaba era otro destino lejano, probablemente en el extranjero, ya que la empresa en que trabajaba su padre tenía intereses en diversos países.

Para algunos, sin embargo, entre los que me incluyo, esa idea acentuó lo que el enamoramiento sigiloso tenía de imposible, o lo que la desventura de perderla implicaba de sacrificio. El amor callado, la resignación en la competencia donde era fácil presumir el padecimiento de los demás, hizo de aquel invierno en Ordial una estación agridulce.

Nadie dijo nunca nada, ni siquiera el nombre de Inés Vilma estuvo en el recuento posterior de los recuerdos comunes, tan ocasionales por la dispersión. Supongo que para quienes su presencia supuso aquel sentimiento tan ensimismado y lleno de ensoñaciones, la cálida compañía con que repartió un cariño que no necesitaba contraponer a la amistad, cosa que hizo con el generoso encanto que poseía, el recuerdo se quedó en el secreto, donde el tiempo no es muy piadoso...

Ése es mi caso, y por eso cuando Cimo se dispuso a rememorar su propio secreto en la historia de Inés sentí el agravio de que lo hiciera, como si en su enfermedad el lastre no respetara la salud de nadie o existiera un tóxico que también afectaba a lo más recóndito de nuestro pasado.

Inés Vilma murió en las Azores unos años después de haberse marchado de Ordial.

No sé el recuerdo que te queda de ella, tampoco podría aventurar una previsión sobre lo que su llegada supuso entre los amigos y las amigas que formabais el grupo más asiduo, y donde yo nunca acabé de ser uno más. Aparecía y desaparecía con demasiada intermitencia y no es que no me tomarais en serio, es que yo no sólo no me integraba sino que sentía cierto temor a acompañaros, y el esfuerzo de verme acogido se acomodaba a la sensación de ser un extraño o, al menos, un tipo raro, entre cuyas rarezas valorabais lo que parecía una timidez congénita y algunas ocurrencias extravagantes.

Por eso, si te digo que Inés fue lo más parecido a una novia que he tenido en mi vida, a lo mejor no me crees. Lo más parecido porque, más allá del interés que despertó en mí, fue ella quien se acercó, la que vino sin que yo tuviese que hacer otra cosa que corresponderle.

Ese año me visteis menos que nunca, en realidad fueron pocos los meses en que mantuve la amistad, con mayor comprensión por vuestra parte y un tono de ironía y afecto que relativizaba las cosas y suavizó la propensión a tomarme el pelo, lo que nunca me molestó.

Yo estaba con Inés. Lo que surgió entre nosotros tiene una mala definición, y esto que acabo de decirte de lo más parecido a una novia se me ocurrió después, no se trataba de un enamoramiento que derivaba de un razonable compromiso sentimental. La novia se vislumbra más tarde, en la correspondencia que mantuvimos cuando a su padre lo destinaron a una isla de las Azores...

Fueron las cartas de quien midió en la lejanía, con otra óptica, con otro sentido, la intimidad o las confidencias de aquellos largos meses, tan intensos y secretos.

Entonces yo me consideraba incapaz de contestar con la misma sintonía esas cartas que rememoraban, con todo detalle, lo que habíamos hecho, de lo que habíamos hablado, lo que habíamos sentido, sin que nada me pareciese completamente real, como si la propia lejanía deformara la memoria para reconvertir los recuerdos en sueños.

También debo reconocer que eran las cartas de una enferma, y aquí comienza de nuevo lo que no acabo de contarte con los detalles que hagan más nítida mi explicación y ayuden a tu comprensión...

Las cartas de una enferma, las palabras de ese tormento invisible al que ya me he referido y que sin remedio ponían de relieve, una vez más, la culpa de mi salud podrida.

La estuve matando a vuestro lado y era una muerte dulce en la que, en aquellos meses felices, ya ves que soy capaz por única vez de recabar la felicidad por encima del riesgo o la conciencia del peligro, se producía una suerte de entrega, como si la dulzura facilitara el alimento del veneno o ese don nocivo obtuviese el valor de la más preciada dádiva.

En más de una ocasión estuve a punto de confesarle a Inés mi enfermedad, de hacerla partícipe de lo que todavía por entonces eran perturbaciones que fomentaban mi mala conciencia llenándome de pesadumbre, sin haber alcanzado la claridad de la culpa.

Los sueños llenaban parte de nuestras confidencias. Los sueños de Inés Vilma se correspondían a veces con los míos, y a ella le agradaba lo que eso tenía de complicidad o, como luego me escribió en alguna de sus cartas, lo que evidenciaba nuestra condición de almas gemelas.

Yo percibía por vez primera, sin percatarme de ello hasta mucho más tarde, cuando la correspondencia se convirtió para mí en una especie de revelación del mal, esa contaminación de la enfermedad y el sueño, lo que Inés comenzó a experimentar como un trastorno, la angustia de un placer que las palabras nombraban con el aliento amoroso en que surgió esa imagen de la novia que no tardó en convertirse en la novia muerta...

Las palabras enfermas. La voz que articulaba una despedida en el tránsito terminal de un mismo sueño, donde las lavas volcánicas de un paisaje que ella describía desde la Clínica en que se estaba muriendo, un paisaje de isla abandonada que asomaba a la ventana entre el humo y la escoria, se escurrían por las laderas y abrasaban mis pies mientras el soñador tenía más difícil la huida.

Lo último que recibí de ella no fue una carta. La comunicación de su muerte me la hizo su padre, supongo que por su encargo.

Lo último fue una tarjeta postal con el paisaje de la isla que me había descrito, sin ninguna palabra.

El Cimo que me esperaba en el Bar Ballesta, meses después de nuestro primer encuentro en la Estación de Armenta, no era el mismo, y en esta apreciación se encontraba la evidencia inmediata de su deterioro físico, lo que saltaba a la vista desde el momento en que entré en el Bar y, sin que todavía él se percatase de mi presencia, pude descubrirlo como un fantasma postrado en la mesa más lejana.

A ese deterioro se uniría en seguida, cuando comenzamos a hablar, la acentuación de su ausencia, lo que en él era un rasgo de ensimismamiento que derivaba, por momentos, en la lejanía que lo secuestraba, como si poco a poco se fuese de mi lado o, en algún momento, diese la sensación de que acababa de llegar sin que hubiera podido escucharme o fuese a decir lo que ya había dicho.

La mata plateada del cabello que coronaba su palidez, según observé en la transformación del primer encuentro, tantos años después de habernos visto y tras las vacilaciones del reconocimiento, estaba más rala y más sucia y, sin embargo, el nervio sarmentoso que comprimía y hacía temblar su cuerpo, que tanto me llamó la atención, se había apaciguado. Aquella vivacidad nerviosa dejaba paso a la postración fantasmal que lo derribaba sobre la mesa, con los codos apoyados en el mármol y las manos entrelazadas y sujetas en la inmovilidad.

No se sobresaltó cuando me senté frente a él, en realidad tardó un momento en contestar a mi saludo y alzó con dificultad los ojos, encogiéndose de hombros y simulando una sonrisa que en seguida se deshizo en una mueca, mientras movía la cabeza con el asentimiento de quien parece más resignado que complacido.

De los ojos de Cimo también había desaparecido el brillo de la fiebre, ese resplandor de las décimas que habían saltado desprendidas como pavesas en la contracción nerviosa, mientras las manos se movían inquietas sobre el mármol de la mesa de la Cantina de la Estación de Armenta, y entre la mirada y las palabras de su confesión se producía la correspondencia obsesiva que también asumía o ponía de relieve la que debía de existir entre la enfermedad y el sueño.

De suyo, fue esa vaga sensación la que con mayor insistencia se incrustó en mi recuerdo, sobre todo los días siguientes a nuestro encuentro, cuando la sombra de Cimo y sus palabras acrecentaron en la inminencia la sobrecarga de

un trastorno muy preocupante, y la idea del sueño y la enfermedad, tan poco razonable, encontraba algunas ramificaciones que me hacían resbalar por ella como si existiese una atracción tan indeterminada como poderosa.

No era, desde luego, el mecanismo mental del policía en la determinación de los datos y las deducciones, ni tampoco en el funcionamiento de la curiosidad como excipiente del interés y alimento de la observación. La mente del policía permanecía ajena a lo que el amigo había escuchado, sin hacer caso a la solicitud de Cimo de que uno y otro se confabularan para llevar a cabo la averiguación.

Tampoco sabía con mucha exactitud lo que había que averiguar, aunque le hubiese prometido a Cimo un repaso de los sucesos narrados, lo que para mi gobierno podría considerar el contraste de lo real con lo ficticio, si es que el tormento de la mente se cimentaba en algunas verdades que la obsesión elaboraba hasta el grado de la patología, sin que dejaran de ser verdaderas, o las tormentas acarreaban parecida confusión a la de la lluvia que llenaba la pantalla de cualquier Cine abandonado: una cueva como una sima de oscuridad y celuloide.

La conversación fue escueta, con más silencios que palabras. Se notaba demasiado el esfuerzo por ambas partes, aunque yo hice todo lo posible por asumir *el* peso de la misma, sabiendo que Cimo era otro y que su encargo ya no tenía la importancia con que me lo había solicitado, hasta era posible que ni siquiera conservara la conciencia del mismo.

—No sé a qué muertos te referías... —fue lo primero que se me ocurrió decirle, y la mención a los muertos de los que era culpable me llevó a hacerle las rápidas consideraciones que revelaban su condición de asesino secreto de algunos muertos inexistentes o que fallecieron sin que existieran indicios de haber muerto así, asesinados.

Era, a fin de cuentas, lo que podía informarle del resultado de la averiguación que emprendí con mayor preocupación que ánimo, y en la que no existían dudas o razones más allá de lo que el desvarío de los hechos certificaba como obsesión en la que la enfermedad parecía un mal incontrolado.

—Tienes que perdonarme que no respondiera a tus llamadas...

dijo Cimo después, con la barbilla pegada al pecho y el abatimiento en los párpados caídos, pero como si todavía quedase un residuo en el desarrollo de lo que había vuelto a denominar el tormento invisible—. Los teléfonos que te di no garantizaban que me encontrases cuando quisieras, pero es que además no estaba en ningún sitio. Acabo de salir de la Clínica del Doctor Viñuela, en Doza. Ha habido más muertes y más desapariciones, y yo estoy vivo de

milagro. Ya no me matan los sueños, Conrado, quieren acabar conmigo los propios muertos. Soy un asesino al que persiguen sus víctimas...

Cimo salió del Bar Ballesta después de que el más largo silencio alentara la despedida, cuando ya no parecía posible que ninguno de los dos dijese nada, y entonces el policía siguió al amigo.

Había una taza de café en la mesa, en la que Cimo ni siquiera había reparado, y yo sorbía el café ya frío de la mía, y en el sabor amargo se recrudeció el desánimo, como si ése fuera el resultado natural al que habría de llevarme la preocupación que me causó el primer encuentro en la Estación de Armenta, y la amargura en que variaba el poso desolado de todo aquello cuando le vi salir del Bar sin otro gesto que el de su ausencia definitiva.

El policía siguió al amigo.

El amigo podía haber quedado sentado a la mesa del Bar, con la amargura que el sabor multiplicaba en el desaliento y, sobre todo, con la convicción de que en el deterioro de Cimo lo más visible era la desgracia.

No resultaba nada difícil llegar a aquella percepción para la que no se necesitaban las cualidades del policía, lo que la curiosidad y la observación orientan en el conocimiento que, con las deducciones, va haciendo posible el hallazgo o descubrimiento que resuelve el caso.

El amigo rememoraba la orfandad de Cimo, lo que el niño solitario hubiese configurado en el vacío y la sospecha, si alguien ya prematuramente le había advertido de que no era trigo limpio, y lo que en los sueños se hubiese precipitado como un adelanto, o la propia confirmación de la sospecha, del virus del mal con que contraía la enfermedad que motivaría el contagio y haría expansiva esa maldad de la muerte, aunque fuese involuntaria.

La orfandad, la soledad, el sueño, el mal, la enfermedad, la muerte...

Lo que el amigo reconsideraba, en el tiempo en que se hubiese quedado allí, en la mesa del Bar Ballesta, hasta que el policía que siguió a Cimo regresase, para que ambos decidieran que el asunto estaba terminado y que en los andenes de las Estaciones es donde más riesgo existe de encontrar al que huye o al que viene, como muy bien sabía el policía, lo que reconsideraba, como digo, era el sentido final de la desgracia, el hecho de que fuese ella, como tantas veces sucede, la que resolviera un avatar de la vida.

Cimo era un desgraciado. Resultaba palpable en el deterioro a que su enfermedad, fuese cual fuese y tuviera las consecuencias que tuviera, le había

reconducido, una desgracia física y moral en la que se percibían la adversidad y la aflicción.

Y se reconocía en el recuerdo, no ya a través de lo que al amigo le había contado y lo que el amigo recobraba de su propia memoria desde el secreto de las palabras, sobre todo en la historia de Inés Vilma y los tiempos de Ordial, sino en la imagen que fue reconstruyendo en la misma tarde del encuentro en la Cantina de la Estación, cuando la preocupación y el pesar de lo que había escuchado confluyeron en una especie de resumen en el que el desgraciado mostraba su condición desafortunada pero también la aspereza y el desabrimiento.

El Cimo de Ordial no movía a compasión, su distancia resultaba con frecuencia molesta porque, cuando menos se esperaba, era interrumpida por alguna intemperancia o mantenida con algo parecido a un silencio rencoroso.

La voz de Inés volvía en la ráfaga con que su rostro repetía una figura lejana que yo había olvidado pero que, en la rememoración de Cimo, me había hecho recobrar algunos sentimientos que, según me di cuenta, perviven más allá del propio olvido, lo que resulta bastante molesto y, si soy sincero, el malestar de una deslealtad que el secreto de Cimo revelaba, aunque puede ser exagerada e injusta la idea de que con ese secreto compartido por ambos nos habían traicionado a todos.

La voz volvía como un eco y tenía el tono de la dulzura de Inés, lo que tanto contribuía a llenarme de ilusiones cuando era mi nombre el que surgía de sus labios.

La ráfaga traía ese rostro y ese eco y ese nombre...

Inés Vilma me llamaba desde su lecho de enferma, en la isla donde había muerto, seguro que acompañada por su padre en los instantes finales, mirando el paisaje volcánico de la ventana, sintiendo que las lavas y las escorias iban cubriendo las laderas de los párpados que se cerraban.

El amigo lo pensó sin que todavía se decidiera a salir tras el policía que no había dudado mucho en seguir a Cimo, y se entretuvo en el pensamiento lo suficiente para darse cuenta de que era mejor esperar al policía, ya que lo que el policía lograra descubrir siguiendo a Cimo era más propio de un profesional de la investigación.

Luego ese pensamiento, ese recuerdo, atravesaron sus sueños, encontraron en ellos una persistencia que fue reconquistando lo que el olvido había ganado, y en algunos de los sueños donde otra vez resonaba el eco de la voz de Inés Vilma, hasta lo que parecía un suspiro o un estertor que se llevaba

el viento de las escorias y las lavas, sentía el esfuerzo inútil de que ese olvido pudiera ser recuperado, ya que la memoria del sueño era también la de una amargura que secaba la boca del durmiente y un sufrimiento que aceleraba el latido del pulso, mientras apretaba en la mano un objeto del que tardó en darse cuenta de que se trataba de una goma de borrar.

Hay muchas formas de seguir a alguien y en la que me correspondía aquella tarde las facilidades eran mayores que en ninguna, ya que iba detrás de una persona que caminaba con la asechanza de su desvarío y convencida de que sus pasos se correspondían con los de sus perseguidores, que no eran otros que los muertos que estaba convencido de haberse cobrado, las víctimas de su enfermedad.

Nadie va detrás de quien sabe que el que le persigue va con él y que poco a poco, mientras el desvarío nutre la obsesión, el perseguidor se convierte en él mismo, pues la inminencia de su alcance es tan certera que la propia tensión se concentra en la vuelta de la esquina sin que exista la mínima posibilidad ni la voluntad de huir. El perseguidor más temible pero menos eficaz es el imaginario que, al contrario que en los sueños, no nos alcanza porque ya está con nosotros, nos posee sin tenernos, nos hace suyos sin culminar el acto de la persecución.

Seguir a Cimo era seguir al huido a quien alcanzaban sus muertos, sus víctimas, a ese fugitivo que ya se entregó, aunque ni siquiera la rendición era el salvoconducto para liberarse del miedo. El terror de la culpa ocupaba el espacio moral de una mente atormentada. Esas víctimas no venían a vengarse, a pedir cuentas, no eran muertos dueños de la voluntad de resarcirse, lo eran de la voluntad extraviada de Cimo, lo que no los hacía menos persistentes sino todavía más tenaces o incansables.

El policía sigue al sospechoso.

Lo que el amigo no hubiera hecho, ya que ninguna sospecha me quedaba del comportamiento de Cimo, al menos en la realidad de lo que me había confesado y hasta donde llegaba mi averiguación, lo podía hacer el policía. Seguirle era un acto de curiosidad y observación y, para que el seguimiento tuviese, por fácil que resultara, la connotación profesional requerida, era preciso el acicate de la sospecha.

Un informe técnico, frío, policial, de los que se redactan para engrosar el expediente de un caso abierto, no sería muy largo ni muy detallado. Lo que se informa en la rutina de un seguimiento suele tener una dimensión escueta, simplemente se describen los movimientos y, por supuesto, lo que pudieron ser encuentros o llamadas. Cualquier atisbo de suspicacia o extrañeza, cualquier

acción o reacción fuera de lo normal, merece la anotación con la que el policía refrenda o reconsidera sus especulaciones y hasta expone lo que según su criterio puede servir para vislumbrar una pista.

El sospechoso caminó sin rumbo. Era muy fácil percatarse de que no iba a ningún sitio, lo que hacía suponer que el único lugar al que se dirigía estaba en su cabeza, no en la realidad de las calles que, cuando los pasos son tan inconscientes, reproducen el laberinto de la mente de quien las transita sin detenerse, yendo y viniendo sin que haya motivo o meta.

Se hizo de noche.

Entonces vi que Cimo se sentaba en un banco. Hacía fresco. Yo me subí el cuello de la chaqueta y, desde la distancia en que le observaba, pude apreciar dos cosas, además de convencerme de que su ausencia era tan radical que podía perfectamente pasar ante él sin que se enterase.

Había sacado algo del bolsillo del pantalón y lo mantenía en la mano derecha, más que cogido agarrado, con la presión con que se sujeta lo que no deseamos que nos quiten. También percibí que en el brillo de sus ojos, en los que de nuevo las décimas salpicaban como pavesas, había una consistencia mayor, lo que me hizo suponer que la salpicadura era también el resultado de una lágrima.

No tardó mucho en dejar el cuerpo vencido hacia delante, los brazos caídos a los lados, la mano cerrada, y en seguida un llanto convulso estremeció su cuerpo.

Era otra vez el fantasma tendido en la mesa del Bar Ballesta que había descubierto en nuestra cita, pero ahora el fantasma se había derrumbado de un modo más contundente, como si la noche le golpeará en la cabeza hasta dejarle sin sentido.

Lo que Cimo hizo aquella noche encamina la línea del sueño que se repite o de la vigilia que tanto comenzó a atormentar al policía desconcertado y que en algún sentido cambió mi vida.

El mayor error fue seguir tras él creyendo que en los pasos del desvarío no existía otra decisión que la de huir de sus muertos, la obsesión que no le daba descanso, apenas un momento de abatimiento y llanto, sin que la dirección fuese otra cosa que una espiral abierta y cerrada que escoltaban las víctimas.

Pero Cimo tomó de pronto una resolución, como si lo que había hecho hasta entonces no fuera otra cosa que un camino de dudas. Los pasos se orientaron entre las calles desordenadas y cuando el policía, que ya era capaz de fijar la esquina en que daría la vuelta y aguardarle al pie de la misma, se percató de ello, tuvo que adoptar una curiosidad más profesional, afinar la mirada y orillar la rutina, que eran actitudes previsibles en algunos seguimientos que alargaban demasiado su obviedad y, sin embargo, de repente rompían su acomodo mostrando una voluntad sospechosa en el perseguido, lo que en principio no entraba en el cálculo.

Cimo llegó a la altura de un Cine que tenía todo el aspecto de estar abandonado. Era un edificio de tres pisos, en el límite de la calle hacia la que Cimo había virado desde la adyacente, con el ritmo inesperadamente apresurado de quien tomó la resolución.

El edificio mostraba la encarnadura de sus lesiones sin que nadie en mucho tiempo hubiese procedido a curarlas, y por la suciedad que enmarcaba las desventradas ventanas se podría pensar que había sufrido un incendio.

Cimo se acercó a la taquilla, que el policía no lograba distinguir, y entró en el vestíbulo por la puerta acristalada en que estaba pegado el cartel de lo que podía ser una vieja película. Entonces el policía no tuvo ninguna duda sobre la actividad del Cine, el posible abandono apenas se correspondía con la decrepitud del edificio y era más que probable que el negocio hubiese continuado en el único reducto habitable del destartelado esqueleto.

Antes de acercarme a la taquilla, reforzada la curiosidad del policía por el interés de lo que Cimo me había contado del Crisol de Armenta, dudé un instante.

En realidad, aquel seguimiento no llevaba a ninguna parte. El desvarío de

Cimo resultaba una conclusión suficiente y no me parecía que hubiese nada que pudiera hacer por él, además de la decisión con que yo había ido al Bar Ballesta de dar por zanjado un asunto que, en verdad, había llegado a preocuparme más de lo debido y que en la averiguación encomendada no ofrecía nada considerable, más allá de la constatación de ese desvarío o de lo que me parecieron los efectos de una mente atormentada o de las tormentas de la imaginación.

Fue una duda revestida de escepticismo y, sin embargo, debo reconocer que sería el policía quien decidiera, ya que el amigo, el representante de aquellos tiempos adolescentes compartidos en Ordial, se había quedado en el Bar Ballesta, abstraído en el recuerdo de Inés Vilma, reconociendo en el recuerdo las desdichas de un amor robado.

¿Qué razones había, tantos años después, para que el rostro de Inés regresara en la misma ráfaga de su voz, la dulzura de todo lo que la rodeaba, para que yo considerase la posibilidad de que la vida me había hecho un solterón grueso y lento, un hombre sin otras ataduras que las de una profesión a la que me había entregado, eso sí, en cuerpo y alma?...

Uno de esos policías de novela que rumian la soledad como un alimento mal digerido, les insultan y les pegan, reciben un sueldo miserable y, como única recompensa, obtienen la satisfacción moral de resolver el caso, sin que en ningún momento hayan sido capaces de resolver su propia vida...

La taquillera despachaba la entrada con desgana desde el fondo de un agujero. La entrada tenía un precio irrisorio y a la pregunta de qué película proyectaban contestaba una voz despectiva que la de siempre.

El vestíbulo se asemejaba más a la encarnadura externa del edificio. Había un tufo de hollín y ozono-pino que en seguida, al entrar a la sala oscura, adquiría la intensidad polvorienta de lo que muy bien podía haber sido, aunque la pervivencia lo contradijera, el foco del probable fuego causante de la ruina.

Un policía olfatea con mayor instinto que cualquier persona, pero lo que podía olfatearse en la sala no indicaba otra cosa que el desastre de un negocio absurdo, a no ser que las contadas parejas desparramadas como bultos todavía más oscuros por las filas vinieran a buscar el refugio de su intimidad, o hubiese un sórdido negocio subterráneo de encuentros pactados.

En cualquier caso, pensó el policía, siempre resulta mejor un Cine que un Sanatorio.

La niebla es un humo desleído en la pantalla, la emanación de lo que todavía pudieran respirar las brasas mojadas del incendio.

Esa niebla contribuye a la confusión de lo que en la humedad de la sala parece su procedencia, como si viniera de la pantalla y se fuese apoderando de la oscuridad en que los contados espectadores dormitan en silencio, o que sea de la propia sala y la misma oscuridad de donde emerge, confluyendo hacia la pantalla impulsada por el titubeante chorro de luz de la proyección.

Hay una ciudad difusa, confundida, en la que se aprecian los márgenes de un río caudaloso que la bordea, un puente de piedra, las vegas que tienen un verdor ceniciento. La ciudad se repite en los planos que reiteran una película que no acaba de comenzar y, en algún momento, se puede tener la impresión de que son los planos con que termina, lo que indicaría que el final tampoco llega a su término, o que hay un desarrollo circular en la trama de una historia que tiene perdido el contenido de la misma, acaso borrado, y de la que sólo permanecen esos planos, esas vistas, que podrían ser el escenario de lo que sucedió.

No sé lo que dura esta sensación de un espectador que apenas tiene la conciencia de haber entrado en un Cine abandonado, donde siempre ponen la misma película. El espectador no recuerda haber llegado a su destrozada butaca siguiendo a alguien, tampoco sabe que su profesión es la de policía y, mucho menos, que una tarde no muy lejana se encontró con un viejo amigo de la adolescencia en los andenes de una Estación.

El espectador tardará bastante en percatarse de su condición de durmiente, entre las parejas dispersas y tal vez algún otro espectador también solitario. De esa condición proviene la quietud con que mira, aunque la incomodidad de la butaca apenas le permite estar sentado, porque duerme como una estatua semi-yacente que tuviese los ojos abiertos.

Duerme mirando la pantalla que, en realidad, lo que de veras contiene son las imágenes de su sueño y probablemente también las de los sueños de los otros espectadores, si exceptuamos a las parejas más ajenas y ruidosas.

En la niebla hay una figura que camina de espaldas y es así como, poco a poco, la ciudad comienza a discurrir sin que la percepción de los pasos de la figura, un hombre con un abrigo y el cuello alzado, denoten que es ella la que se interna por las posibles calles o la propia ciudad se acomode a lo que también

podiera ser la inmovilidad de los mismos: unos pasos que no van a ningún sitio, la simulación de un intento de avanzar que se consume en la actitud de hacerlo.

El espectador recuerda en el sueño lo que tantas veces sucede en los mismos, esa situación a la que estamos tan acostumbrados que implica la incapacidad de moverse, el peso del cuerpo y alma que nos retienen en la inerte prisión donde la quietud nos proporciona a veces un pasmoso placer y otras nos llena de angustia.

La figura soy yo, no me cabe la menor duda.

Hasta podría representarme la circunstancia de un día, no hace demasiado tiempo, en el que en la ciudad que ahora ignoro, tampoco la niebla ayuda a delimitarla, iba a confirmar la pista de un caso que, en realidad, ya estaba resuelto. Se trataba de confrontar un último dato, fruto de la declaración de un testigo, que apenas servía para echar más leña al fuego.

En la práctica policial, cuando los casos son más liados y procelosos, es mejor pasarse que quedarse corto, en el expediente judicial se agradecen las pruebas, por reiterativas que sean, un abogado defensor perspicaz y maliciado le saca punta a lo que menos se espera.

Era yo, y por eso lo que en seguida comencé a sentir, entre la niebla y la ciudad que se movían, aunque con tantas dificultades lograsen arrancar mis pasos, se parecía demasiado a las advertencias del riesgo que predicen el peligro y que, cuando te das cuenta, tensan tus nervios, mientras el temor paraliza la mente y reduce al mínimo la capacidad de acción y respuesta.

Son esas situaciones en las que el policía se siente rebasado, como si la experiencia de nada sirviese y, del mismo modo que sucede en el frente, en algún ataque en que hay que saltar las trincheras para dar cara al enemigo invisible que se acerca en la noche entre el estruendo de la artillería, el impulso es huir, salir pitando lo antes posible de lo que se avecina...

Una mortandad parecida a la que la peste extiende con su respiración infecciosa.

La niebla extraía los frutos mortales de esa contaminación que Cimo achacaba a la enfermedad y el sueño, lo que en su decrepitud y desgracia quedaría mejor expresado como un sueño enfermo.

A veces, en las antiguas crónicas sobre la devastación de las pestes europeas hablan los cronistas de las ciudades esquilmadas por el venenoso bacilo y se refieren a la atmósfera corrompida en la que se mezcla el humo purificador del fuego con el hedor de las pápulas y las hemorragias, y algunos repiten la imagen de un cielo enfermo, purulento y gris, que se parece demasiado al de la niebla de la ciudad de la pantalla o, al menos, a lo que podrían considerarse frutos de esa cosecha que nadie recoge porque de una cosecha maldita se trata.

Nadie quedaba en la ciudad, nada había en ella.

La peste cuantifica la muerte en su recolección, pero la niebla de la ciudad soñada no albergaba cadáveres, apenas consumía, en lo que poco a poco se transformaba en un manto más espeso, las desapariciones y hubiese borrado cualquier señal, como si fuese una niebla devoradora.

Cuando el policía, que había dejado al espectador dormitando en su butaca, se internó en la niebla, caminó por la ciudad con los pies de plomo que apenas le permitían moverse para, en cualquier perspectiva seguir viendo lo mismo, corroboró que su propio aliento se deshacía en la niebla con el temor de una respiración dificultosa o la angustia de un ahogo.

Tanta devastación, tanta soledad culpable, podían provenir de un tóxico más cercano a la antigüedad de una enfermedad que apenas subsiste en el Extremo Oriente...

El cielo enfermo amparaba el mal que para Cimo se había convertido en un tormento invisible y lo que la ciudad mostraba era el efecto de aquel don malvado del que Cimo se había sentido dueño, como si el mal devastador y contagioso proviniera de la maldad que él asumía como un destino certificado por la obsesión.

El policía no lograba aliviar el temor de sentirse prisionero de la niebla, la dificultad de respirar, los pasos pesados, la imaginación que en algún instante

se le iba hacia el sueño medroso del espectador que permanecía en la butaca en posición semiyacente y con los ojos abiertos, pero no había salido huyendo de la trinchera.

Ésta es la ciudad donde están los muertos de Cimo, las víctimas de su contagio que, a lo que parece, como si de la peste se tratara, expandieron esa infección y esa muerte hasta convertirla en una ciudad de niebla y desaparecidos.

El caso no existe y, para mayor compromiso, comienza y termina en mí mismo, ya que Cimo no es otra cosa que un habitante más de esta ciudad que acabará por desaparecer también el día que cierren este Cine que como negocio no puede ser otra cosa que un mal negocio o, para decirlo con mayor exactitud, un negocio ruinoso.

Supe que la había recorrido entera, que no quedaba una esquina ni un portal al que no me hubiera asomado.

La falta de perfiles, tanto arquitectónicos como urbanos, hacía imposible reconocerla, aunque en todo momento permanecía la inquietud de que se tratara de alguna en la que hubiera estado, Armenta, Doza, el mismo Ordial, fuese cual fuese el río que la atravesaba o circundaba, tanto el Nega como el Margo o el Uργο...

También supe que la podía borrar, que una goma puede usarse en cualquier circunstancia si no tienes miedo de que alguien te descubra, pero en este sentido debo reconocer que me amedrentaba la niebla, ya que nada podía ser más borroso que lo que ella invadía.

El recuerdo de Cimo se hizo más palpable cuando finalmente metí una mano en una papelera, algo que con mucha frecuencia y sin ninguna explicación hago en los sueños, y rescaté de ella una bola de billar, un tornillo y un estropajo.

Me parecía que era el momento en que el durmiente tan incómodamente tendido en la butaca debiera despertar. No deja de ser curiosa esa convicción sobre lo que conviene o no conviene hacer cuando se está soñando, y el no menos extraño resultado de tal resolución, pues a veces uno se despierta tras haberse dado a sí mismo la orden de hacerlo.

Hubo un momento final en que caminaba en la niebla. Los objetos recién rescatados se habían deslizado de mis manos, y unos pasos más adelante vi sobre el pavimento lo que muy fácilmente pude confundir con una carta o

un pañuelo.

Algo se movió en la niebla para llevárselo, un viento de humo que semejava el suave movimiento de un visillo que se cierra en una ventana.

Era noche cerrada cuando abandoné el Cine.

Las parejas salieron como sabandijas, a Cimo ni se me ocurrió esperarlo. El seguimiento había terminado y el caso, como ya he dicho, resultaba inexistente.

Caminé sin rumbo. Empecé a sentirme mal y hacia la madrugada me despertó la fiebre. No logré levantarme ni ese día ni los siguientes. Cuando me internaron en el Hospital de Misericordia ya no tenía el peso que justificaba mi fortaleza ni la voluntad con que afrontaba eso que llaman el porvenir y que hasta a los policías, por escépticos que sean, les concierne.

Algo llenaba mi corazón de un vértigo que fue extraviando mis pasos por las calles verdaderas. Un vértigo excesivo para poder caminar con libertad.

La muerte de Inés Vilma, la dulce muerte que se deslizaba en el recuerdo de las lavas en una isla volcánica donde la enfermedad la consumía...

Cuánto daría por que, al menos, esa muerte me correspondiera.

Príncipes del olvido

Cuentan que en algún Reino lejano hubo una vez una Princesa que se dejó morir, no ya porque la vida no le sonriera con lo que alimentaban sus ilusiones y sueños, sino porque la edad a la que había llegado cercó su corazón como en el cumplimiento de una condena en la que cualquier expectativa de felicidad se trastocó en incertidumbre y desdicha.

El cuento se corresponde con lo que también había sucedido en otros Reinos no menos lejanos, en los que dos Príncipes de la misma edad de la Princesa corrieron parecido destino: uno de ellos se ahogó en las aguas de un lago dejando en la orilla, junto a la ropa y el sello de su linaje, la nota que transcribía un verso desolado, y el otro desapareció sin que jamás volviera a saberse nada de él.

En esa misma edad en que la adolescencia encamina el tránsito de la infancia a la juventud, cuando la pubertad va cumpliendo el tramo de las primeras modificaciones y apenas el desarrollo de lo que somos y sentimos obtiene otra conciencia que la de su desasosiego y confusión, se produjeron en las ciudades de Borenes, Solba y Oceda unos sucesos que casi podrían contarse con la misma orientación que el cuento de aquellos Reinos lejanos, ya que tanto parecido tenían.

La edad era la razón de lo que había pasado, o el elemento crucial de lo que en cualquier caso determinaba la desgracia de lo que sucedió, y por eso es a ella a lo que remite comparativamente lo que tantos siglos después volvió a suceder en esas ciudades, sin que el cuento tenga una cualidad de espejo en el relato de lo que la vida proporciona.

El cuento mantiene la lejanía y la generalización de lo que tan escuetamente narra. Los Reinos se ubican en esa lejanía que, como en ellos es habitual, mide fronteras de espacio y tiempo con la sugerencia de lo que resulta remoto, y los protagonistas del mismo no son dueños del nombre que los identifica, apenas de la condición que en su nobleza irradia la aureola de un título que los hermana con tantos otros Príncipes y Princesas que en los cuentos perviven sin que muchas veces puedan distinguirse.

En Borenes vivió Eliseo Mercal, en Solba Inma Dorada y en Oceda

Martín Bermejo.

Los datos concretan hasta donde pueden las circunstancias de lo que en su caso asume la desgracia, en ese punto de la edad que proporciona el parecido con un cuento que tantas veces ha podido escucharse, ya que los cuentos se cuentan para que pervivan.

La desgracia cubre un trámite de discreción y piedad que con frecuencia evita los comentarios inoportunos y, además, más allá de las esferas afectivas, familiares y amistosas, propende al silencio e intensifica la reserva, sobre todo cuando los hechos que la motivan son especialmente lamentables.

Pero la vida no se puede mirar en el espejo del cuento y tampoco hay que buscar razones para que lo haga, aunque eso no evita que el cuento impregne desde la fabulación lo que en muchas ocasiones la vida descubre, como si en el patrimonio de la imaginación a que los cuentos pertenecen el pasado contuviese presentimientos, de modo parecido, y no menos misterioso, a lo que la experiencia del sueño destila en la identidad de la vigilia.

Debe de ser mucho más difícil saber si Inma Dorada se dejó morir como la Princesa del Reino lejano, ya que el cuento en su estricta información no nos ofrece ninguna ambigüedad y, sin embargo, lo que de Inma conocemos no es tan claro.

La muerte de Eliseo Mercal tiene la contundencia expresa del que se mata: el poema desolado se sustituye por un escrito, que no acaba de ser una confesión pero en el que parece asumir lo que hace.

Y de la desaparición de Martín Bermejo hay rastros que no llevan a ningún sitio: la investigación policial es completamente negativa, pero en el ánimo de quienes mejor le conocieron el desaliento justifica el pesimismo...

En la fotografía de Martín Bermejo de la que más uso se hizo para requerir noticias tras su desaparición, aunque como en los casos de Inma Dorada y Eliseo Mercal la discreción familiar, con las variadas razones de tan diversos sucesos, mantuvo parecida circunspección, hay un gesto de ausencia que casi resulta premonitorio de su condición de desaparecido.

Un rostro de facciones afiladas y a la vez indecisas, como en esos dibujos al carboncillo en los que el artista difumina los trazos con la yema de los dedos sobre el papel, muestra la escasez de lo que se posee y la indeterminación de lo que se es, corno si en la configuración fotográfica se vertiera el fulgor aterido de lo que también parece tan lejano como ajeno, esa instantánea en que los ojos de Martín Bermejo reducen su persona a la insignificancia.

Es curiosa la comparación con otras fotografías de Inma Dorada y Eliseo Mercal pertenecientes, como la de Martín, a la actualidad de los sucesos o, al menos, a la cercanía en que se produjeron.

En la de Inma la delgadez extrema remarca, más que limita, el poder de una sonrisa que involucra, también desde el brillo afiebrado de los ojos, una firmeza en la contemplación que no puede provenir de otra facultad que no sea la voluntad misma, y hasta cierta arrogancia en la determinación con que la mirada expresa lo que se sabe y se quiere.

Inma mira, como Martín, al vacío con que las fotografías detienen el instante en que fueron hechas y, sin embargo, su mirada se apodera del tiempo que la interfiere y nos llega con la viveza de su resolución.

Otra cosa es que al fijarnos más detalladamente en el rostro y en los hombros que apenas se perciben podamos corroborar la carencia que imprime la salud maltrecha, los bordes caquéticos, los huesos alzados en *el* apuntalamiento con que se adivina su figura.

En el caso de Eliseo Mercal la fotografía revela un gesto esquivo, esa alteración del momento en que uno parece ser descubierto cuando menos lo esperaba.

El gesto denota cierta radicalidad o intransigencia, como si en la imprevisión aflorase lo que habitualmente se domina o, al menos, se administra, de modo que en la sorpresa se obtiene el ramalazo de una desnudez que nadie vislumbra de otra manera, ya que el retrato supone un robo, un atraco en la consideración que su protagonista hiciese.

Ese gesto esquivo radica muy particularmente en el sesgo de los ojos que irradian el resplandor huidizo de quien se defiende sin posibilidades y todavía se rebela con alguna taimada intención que daría respuesta a lo que podría llegar a considerar como una afrenta.

También llama la atención la mata de pelo alzada al pie de la raya y echada hacia atrás con calculado estilo. Se contrapone al cabello ralo y revuelto de Martín Bermejo, visiblemente descuidado, y a la melena lacia de Inma Dorada que se recoge detrás de sus orejas sin que parezca muy premeditada la sujeción y deja ver, eso sí, el vidrio diminuto de dos pendientes que brotan en los lóbulos no como un detalle de coquetería sino como el efecto de un descuido, ya que podría pensarse que están allí desde que Inma dejó de mirarse al espejo, hace ya muchos meses.

Antes de que Martín Bermejo subiera las escaleras que conducían al tercer piso del número veintisiete del Paseo de Gracia, en el centro de Oceda, invirtió no menos de tres meses en la cuidadosa preparación de lo que había ideado, casi todo relativo al aspecto que debía ofrecer en aquella ocasión y a los términos en que convenía expresar sus pretensiones.

Era un domingo de primavera y la hora intermedia de la mañana le había parecido la más adecuada.

Los domingos tienen a su favor esa desgana que diluye el tiempo y alarga en la quietud el despertar de la ciudad, lo que Martín le permitía caminar desde su casa hasta el Paseo sin ninguna premura y con la seguridad de que en las calles todavía desiertas, no iba a tener ningún encuentro indeseado. El último detalle era el más fácil y lo iba a resolver en la Confitería Centenario, donde la voluminosa y resplandeciente caja de bombones también estaba previamente elegida.

A lo largo de esos tres meses, con la precisión y cautela con que ya había acometido otros empeños, casi siempre relaciones con sus proyectos y quimeras, Martín Bermejo fue haciendo los encargos necesarios, el traje a la medida en la sastrería a la que siempre fue su padre, la camisa la ropa interior, los zapatos y los calcetines, el contraste de la exactitud y el aprecio con que debía resolver las dudas al elegir cada prenda, ya que aspiraba a una perfección derivada de su gusto y que no admitía consejos.

Se trata de decidir por su cuenta, de buscar lo que esa decisión orientara un cierto ideal de sí mismo, la imagen que mejor ofreciera lo que soñaba que podía ser, en un denodado intento de obviar tantas dudas e incertidumbres como habitualmente le asediaban. Era un ejercicio de convicción y audacia al que, como en otras ocasiones, se sometía no ya con la opción de la prueba en que uno demuestra la capacidad y el valor para afrontar lo que la vida nos interpone, sino con la decisión que infunde en la voluntad y el ánimo lo que ya se fue superado.

Martín Bermejo había hecho acopio de las ganancias y dejaba a un lado las reincidentes vicisitudes de tantas pérdidas, lo que la valentía auspiciaba a su favor por encima de las cobardías, las renunciadas, las derrotas...

Esa mañana del domingo primaveral, mientras en su habitación se iba vistiendo, con las precauciones y los recelos que aseguraran que nadie, ni su madre ni su hermana Birta, la más peligrosa por su incontinente curiosidad y celo pegajoso, tuvo la conciencia del Caballero que por primera vez se ajusta la armadura, tras velar, como él había hecho en los nocturnos pensamientos que fortificaban el ánimo, las propias armas, que no eran otras que las de su edad propicia.

Una paz de espíritu, una firmeza que sentía crecer entre las sabanas, como en aquellos estirones de la fiebre en las enfermedades que incrementaban un centímetro de estatura, el posterior orgullo de haber estado malo y hacerse mayor o, al menos, más alto...

Durmió mal, pero esa paz alimentaba el insomnio como un recurso benefactor.

Los malos sueños de Martín Bermejo reiteraban el conflicto de la vida, o ésa era la sensación en la resaca de los despertares: algo oscuro y poderoso que lo secuestraba, como si en la emoción del sueño, casi siempre aniquiladora, persistiera la convulsión de un miedo a todo lo que resultara más necesario y crucial en su existencia, como si el mal sueño se nutriera de las insondables amenazas que contrariaban la realidad en que debía vivir.

Se levantó muy temprano, abrió el balcón, vio complacido la luz que brillaba sobre los tejados, las torres que apuntalaban la nitidez en el cielo de Oceda, el horizonte vegetal que indicaba el curso del Margo.

Cuando estuvo vestido se miró en la luna del espejo.

El Caballero resplandecía. Todo en la armadura parecía salpicado del esmalte y la plata que en algunos grabados adornan los marcos en las estancias en que cuelgan, y la única duda que todavía duró un instante en la complacida contemplación fue el color de la corbata, lo que más le había costado elegir y en lo que menos caso había hecho al remilgado dependiente de la tienda donde la compró.

De esos tres meses, como del tiempo de otros empeños en que Martín Bermejo invirtió una suma considerable, teniendo en cuenta la economía de propinas y casuales gratificaciones que conformaban sus gastos y ahorros, hay una detallada contabilidad en las hojas sueltas que su hermana Birta recopiló en los libros de texto y entre las páginas de sus novelas más manoseadas, y que forman la huella escrita que de él pudo rastrearse.

Nada se recibió desde su desaparición, ni llamadas ni cartas ni telegramas. Nadie aportó, en la cercanía de los amigos y compañeros, otra cosa que el recuerdo de la última vez que lo vieron, las triviales palabras de cualquier día, ni la más leve insinuación de lo que pudiera parecerse a una despedida.

En el ánimo de los amigos, entre quienes tampoco nadie destacaba con algún grado particular de intimidad, como si Martín fuese un amigo que mantenía el tono común de una cordialidad paritaria, hubo igual desconcierto y el mismo sentimiento de culpabilidad y frustración.

Es difícil convivir con alguien que es una presencia cotidiana a la que probablemente no se valora en su justa medida, pero correspondiendo también a la medida justa de lo que él ofrece y expresa, sin que nada, por otra parte, deje de ser razonable, y que de pronto esa persona desaparezca, se esfume. La dificultad estriba en la comprensión de un suceso de esas características, la sorpresa que contiene sin remedio un punto extremo de asombro y, a la vez, de amargura, ya que en lo inesperado hay un poso dramático que concierne a quienes conviven, los amigos, las amigas, los compañeros, todos esos testigos inocuos de la desaparición.

Para ellos fue como si Martín Bermejo les hubiese estado engañando. Tras lo sucedido resultaba muy distinto al que trataban, alguien que jamás se mostró con el rostro verdadero o que entre ellos estuvo emboscado, mirándoles, hablando, participando en tantas cosas comunes sin que se pudiera apreciar lo que de veras pensaba o iba a hacer.

Tampoco hubo unanimidad en la posible rareza de su carácter, en la misantropía o la timidez de la que más o menos, unos y otros, participaban, entre los lógicos desniveles y alguna extravagancia. A Martín se le recordaba en la segunda fila de casi todo, como quien destaca sin destacar o se queda

relegado sin que nadie lo note. Uno más, nunca el último que se iba para casa ni el primero en llegar a ningún sitio.

La amargura fue fruto de lo que el suceso tenía de inexplicable. La culpabilidad también, aunque ese sentimiento, que abatió con mayor intensidad a los amigos más próximos, provenía de una conciencia de dejación o descuido, como si el desaparecido los hubiese necesitado sin ser capaz de decírselo, y ellos no hubieran sabido adivinar y responder.

Un amigo requiere el socorro sin tener que gritar, y la mano más generosa y sincera es la que se tiende antes de que sea precisa una palabra...

Eran anotaciones contables muy detalladas y, de cuando en cuando, una suma provisional. Se anotaba el precio del traje, la tela, el corte, la confección. El precio de la camiseta y los calzoncillos, de la camisa, los gemelos, los calcetines, la corbata. El precio de los zapatos y el de un frasco de colonia de la que también constaba la marca.

No había indicaciones sobre lo que aquella indumentaria suponía en el empeño de Martín. Era un equipo completo que guardó en su habitación sin despertar la mínima sospecha.

Las hojas sueltas reflejaban ese orden de los gastos con algunas fechas que, en su totalidad, venían a completar los tres meses en que cuidadosamente fue efectuando los encargos y las compras, sobre todo lo que correspondía al traje y las pruebas que el sastre programaba, y del que pagó un anticipo al elegir la tela, sin otra observación que la que advertía la cantidad del anticipo y una palabra alentadora, probablemente demostrativa de la calidad de la tela que el sastre había ponderado.

Esos escritos de Martín Bermejo tienen un contenido escueto. Las hojas en ningún caso están usadas al completo y, en lo que se refiere a las contabilidades, de este y otros asuntos, no hay una estricta separación con lo que describe o cuenta, apenas un blanco o una raya o unos desgastados puntos suspensivos.

Lo que describe son siempre paisajes que parecen imaginarios, y lo que cuenta son sueños.

La vida tiene una constancia más activa en lo que Inma Dorada escribió a lo largo de los últimos años de su existencia, una suerte de Diario que en ocasiones detalla la fecha y a veces no lo hace, y que en algún momento puede dar la impresión de que copia lo que en otro sitio escribió tiempo atrás, como si pretendiera recobrar la complacencia de un recuerdo o retraerlo con aborrecimiento.

No es un Diario formal, de anotaciones reguladas y regulares en ese conducto, pero sin duda va constatando lo que le sucede, al pie también de sus ocurrencias y divagaciones.

De la vida de Inma hay un espejo, todo lo variable y oscuro que se quiera, en las notas del Diario, también en los cuentos y en las muchas veces exageradas prosas poéticas, en las que tampoco sería difícil sospechar el plagio o la copia interesada, ya que en ningún momento Inma da la referencia de lo que transcribe o de la mezcla que hace y, sin embargo, hay un tufo expresivo que alienta la suspicacia y el descubrimiento.

Eliseo Mercal dejó un escrito premeditado, un escrito elaborado para la ocasión de su muerte, no la tópica carta al Juez del suicida ni las consideraciones exculpatorias de quien tomó una decisión así de trágica, ninguna explicación.

Se trata de un escrito en el que el destinatario es él mismo, o al menos eso se presiente, y en el que las divagaciones se acomodan a veces a las distintas situaciones en que se encuentra, como si hacia el cumplimiento de su decisión hubiese un camino de entrenamiento o de decisiones aplazadas que no deja de tener un tono desagradable y hasta macabro.

¿Qué hay detrás de ese esfuerzo, en el que la escritura va y viene con tantas rememoraciones y detalles descriptivos, estableciendo un círculo que tiene a Eliseo Mercal en el centro, o la atadura de una cuerda que lo va sujetando como si pretendiera inmovilizarlo?...

La verdad es que comparando el testimonio de los tres, leyendo lo único con lo que contamos de lo que ofrece algo de la intimidad de cada uno, del espejo que filtra el secreto de su soledad, no es difícil detectar una corriente común en las voces y los ecos.

Las edades coincidentes, como las de aquellos Príncipes del cuento,

revierten en las paralelas conmociones e incertidumbres.

En el espejo no hay un mismo rostro y una misma mirada pero probablemente existe una misma inquietud y un parecido desasosiego en la percepción oscura y dramática de un destino que tiene, como mayor detrimento, el temor.

La vida que se hace y se deshace, según lo que apunta algún psicólogo avezado, queriendo indicar que ese tránsito de la edad entre la infancia y la juventud no ofrece ninguna resolución, es una vía abierta en la que no existe conciencia del valor de la experiencia, sólo de la contradicción, como si la vida no avanzase o, al hacerlo, desmintiera el camino, lo contradijera desde el desconcierto más absoluto.

Martín Bermejo lleva en Oceda esa existencia desaparecida que lo borra de los demás sin que nadie se percate, y en sus empeños involucra lo más profundo de sus sentimientos, sin que al desvarío pueda contraponerse la razón de un consejo, la orientación con que el sentido común restablece el equilibrio del entendimiento.

Lo que Inma Dorada hace en Solba está muy determinado por la propia quimera de su enfermedad. Lo más oculto de esa voluntad enferma es lo que mueve a Inma Dorada a la irresponsabilidad de unas emociones que siempre se expresan más allá de lo previsible, muy lejos de lo que ella misma pudiera controlar. En pos de esas emociones anda Inma Dorada, como quien desea cazar lo imposible.

Para Eliseo Mercal, Borenes tiene los límites del universo, no es ya la ciudad abandonada entre dos ríos donde su propio abandono se corresponde con el laberinto urbano de una condena, es el centro del mundo que Eliseo Mercal necesita para que la trágica semilla de su muerte fructifique con el esplendor de una impostada soberbia de la que él resulta el dueño gratuito.

Eliseo Mercal parece el más fuerte o poderoso de los tres, un Príncipe muy pagado de sí mismo, que en el fondo duda de la posibilidad del Reino, y que acaso sea el más frágil y el que mayor esfuerzo necesita para sostener la armadura.

En un día comparable al domingo en que Martín Bermejo fue a hacer su petición en el tercer piso del número veintisiete del Paseo de Gracia de Oceda, Inma Dorada se acercó, con la decisión de quien lleva toda la tarde dando vueltas sin rumbo fijo y al fin resuelve definitivamente lo que debe hacer, a la puerta del Convento de Santa Ula, que en Solba regentan las Madres Concisas.

La primavera de Solba tenía el mismo reflejo bruñido que la de Oceda, aunque no fuese el brillo de las aguas del Margo, con su resplandor vegetal, el que lo expandiera, sino el de la piedra del lienzo de la muralla que alcanzaba el reverbero más lustroso, entre la yedra y el musgo.

Inma Dorada invirtió el día completo, desde la media mañana en que, como tantas veces, salió sigilosamente de casa, llevando en esta ocasión la pequeña maleta que el día anterior había sustraído del armario de la habitación de sus padres.

Esa noche escribió en su Diario durante mucho rato y se acostó vestida sin tomar ninguna de las pastillas que tenía prescritas. Era frecuente que los somníferos no le hicieran efecto y también era frecuente que no se atuviera a las dosis de la medicación. La irregularidad de su sueño se correspondía con los altibajos de su ánimo, pero el ritmo del mismo también se desacompañaba con las ocurrencias con que Inma Dorada incumplía los horarios, la disciplina que aconsejaba un cumplimiento lo más estricto posible para ordenar cada jornada.

A veces, con los ojos abiertos, tendida sobre la colcha de la cama, las manos reposadas en el pecho, creía dormir. La sensación del sueño contaminaba lo que ella consideraba una vigilancia poderosa, la actitud de quien se siente centinela de sí misma, de lo más profundo e insondable de lo que uno es, ese extremo misterioso del que no hay comprensión y ninguna razón lo asiste.

Era un modo de dormir o, al menos, de recabar algo de la sustancia del sueño sin que fuese preciso entregarse a él. Dormir con los ojos abiertos había sido uno de los mayores anhelos de la infancia de Inma Dorada, desde que una vez escuchó el cuento de una niña que tenía esa facultad que le permitió una suerte de dominio extraordinario para que la noche no la amedrentara y el tiempo creciese sin reserva, lo que siempre fue la mayor preocupación de

Inma, muerta de miedo en la oscuridad nocturna e incapaz de terminar los juegos que le robaban las obligaciones, pues nunca había tiempo suficiente para seguir jugando.

Muy de mañana se levantó Inma Dorada y durante unos minutos estuvo pensando en cortarse la melena. De suyo llegó a tener las tijeras en la mano y hasta cortó un mechón que le dejó entre la yema de los dedos una sensación de suciedad y desagrado. Recurrió entonces a recogerla en la nuca y sujetarla con la goma con que habitualmente lo hacía.

Los párpados le pesaban y en los ojos quedaba la densidad con que la resaca del sueño entorpecía la claridad de las cosas, una especie de niebla química que era como el remanente de la medicación y que en algunas ocasiones hacía muy costoso el despertar sin el ajuste de la mirada que estableciera la conciencia de la realidad en la realidad de las cosas, de los objetos más triviales y cercanos.

Abrió la maleta sobre la cama, depositó en ella las cuatro prendas que estaban más a mano en los cajones del armario y, antes de cerrarla, se acordó del Diario y el bolígrafo que permanecían en la mesita.

También dudó en lavarse la cara pero ni siquiera consideró la posibilidad de cambiarse el arrugado vestido que no se había quitado al acostarse.

Era la misma Solba desierta de la media mañana dominical en la Oceda de Martín Bermejo.

Bajar las escaleras, después de caminar por el pasillo con mucho sigilo y abrir y cerrar la puerta del piso con igual cuidado, le supuso un esfuerzo a Inma Dorada. Los pasos escalones abajo, sujetándose en el pasamanos de la escalera, ofrecían mayor dificultad que su ascenso. La maleta no podía pesar, ya que apenas llevaba nada en ella, y, sin embargo, la desnivelaba y entorpecía la orientación.

Salió al portal, miró a ambos lados, y no fue una decisión lo que la hizo caminar por la acera a la derecha, fue el mero impulso de un temblor en el párpado y un dedo de la mano con que sujetaba la maleta.

5, al despertar.

Cuántas veces lo mismo. Es la más sucia de la fila y la que corre más que ninguna. La niña más fea. No sé por qué diablos me persigue. ¿Es que era yo así de sucia y fea cuando tenía su edad?... Me parece tan antigua. Tengo que repasar las fotografías del álbum de mi tía Lara, que es tan aficionada a coleccionarlas, para comprobar que hay alguien parecido. No la puedo soportar...

5, todavía.

El pelo que se enreda, el dichoso peine, la púa rota. No me lo lavo. Prefiero cortarlo al rape. Tiene esa cara de hospiciiana que he visto en algunas películas. Los ojos de blanco y negro de una película antigua, muda. Si hubiese sido así de fea y sucia, me hubiera colgado de un gancho. No sé qué cara tenía yo de niña. No me gusta mirarme. ¿De dónde vienes, quién eres?... Voy a llamarla la Pordiosera.

6, la misma hora.

Los cerezos floridos. Las nieves de ayer. Las Damas de otro tiempo. Lo que brillaba en la mano lánguida de aquella vieja señora que iba seguida por su perrito faldero. Me emociono como una boba cuando escucho en la radio esa música de un baile antiguo. Tararí, tarará, un paso adelante, el talle, las chinelas, dos o tres vueltas hasta quedar descalza. Un salón de tan rico artesonado, los grandes espejos, las lámparas de infinitas lágrimas. Ay, si vos supierais...

8, sin ganas.

De nada. Ni de hacer ni de oír. Puedo estrangular a una mosca. También podría matar a un caballo, a pesar de que sea el animal preferido. Un modo de abusar. La mayor pena, la mayor penuria. Entonces es la vida lo que el río de aguas turbulentas se lleva de la mano de quienes estuvimos dispuestos a ahogarnos. El poeta mentiroso. Ese libro es el que menos me gusta.

15, muy pronto.

Elijo dos calcetines de distinto color. Dos zapatos desiguales que me calzo en el pie contrario. Me pongo el jersey del revés. Hago lo mismo con la

chaqueta y me la abrocho a la espalda. Sujeto el pelo hacia delante, como si pretendiera recogerlo en la frente. También me pongo del revés los pantalones, con las costuras a la vista. Ahora voy a salir a la calle con la escoba y el cubo de la basura.

16, igual.

Desgana. Éste es el plan de cada día. Lo que quisiera hacer y no puedo, lo que sueño y no me dejan. Tardo media hora en vestirme y luego, cuando lo consigo, me desvisto en otra media hora. Es un ejercicio exacto. Tengo que hacer las cosas con exactitud. Un día me quedo quieta. No me muevo. Mañana es viernes.

18, contenta.

No voy de mal en peor, no me digas esas cosas. A la Pordiosera hace días que no la veo. De casa salgo poco pero, a veces, arreglada. Ahí va esa chica del cuarto, creo que se llama Inma, dijo alguien en el portal. Esa chica soy yo. Me parece que con los labios pintados tengo un aspecto atractivo, cualquiera perdería la cabeza o me tiraría los tejos. Las medias me favorecen las piernas, por delgadas que estén. Ésta es la felicidad de un día corriente. El corazón que tan alto palpita. El poeta que me gusta. El corazón que subió a la altura del deseo donde la desposada era un mar de lágrimas. De felicidad, se entiende. Yo no soy la pobre desgraciada que friega el suelo de la Clínica. La enferma que jamás se pintó los labios. A la altura del deseo, dice el poeta. Un abismo en la cumbre donde las lágrimas de la desposada son perlas que se desprenden por las laderas. Qué bonito...

21, cualquiera.

El malestar. El ojo que me pica. La boca amarga. Sal. Una gota en el iris. Ay, qué cansancio. Dos veces la misma campana. No me puedo mover. No estoy quieta. Una pena es una piedra. Y lo que duele sin doler, lo más dañino. Si cierro los ojos, me siento peor. Hay una palabra para expresarlo pero no acierto con ella...

21, después.

Era el mal. La ciénaga. Me parece que el poeta que más me gusta la describía como el pantano del alma. Yo había tomado las pastillas de la nueva medicación y entonces, debió de ser porque me sentaron mal, perdí el conocimiento o me quedé transpuesta, y estuve nadando en ese pantano sin que, como otras veces, el agua me refrescara la piel. No era el agua, ahora se

trataba de un líquido espeso. La ciénaga es el tormento del poeta cuando menciona la realidad empantanada en que su conciencia se oscurece. No lo comprendo del todo, pero también se oscurece mi pensamiento cuando empiezo a darme cuenta de que ya no puedo seguir nadando, estoy muy cansada, no me importaría ahogarme.

23, noche.

Mi madre vuelve a gritarme, más histérica que nunca. En los peores momentos me recuerda a la Pordiosera. No puede conmigo y yo, que tanto la quiero, no la aguanto. En un cuento de los que escribo hay una madre que persigue a su hija para que, haciendo todo lo que ella hace y ordena, sea igual que ella, se convierta en ella misma. La hija no quiere al comienzo pero luego, poco a poco, va entrando en el juego, convencida de que hacerse como su madre es lo mejor, el ideal de la vida. Con el tiempo lo logran. Son la misma. Y entonces la madre le dice a la hija: ahora sobra una, ya no somos compatibles porque somos exactas. No me acuerdo cómo acababa el cuento, me parece que escribí varios finales...

Probablemente en un día parecido y a no muy distinta hora a la que Martín Bermejo e Inma Dorada salieron de casa, de punta en blanco Martín, quien todavía al asomar a la calle apreció en su zapato derecho una brizna de suciedad que eliminó con el pañuelo, y bamboleando Inma la maleta tras bajar vertiginosa las escaleras, regresaba Eliseo Mercal a su domicilio, un chalé familiar en las afueras de Borenes, y lo hacía con las cautelas y el sigilo de quien vuelve a deshora y en condiciones poco recomendables.

No era raro que Eliseo Mercal regresara de mañana, pero solía cuidar el aspecto porque, aunque tenía la oportunidad de penetrar en el chalé por la puerta trasera de la planta baja y subir a su habitación midiendo los pasos y controlando el ruido de las otras puertas, su madre podía haber madrugado o su padre, aunque fuese un día festivo, anticipaba la hora de levantarse para iniciar las que denominaba sus labores terapéuticas, la carpintería, el jardín.

—Nadie viene como debe cuando los demás se levantan... —le decía su madre, que en el gesto cariacontecido mostraba la amargura con la que un hijo como Eliseo Mercal va colmando la costumbre de la desavenencia y la resignación sin que exista otra expectativa.

—Lo último que quisiera saber es de dónde vienes y lo que hiciste, porque no entiendo que además del respeto nos hayas perdido la consideración... —le recriminaba indignado su padre, que al comprobar la penosa ascensión de Eliseo Mercal por los peldaños que le conducirían con dificultad al piso de su habitación, todavía alzaba el brazo y aseveraba con los dedos abiertos y un gesto destemplado, mientras Eliseo se agarraba al pasamanos con las rodillas vencidas—: Así te rompas la crisma...

Esa mañana, que se emparenta con las salidas de Inma y Martín, nadie se percató de su regreso. El desastrado aspecto de Eliseo, las poco recomendables condiciones en que volvía, no se relacionaban con el desvarío de tantas otras noches en las que el alcohol era el motivo reincidente de sus andanzas.

Había sido la primera noche en que con la lucidez precisa, de acuerdo a los planes establecidos, había estado ensayando lo que consideraba la encomienda de su destino, el límite de la resolución tanto tiempo larvada. Y para esa encomienda y para ese límite, que en la conciencia y en el ánimo de Eliseo Mercal necesitaban un acomodo, un aprendizaje, la voluntad no ya de ir

haciéndose a la idea sino de que en la aceptación de la misma se confirmase su necesidad, encontraba la complacencia de su propia seducción, el orgullo o hasta la soberbia de una secreta superioridad.

Lo que en los lejanos y retraídos parientes de otros Reinos, por llamarlos de algún modo, tenía un costo casi imposible de cobrar ante el espejo que delatará lo que eran y lo que estaban haciendo, tanto Martín Bermejo, indeciso en la comprobación del terno que revestía la elegancia tan milimetrada, como Inma Dorada, que no soportaría verse a sí misma en la sucia cavidad de sus ojos reflejados en el cristal, en Eliseo era el crédito de la complicidad que consigo mismo mantenía, la ganancia de verse, de contemplarse, de establecer en el espejo la convicción de su fortaleza.

Por eso, cuando se encerró en su habitación, comprobando otra vez que nadie se había percatado de su llegada, lo primero que hizo fue acercarse a la luna del armario.

La inmovilidad le devolvió una figura que venía de muy lejos, como si al tiempo de entrecerrar los ojos y lograr que la luz vibrase entre los párpados y las pestañas esa figura que caminaba hacia él se fuese perfilando con un tamaño mayor para tomar su estatura en la inmediatez del cristal.

Eliseo Mercal reconocía el camino entre los raíles, los pasos que iban alcanzando las traviesas, el humo de alguna locomotora cercana y el viento que levantaba la carbonilla que al igual que en sus manos tiznadas se adhería a la ropa, manchaba la piel.

Llevó la yema de los dedos al cristal. Se tocó la cara. Cerró los ojos. Un minero no vuelve peor del pozo, musitó. El acero de las vías tenía un brillo de plata cuando volvió a abrirlos y recordó las rayas paralelas.

Yo nací para ser lo que se sueña, no para vivir entre los perros y los gatos, no me voy a resignar a que debajo del alero me caiga la primera teja y me abra la cabeza como la rodaja de una sandía cuando menos lo espere. Yo no tengo muchas ganas de parecerme a nadie, ni hay nada que me importe demasiado, más allá de lo que me parece, porque lo que escucho por una y otra parte me da igual, y es lo mismo el maullido del gato que el ladrido del perro. Igual mi madre cuando llora que mi padre cuando me llama al orden. Lo mismo el cura que te da la Sagrada Forma que el que te pega la hostia. A veces he comulgado con la hostia y la Sagrada Forma la tiré a la basura. La vida del pecador, por lo que llevo visto en algunas películas y novelas, es menos sana y más vil, pero resulta alegre, aunque odio de igual manera al sinvergüenza que al santo, al malvado que al bondadoso. Mi madre que se muere del disgusto, mi padre que es un animal de raza aria. Dos buenas personas a las que les cayó en suerte un petardo descomunal que soy yo, el héroe de una película que jamás se hará y de una novela que no hay quien escriba. Pero me digo siempre lo mismo, nací para ser lo que se sueña, no para vivir entre los perros y los gatos. ¿Y qué es lo que se sueña?... me pregunto. El día que tenga ganas me lo contaré, por ahora me conformo con que la epístola deje las cosas claras o, al menos, no del todo oscuro el desahogo. Esa pamema de que me compre quien me entienda es el resultado de la desgracia de no tener el dinero necesario para comprarse uno. Pero el dinero no lo es todo, mi padre está equivocado, a mi madre, que tanto la quiero, la engañó el ario desde que logró secuestrarla. Mi madre era una buena chica de provincias, guapa, dispuesta, una niña bien. Luego vino mi padre, uno de esos tíos de raza y carácter que ha hecho el patrimonio en la construcción y los chanchullos, un hombre con futuro. Yo el futuro me lo paso entre las piernas, para mí Dios es un animal andrajoso que pide limosna a los pobres de espíritu y chantajea a los misericordiosos, aunque no sé para qué digo nada de Dios, interesándome tan poco como me interesa. El Dios de los perros y de los gatos. Los perros me joden mucho. Son unos bichos que siempre quieren estar contentos, nacieron para que les pases la mano por la cabeza y el lomo. Cuando ladran, aun en las peores circunstancias, da la impresión de que están pidiendo auxilio, o que tienen miedo y quieren asustarte. De los gatos prefiero no decir nada. Les tengo el respeto de aquello que resulta sospechoso. Un gato es un enemigo que no habla, pero que si

podiera te delataría. Un enemigo que no tiene capacidad para matarte, porque la Naturaleza no le dio las armas suficientes. Ésa es la razón de que sea un animal doméstico, a los humanos, que somos los más gilipollas de la creación, nos gusta vivir con el riesgo asegurado, con un seguro de riesgo. Un gato es lo mejor. No sé por qué escribo de ellos, tampoco tengo por qué confesar que de niño maté varios. Una culpa como la copa de un pino, ahora resulta que soy un criminal. No maté a mi padre el día que me dio la primera conciencia varias muertes, todas de gatos. Me hubiera gustado matar un perro, pero la única vez que lo intenté, era un faldero, me miró con la conmiseración con que el reo mira al verdugo en una película de espadachines, Robin Hood, el Cisne Negro o cualquier otra gilipollez. Debe de hacer siete años que no voy al cine, aunque en el secreto de lo que estoy escribiendo puedo confesar, y confieso, que hace menos tiempo que quemé uno. Soy de los pocos que, sin ser incendiario, ha quemado uno de esos antros. Echaban *La túnica sagrada* y le metí estopa para que Cristo no muriera crucificado sino achicharrado y la dichosa túnica, que era un trapo morado y sucio, se redujese a ceniza para que no pudiera hacer más milagros ni Victor Mature se convirtiese. Ese tío era un actor con úlcera, mi padre se le parece demasiado, aunque nunca pensé en carbonizarlo. En fin, tengo que decidirme de una vez a contarle todo, empezando como ya dije por lo del sueño, lo de que yo nací para ser lo que se sueña, no para vivir entre los perros y los gatos. Eso de nacer para ser lo que se sueña es algo que leí en una ocasión, no me lo invento, mis ocurrencias no son tan bonitas o tan cursis, aunque ésta me gusta. A los perros y los gatos ya les pasé el recibo, lo demás tendré que escribirlo, porque de otra manera cuando se encuentre lo que escribo, a no ser que en el último momento me dé por llevármelo conmigo, no se va a entender lo que hice. Las razones son muchas, lo que se sueña también. Si no tengo más cuidado con el papel tampoco se va a entender todo esto, a nadie se le ocurre escribir con las manos tan sucias. Lo último que voy a escribir ahora antes de darme una ducha y meterme en la cama, con el riesgo de que en menos que canta el gallo suba mi madre a llamarme, la muy pesada, o el ario empieza a meter ruido con el cortacésped, es que se estaba a gusto en las vías, se estaba como Dios, pude quedarme otro rato allí tumbado. Cierras los ojos, huele el tufo de la locomotora, también el aceite y el vapor. Hay una máquina de maniobras...

Lo que Martín Bermejo tardó en subir al tercer piso del número veintisiete del Paseo de Gracia, en la media mañana de aquel domingo de la primavera de Oceda, no fue un tiempo muy distinto a lo que había tardado en otra ocasión parecida, cuando con una decisión no menos resolutive acudió a un cuarto piso de la Calle Cardenal donde, en el Despacho del más famoso abogado criminalista de Oceda, solicitó la defensa de un homicida que tenía su nombre y apellidos.

—Usted, joven, ¿sabe exactamente lo que es un homicidio?... —inquirió el abogado, que le miraba desde el más allá de su mesa con la curiosidad apesadumbrada de quien ya tiene en la vida muy pocas cosas de las que sorprenderse, y que había visto entrar al despacho a Martín Bermejo sin que su Secretaria hubiese podido siquiera anunciarlo, con el impulso que se confunde con la ansiedad.

—Matar sin demasiada idea de hacerlo... —dijo Martín, sin tener muy claro a lo que se refería, aunque de los resultados de su acción criminal estuviese convencido, por mucho que esos resultados no fueran susceptibles de una comprobación fehaciente.

—Voy a tomar nota de esa tipificación del delito, tal como la expresas... —dijo el abogado, y por un momento la apesadumbrada curiosidad se tiñó de un cierto aire humorístico que en seguida derivó en una sonrisa, nada habitual en él.

Esa comprensiva sonrisa del criminalista fue la que auspició la tentación de escuchar a aquel intemperante jovenzuelo que se colaba en el despacho sin respetar la condición de cliente ni la cita previa, y lo que pudo ser una confesión taxativa y precipitada le hizo comprender en seguida que el homicida no estaba muy necesitado de un defensor sino de alguien que lo pusiera en su sitio, en la realidad pura y dura, con menos responsabilidad y compromiso.

—Llamas a esa chica, que más que muerta estará hasta el gorro de aguantar tus misivas, y te disculpas por tantas intromisiones y amenazas. Le pides perdón, y si es verdad que lograste que enfermara, no sólo se lo pides a ella, se lo requieres también a sus padres.

—La maté porque era mía... —musitó todavía acelerado Martín Bermejo, y entonces el criminalista se puso de pie y golpeó la mesa, probablemente con

la misma contundencia con que solía hacerlo cuando un culpable auténtico renegaba de la inmediata confesión después de haberlo atado corto.

Esa muerta, que se llamaba Olivia Soto, no se contaba entre las amigas que en parecida proporción compadecían y aborrecían a Martín, ya que más o menos todas ellas habían pasado por avatares de difícil confianza, entendiendo que las artes amorosas de Martín Bermejo tenían como punto común una estrambótica contradicción que casi siempre causaba pesar y con frecuencia vergüenza.

Siempre usó las artes menos convencionales, las más impensadas, las más impropias. Y casi siempre el uso conllevaba el abuso de confianza, la necesidad de que lo que acabaría sucediendo perteneciese al secreto mejor guardado, ese que sólo de pensar en él nos sonroja.

La muerta se curó de espantos, como muy bien dictaminó el jurista, que tuvo que echar casi a patadas a aquel homicida irresoluto, y de la brillante idea con que el homicida tipificó el delito sacó el criminalista bastante partido, pues la incluyó entre sus brocárdicos más citados en los tribunales.

La misma resolución, igual celeridad, aunque los tres pisos de Gracia tenían las escaleras más recovecosas que los cuatro de Cardenal, y de igual manera se atusó un instante Martín, siempre cuidadoso de su aspecto y en esta ocasión especialmente puntilloso, ya que la cuenta de su atuendo era la más elevada de todos sus empeños, y cuando llevó el dedo índice al timbre aspiró el propio perfume y sintió la humedad de la mano izquierda que sujetaba la enorme caja de bombones.

—Don Sesmo, por favor... —dijo cuando una criada de no muy complaciente aspecto abrió la puerta y se le quedó mirando, con esa indecisión de quien no se imagina quién llama un domingo a tal hora ni a lo que puede venir.

Soy un gusano que vive dentro de una manzana. Primero estoy a gusto, quiero decir que cuando empieza el sueño estoy fresco, acurrucado, somnoliento. Luego me empieza a preocupar que el frescor se hace pegajoso, como si la pulpa de la manzana se convirtiera en gelatina. La preocupación del sueño empieza a ser angustiosa, que es en lo que casi todos los sueños acaban. Soy un gusano podrido o, peor todavía, estoy sano pero todo se pudre a mi alrededor. Es entonces cuando comienzo a ponerme muy nervioso, me muevo inquieto, me estiro, levanto la cabeza. Lo que pretendo es salir de la manzana. No hay modo. Por mucho que me esfuerce no lo consigo. Entonces pienso que los gusanos no tienen alma y eso me preocupa y me hace más desgraciado.

.....

Las piedras se amontonan con un orden perfecto. No es un parapeto ni una muralla, tampoco una pared. Estas piedras vinieron rodando por alguna ladera como si alguien las lanzase o las dejara caer. Me parece que el montón crece de un día para otro, pero tampoco estoy muy seguro. A lo mejor es que las quitan y las ponen. Todas las tardes voy a verlas. Cuando hace sol brillan, cuando llueve se oscurecen. A veces me viene la idea de contarlas, también se me ocurre que podría ir las llevando de una en una a otro sitio. Un trabajo muy duro pero me resulta agradable pensar en él. Podría hacerlo poco a poco, tres, cinco, una docena diaria.

.....

Esto de que retumben las campanas es lo peor de cuando sueño con ellas. Estoy dormido y de pronto suenan todas a la vez y al retumbar hacen que se mueva la cama y la habitación y la casa. Es el ruido de un eco prolongado que además del movimiento hace que me estallen los oídos. Una vez leí en un libro que éste es un sueño muy propio de los sordos y, sin embargo, nadie escucha mejor que yo lo que suena en cualquier sitio, tengo el oído tan fino como el olfato. Meto la cabeza debajo de la almohada. Hay una campana que

vuela, me parece que siempre es la misma: se desprende de la torre y vuela veloz y atronadora.

.....

También me gusta contar hormigas. Una legión que viene y va hacendosa. Cuento mil, tres mil, seis mil. Si uno se fija como debe no hay razón para equivocarse, ya que las hormigas no son iguales, aunque lo parezcan. Las cuento hasta que me canso y, a veces, para cuadrar la cantidad separo con un palo las que sobran. Las hormigas suben por una pared o andan al pie de la carretera, depende de que la ocurrencia de contarlas me venga en el paseo o en el sueño.

.....

La noche morada. La noche que veo desde la ventana de mi habitación como un trapo o una bandera rota. Este Barrio de Oceda compone el telón de fondo de una representación de la que soy protagonista. Me asomo y la noche no es oscura, es morada, está teñida, el trapo o la bandera cubren lo que parece *el* escenario. No sé el papel, siempre se me olvida y, además, me da una vergüenza terrible asomarme. La última vez que lo hice estuve a punto de caerme. Tampoco está muy claro que las sombras moradas de la noche no sean las aguas del Margo que se desbordaron.

.....

Por Dios, sacadme de aquí, por lo que más queráis.

.....

Mi tío Marzo nos regaló una vez dos cajas iguales a mi hermana Birta y a mí. Ella abrió la suya y no me quiso decir lo que contenía. Yo guardé la mía debajo de la cama sin abrirla y allí la tuve todo el tiempo que pude. Eso me sirvió para que, una y otra noche, soñase con la caja y su contenido. La pesada de mi hermana no se resignaba a que no le descubriera mi regalo, aunque ella se mantenía en sus trece de no decirme el suyo, es terca como una mula. La noche que ya no pude aguantarme, precisamente una en que no había soñado el contenido o en el sueño era tan borroso que no se distinguía, saqué la caja y la abrí. Las bromas del tío Marzo eran tan variadas como habituales. Había una pluma estilográfica. Birta acabó por confesar que en la suya había un cuaderno muy bien forrado y con las hojas en blanco. De lo que se trataba, acabó por decirnos mi tío Marzo, es de que tuvierais que intercambiarlos para que la pluma y el cuaderno os sirvieran a los dos. No se entendía muy bien ni la broma ni el juego, Birta estaba tan cabreada como frustrada y yo volví a guardar la pluma en la caja debajo de la cama. Una noche soñé que era escritor. Otra noche que la estilográfica había soltado toda la tinta entre las sábanas y que mi madre me había castigado a no salir de casa el fin de semana. El día que encontré el cuaderno de Birta en la basura comencé a escribir estas cosas que escribo. Mi hermana y yo no nos llevamos bien.

Don Sesmo Concejo era Registrador de la Propiedad y tenía cinco hijas: Coral, Mariana, Henar, Visitación y Aureola. Las cinco se contaban entre las más hermosas y codiciadas de Oceda, lo que quiere decir que alrededor de aquel número veintisiete del Paseo de Gracia se fraguaba la leyenda de un reiterado asedio en el que habían perecido infinitas ilusiones.

Don Sesmo sobrellevaba una viudedad prematura y en la preservación de sus hijas había encontrado un parecido consuelo al de quien guarda todo lo que tiene y es capaz de sentir la propiedad completa de su tesoro. Las hijas hacían su vida juramentadas en no dar jamás un disgusto al Registrador, que entre las fincas y los inmuebles también era capaz de hacer la vista gorda.

Lo primero que vio Martín Bermejo en el salón donde aquella mujer nada complaciente y de mirada suspicaz le condujo fueron los cinco retratos al óleo de las hijas de la casa, dispuestos en la misma pared como en una exposición. Todas posaban erguidas y soñadoras, con vestidos de fiesta no muy distintos, peinados parecidos y collares y alhajas familiares, de tal manera que, aunque fuesen bastante distintas al natural, los retratos las asemejaban de forma pronunciada y hasta las edades se corregían, como si fuesen hermanas gemelas que repetían la circunstancia de un tiempo común en el que hubiesen sido procreadas.

Martín Bermejo se sentó en un sillón frente a los cuadros, y la esquivada criada todavía se volvió antes de desaparecer y reiterar la advertencia de que don Sesmo no tenía la costumbre de madrugar los domingos, ni en la casa se recibía a nadie que no hubiese sido anunciado, aunque eran consideraciones que se hacía a sí misma y de las que Martín apenas apreció el gesto irritado.

Los nombres de las hijas sonaron en los labios de Martín según fue depositando la mirada en los retratos, uno a uno y yendo y volviendo en el friso que sobre la pared componían, como si en el detalle de la observación pudiera existir alguna dificultad o se confundiese, lo que hizo que la caja de bombones, que mantenía sobre las rodillas, se deslizara hasta el suelo, sin que la pudiera recoger con la mano temblorosa hasta el momento mismo en que don Sesmo Concejo entró en el salón con un gesto de curiosidad y extrañeza, tal vez también de disgusto.

—Usted me dirá... —requirió más imperativo que cordial.

Martín Bermejo se levantó con la caja de bombones, que en ese instante le pareció disparatadamente grande, y se presentó acentuando el nombre y los dos apellidos, convencido de que ni la pulcritud del traje ni el aseado semblante suponían nada a su favor, acaso el impropio contraste con el natural desaliño mañanero de don Sesmo.

—Vengo a pedir la mano de su hija... —musitó Martín Bermejo, y en seguida reiteró las palabras con mayor decisión, como tantas veces las había ensayado.

El Registrador hizo con la cabeza el movimiento de quien no sólo no puede creer lo que escucha sino que además advierte que vienen a tomarle el pelo, y en *el* espeso silencio que siguió a las palabras de Martín Bermejo ese movimiento de la cabeza se desmandó como si se la hubiesen rebanado.

—¿Qué mano, qué hija?... —inquirió después, sin dar crédito a otra cosa que a la inconsecuencia con que aquel mequetrefe llevaba la temblorosa mano izquierda a la corbata.

Fue entonces cuando a Martín Bermejo se le cruzaron los cables. Del friso de los retratos no derivaba el orden de los nombres, al contrario, los nombres y los rostros de las hermanas se amontonaban como las piedras de algunos de sus sueños.

—Coral.

—Tiene edad para ser su madre.

—Mariana.

—Podría ser su hermana mayor.

—Henar.

—Le saca a usted la cabeza.

—Visitación... —nombró Martín, en el límite de la confusión y las posibilidades.

—Esa chica vale su peso en oro y entre los pretendientes tiene uno de Suiza y otro del Reino Unido. —Aureola.

—A la niña de mis ojos ni la mencione, porque también los Registradores podemos mancharnos de sangre las manos.

Podía ser una sonrisa cínica o de conmiseración la que floreció en la cara de don Sesmo, cuando la cabeza le volvió a su sitio. En cualquier caso, el encogimiento de hombros se compadecía con el abatimiento de Martín, que ya no fue capaz de repasar otra vez el friso donde las hijas mantenían la lejanía altiva de su belleza.

—¿Y a qué se dedica usted, caballere?... —quiso saber don Sesmo

Concejo cuando el pretendiente dio los primeros pasos desnortados por el salón, después de observar su sonrojo.

—Bachillerato... —dijo Martín, sin que apenas su voz fuese audible.

—¿En los Consiliares o en el Instituto?... —En la Academia Minerva.

—Me parece que en ese antro se cobijan los repetidores... —insinuó impío el Registrador.

—Sí, señor... —reconoció avergonzado Martín, que acababa de tropezar con una de las mesitas del salón en la que se movió peligrosamente un florero.

Don Sesmo lo vio pasar a su lado, enfilando la salida del salón, alcanzando el recibidor.

Por un momento dudó entre palmearle la espalda o darle una colleja, no sabía si lo que más se acomodaba a la indignación o al desconcierto de aquella ocurrencia era compadecerse o cabrearse. Lo tuvo más claro cuando Martín se volvió y dijo muy decidido:

—Era Coral.

La campanilla del Convento de Santa Ula no sonaba y el timbre, por lo que Inma Dorada pudo apreciar después de tocarlo una y otra vez, estaba roto.

La puerta del Convento daba a una callejuela oscura que tenía en sus límites la iglesia y la cerca de la huerta donde, según se sabía, las Madres Concisas invertían parte de la jornada en las labores agrícolas. La clausura no permitía apreciar el cuidado de esas labores pero en la tradición de la Orden estaba el mimo y la exactitud con que alguna de sus Reglas instauraba la agricultura como una jardinería.

Inma se sentó en el peldaño de la puerta con la maleta sobre las rodillas, estaba cansada.

Lo que había hecho a lo largo del día, desde que abandonó sigilosamente su casa, se resumía en lo que el itinerario de la mente marcaba como un círculo sin pasajes, el ir y venir en que el pensamiento vaciaba el entorno y concentraba la idea de una dirección en la que el espíritu lograba que el cuerpo no existiese.

En realidad, ésa era la experiencia en que Inma avanzaba desde que el desarrollo de su enfermedad había progresado, hasta que las sucesivas crisis la llevaban a la Clínica en el límite exangüe de la desnutrición. Un alma en pena, decía su madre desesperada o el espíritu de la golosina, como constataba la tía Asunción cuando le hacía llorosa una caricia en la barbilla...

Llevaba un rato sentada, y la postura de reposo se reconvertía en la actitud de postración que diluía el cansancio y de nuevo reactivaba la mente para que no quedara carne sobre sus huesos, apenas la limpia conciencia de una sustancia inasible que podía ser la savia del alma.

En las conmociones en que el alivio del hambre tenía el contraste del asco y la náusea había una sensación reconfortante, como si la impudicia del cuerpo encontrara su merecido en esa reconvención con que el espíritu afianzaba la necesidad en el ayuno.

Cuando se abrió la puerta a sus espaldas, Inma Dorada tardó un instante en percatarse. La puerta se había abierto con extremo cuidado y, antes de volverse y ponerse de pie, aspiró el olor que emanaba como la melodía de una caja de música cuya tapa hubiesen alzado. Un olor de cocimiento y un aroma más lejano de incienso y cirios. La cocina y la capilla o lo que en la atmósfera de un interior recoleto van supurando los estratos de ese bálsamo antiguo que no acaba de corromperse, aunque las aletas de la nariz de Inma la hicieron

retraerse cuando el rostro de la Hermana que abría la puerta sobresalió interesado.

—Me pareció que llamaban.

Inma Dorada no pudo evitar entonces la náusea que hizo visible un gesto de debilidad o rechazo. El olor también mezclaba la humedad de los zócalos, la sosa cáustica y la colada.

La náusea precipitó la inclinación del desvanecimiento, un trance instantáneo que Inma padecía con frecuencia.

—Soy una novicia de Armenta... —dijo sobreponiéndose, y alzó la maleta en la mano como si pretendiera mostrar la credencial.

—Dios santo, parece que estás enferma.

—Iba a Ordial pero tuve que bajarme del tren porque no me encontraba bien.

—¿Al Convento de la Santa Espina?...

—Con las Hermanas que marchan a Borneo.

—Santo Dios, misionera. Pasa, pasa, para que descanses y te remedies.

Inma Dorada fue tras la Hermana que dijo llamarse Clemencia. Los tránsitos remarcaban mejor la dirección de los pasos, velados en el silencio conventual, y el cuerpo adquiría una presteza que ni siquiera el olor, más intenso o difuminado según avanzaban, lograba aplacar.

—Ahora la Comunidad reposa, pero hay ocasión para un refrigerio y una cama en alguna celda donde descansar. Si te conformas con un caldo...

—Sería mejor una lechuga.

Ésta es la vida y ésta es la muerte, escribiría Inma Dorada en su Diario, al pie de una fecha descabalada y bajo la anotación caprichosa que desubicaba los momentos y los lugares.

La lectura detenida deja apreciar, en algunas ocasiones, entre los cuentos y las prosas poéticas, el límite desazonado de una conclusión que a buen seguro coincidiría con el afloramiento de la crisis, como si el extremo de la debilidad y la desgana propiciara una peculiar lucidez, que Inma refleja de modo muy escueto.

La vida como incapacidad de vivir y la muerte como fruto de esa renuncia que la incapacidad instaura, podríamos pensar, entendiendo que cualquier miedo a la vida conlleva una entrega o la apertura de un camino más o menos premeditado a la muerte.

La renuncia no proviene de una derrota anticipada sino del advenimiento de una edad, como la de los Príncipes del Cuento de los Reinos lejanos, que es también la que tienen los protagonistas de esta historia, en la que se perciben ambiguamente los sentimientos más contradictorios, las emociones y sensaciones más inexpresables, de modo que la incompreensión resta razones a la vida y encamina la muerte, pues de una edad crucial se trata.

Hasta en algunas de las versiones del citado Cuento se hace al final, con el ardid un poco irónico delas moralejas, la reconsideración de que morían o se mataban o desaparecían porque algo en su interior no les permitía vivir, y era una muerte de tránsito o, lo que no deja de ser curioso como certificación de la misma, un fallecimiento del crecimiento.

A estos Príncipes la edad intermedia les robó la existencia, y estaban predestinados a no asumir la responsabilidad de ningún reinado, nada que les exigiese la responsabilidad de gobernar sus propias vidas. La negación que era el fruto de sus íntimas contradicciones, de la más absoluta confusión, revelaba sin remedio esa sensación de que la vida se les negaba, que era la vida la que no los quería para ella.

Ésta era una niña no tan niña, escribe Inma en el Diario, que iba y venía con la misma desazón y cansancio de la Ciudad de los Sueños a la Ciudad de las Obligaciones, y no había calle en ninguna de ellas que le gustara, ni plaza ni

casa donde quisiera quedarse a vivir.

En la Ciudad de los Sueños le angustiaban la luz y la música que en nada permitían concentrarse, y en la de las Obligaciones una lluvia que llenaba de tristeza el cristal de las ventanas y hacía infinitas las tardes. En una y otra el tiempo estaba desorganizado y no había modo de ordenar lo que la voluntad debiera o el ánimo propiciase, ya que la voluntad se acobardaba y el desánimo llenaba el corazón.

La niña que, como digo, no era tan niña, pensó que tenía que haber otra Ciudad, porque si sólo existiesen esas dos por las que iba y venía no merecía la pena seguir creciendo, ni siquiera seguir viviendo.

Las Ciudades eran los espejos de su infelicidad, y la niña no sabía en lo que la felicidad pudiera consistir, apenas recordaba en lo que consistía la inocencia.

Fue por eso por lo que un día decidió irse, desaparecer. O había otra Ciudad o todos los seres humanos estaban engañados, ella la primera.

Una celda en algún lugar oscuro y recóndito de Santa Ula, probablemente en el ala del edificio del Convento más alejada del exterior y abierta a la huerta de las Madres agrícolas y jardineras.

Inma Dorada se tumbó vestida en la cama, sobre la áspera colcha, después de que la Hermana Clemencia remoloneara con otras ingenuas preguntas, como si la curiosidad tuviera el acicate de una ocasión nada habitual y no estuviese dispuesta a desaprovecharla.

—¿Y es Santa Ula el mejor sitio del mundo o ya pensaste en algún otro Convento?... —quiso saber finalmente Inma Dorada, mostrando la fatiga de la conversación y el deseo de acostarse.

—No hay mundo, ya lo sabes... —dijo la Hermana, con una sonrisa que a Inma le pareció melancólica—. Yo no tengo más pretensión que la de servir a Dios. Me gustaría ir contigo a Borneo, pero soy muy miedosa.

La Hermana debía de tener razón, no había mundo, y el mayor ideal de todos es que además de no haberlo tampoco hubiese cuerpo. Una existencia sin materia. La escueta lechuga, que había tenido que comer para no decepcionar a la Hermana, que tanto se la ponderaba como uno de los frutos más tiernos de la huerta, le había caído como un rayo en el estómago.

Cerró los ojos. Las manos abiertas se movieron por la aspereza de la colcha. La celda era muy pequeña y a través de la diminuta ventana entraba una desvaída claridad que parecía un reflejo marino, lo que contribuyó a que Inma sintiese un movimiento de navegación que la hacía flotar.

Otra noche recluida, otra vez en la distancia de los lugares que se le iban ocurriendo. La dirección indeterminada de una huida que no era otra cosa que la búsqueda de su disolución, ya que estaba convencida de que el espíritu quedaría incólume cuando todo lo demás se diluyese y era imprescindible el movimiento, el mismo ir y venir de la niña del Cuento por las Ciudades, la búsqueda, el descubrimiento, la inconsciencia de un itinerario que, por supuesto, tuviera sus reclusiones, ya que era necesario reposar.

Recordó las Salas de Espera de las Estaciones. ¿Había alguna en los tramos ferroviarios que partían de Solba en la que no hubiese dormido, casi siempre más de una vez? También en la intemperie de un apeadero, bajo los puentes, escondida en un Cine o un almacén, en la cuneta de cualquier

carretera comarcal algunas noches de verano, en casillas abandonadas o en pensiones de las que se había ido antes de que nadie despertase...

También se había quedado algunas noches en una Iglesia, y en la Catedral y en la Colegiata de Solba. Las naves vacías llenaban de frío lo que en el sueño de Inma repercutía como la inclemencia de un desierto en que la arena, tan cálida, se hubiese convertido en piedra. Ese vacío resultaba más temeroso que otro cualquiera y, sin embargo, la atraía con el riesgo de una pureza más radical y peligrosa.

A veces, refugiada en alguna de las capillas laterales del templo, temblaba de frío y miedo, entre el aroma corrompido del incienso y la cera, la salpicadura de la pila en la que algo caía de las vidrieras o el rechinar de las maderas de los púlpitos y el coro. El sueño de Inma derivaba en la inconsciencia, la pérdida del conocimiento relegaba el cadáver con que en alguna ocasión la habían recogido, como si de una muchacha muerta se tratase.

Aquella noche apenas descansó unos minutos en la celda del Convento de Santa Ula. De pronto sintió la agitación que la incitaba a moverse y echó en falta la dosis de tranquilizantes que le hubiese permitido mayor reposo y hasta hacer alguna anotación en el Diario.

Con la maleta en la mano, fue recorriendo el interior, los tránsitos, los pasillos, el claustro, las salas, la despensa, el refectorio. Hubo un momento en que se sintió perdida. La oscuridad seguía paliada por el reflejo lunar y la fosforescencia marina que templaban la agitación de Inma, como si a pesar del extravío hubiese una orientación reparadora. Escuchó una campanilla y no mucho después, en la lejanía que llenaba de quietud y sombras los espacios conventuales, cuando la luna parecía haberse escondido, el eco de un rezo rumoroso, la música de un canto repetitivo y sosegado.

—No hay mundo... —musitó Inma Dorada, recordando las ingenuas palabras de la Hermana Clemencia—. No hay Reino ni edad ni salud...

Eliseo Mercal tuvo la consabida trifulca con su padre a la hora de la comida, como siempre derivada de las mismas reconvenciones.

—Lo peor de lo peor. Una vida perra. Ni consideración ni respeto. Aquí se acaba la sopa boba. A tu madre la tienes del corazón y a mí de los nervios.

—Nada que decir.

—Chulerías y prepotencias. El desprecio de un hijo es lo que ganamos, el resultado de haberlo consentido. Se lo llevo diciendo a tu madre desde que naciste, porque en seguida se te vieron las maneras.

—Nada que decir, no hay comentarios. El que no quiera verme que no me mire.

—Te vemos subiendo la escalera como un degenerado. Vienes que no te tienes. Vienes hecho una pena. Lo que bebas, lo que fumes, lo que te metas para el cuerpo.

—No se admiten reclamaciones. Soy el dueño de mis actos.

—Eres menor de edad.

—Habría que medirla en la inteligencia. Quejas de estudios, ninguna. Con las matrículas de honor se puede hacer mi madre una diadema y tú seguir presumiendo con tus amigos inmobiliarios. Mi vida es mía.

—Tienes la puerta abierta. Con nosotros no vas a acabar. A tu madre la matas y a mí me quemas la sangre. Pero esto se termina, me da lo mismo un Internado que un Correccional.

—El acusado no tiene nada más que decir. Ni ganas de seguir escuchando.

—No te levantes, estate quieto. Me oyes, como hay Dios que me oyes. Mira que te doy una bofetada.

—Las amenazas por correo, y a ser posible certificado.

—Te digo que no te muevas.

—Pega, pega, no te reprimas. Dame una hostia. —Mil habría de darte.

—Anda, golpea a tu hijo, llénalo de moratones, rómpele las napias. No me voy a defender, aunque te advierto que no soy manco.

—Por respeto a tu madre.

Las trifulcas tienen siempre un desarrollo paralelo y un final que se

repite.

El llanto de la madre sobreviene al grito de histeria que generalmente coincide con el límite en que la osadía de Eliseo Mercal reclamando los golpes se apura tanto que el padre se lanza hacia él, mientras algunos platos caen de la mesa o, en la peor de las situaciones, se vuelca la sopera o la bandeja con el estofado.

Es un llanto espeso que mantiene el ahogo y el temblor del cuerpo de la madre derrumbada. La furia del padre se ha frenado en seco y los puños cerrados reprimen la incontinencia de las palabras, que en ese momento apenas son monosílabos incongruentes. El que no cede en la ostentación de su atrevimiento es Eliseo, capaz todavía de alzar el rostro desafiante, pisar la bandeja en el suelo o darle una patada a la sopera sobre la alfombra.

—Por respeto a tu madre... —vuelve a decir el padre, remarcando la súplica, sin que el hijo tome en consideración el gesto abatido de ambos.

Salió del comedor y dudó un instante entre regresar a la habitación o irse a la calle con el no menos consabido portazo. En cualquier caso, el ánimo de Eliseo sobrellevaba la reconquista de una subterránea amargura que no iba a estropearle la tarde pero que tampoco contribuiría a hacerla más apacible.

A veces sobre la mesa donde se amontonaban los libros de texto extendía la mano derecha y forzaba la separación de los dedos hasta casi descoyuntarlos, mientras con la izquierda se golpeaba el pecho.

—Para lo que se sueña... —musitaba, recordando lo que escribía—. No para la puta vida de los perros y los gatos. No para vivir.

El atardecer primaveral tenía algo de aquella luz morada que presagiaba la noche de Oceda en el recuerdo de Martín Bermejo, o eran las llamas de la hoguera que alimentaba cuidadosamente las que arañaban ese color en la orilla del río. Las aguas remansadas del Margo alejaban la otra orilla, el horizonte entre el relumbro del fuego que los ojos de Martín observaban pasmados.

Lo que estaba haciendo lo había hecho otras muchas veces. La hoguera era el término de infinitas ocurrencias. Todo lo que usaba para sus empeños, lo que hubiese necesitado y lo que le sobrara, el almacén de las pertenencias coleccionadas y siempre muy bien escondidas, terminaba en el fuego.

Habitualmente venía al mismo sitio, la vereda del río al final de la chopera más extensa en el remanso que las aguas del Margo sostenían como el último espejo líquido de la ciudad antes de alejarse definitivamente de ella.

Veo que en el fuego, había escrito alguna vez, pierdo menos de lo que de otra manera destruiría, por ejemplo en el agua o la basura. Lo que me vale y me consuela, después de que las cosas no hayan salido como me hubiese gustado. El fuego me ayuda a quedar conforme, qué le vamos a hacer, se quema lo que tanto me ilusionó y no pasa nada. Siempre se me ocurre algo nuevo. Ahora había pensado que podía hacer un papel en una película, mandar buenas fotos disfrazado de hindú o de gánster o banquero, ver las posibilidades de mi físico imitando a algunos protagonistas, los actores a los que más me parezco. También el fuego me hace pensar en lo que brilla y se apaga, la vida misma, lo que se recuerda y se olvida...

Tuvo que dar muchas vueltas para encontrar un sitio donde tirar la enorme caja de bombones que había llevado al Paseo de Gracia, ninguna de las papeleras le servía, y la dichosa caja era el mayor engorro por su color y tamaño, como si bajo el brazo llevase la enseña de un empeño fracasado.

Luego, con la pericia apropiada y evitando el único riesgo de que su hermana Birta lo descubriera, volvió a casa, se recluyó en la habitación y se fue quitando el traje y todas las prendas y adornos, que con sumo cuidado envolvió haciendo el paquete que aquella tarde llevaría a la ribera del río.

Nada contrariaba a Martín Bermejo después de lo sucedido, más allá de lo que supone una ilusión perdida o una idea que no debía de ser muy buena,

ya que los resultados así lo confirmaban.

En realidad, en las ocurrencias de Martín no se decidían graves determinaciones u obsesiones que le robaban la voluntad y el ánimo. Martín era dueño de una imaginación aventurera que discurría en lo más secreto, como casi todo en él. También era dueño de esa capacidad de inmersión con que el solitario convive sin que se le note, como si la ausencia no denotara nada sospechoso, lo que contribuía a que sus amistades le tuvieran por un buen confidente, el que mejor escuchaba. Una sonrisa cómplice, un gesto de atención irrelevante, la palabra que no surgía de su curiosidad sino de estar abstraído y que, sin embargo, parecía la más necesaria como contestación a lo que le estaban diciendo.

Deshizo el paquete después de encender el fuego. Las llamas se avivaron con las prendas que sobre ellas depositó con cuidado. Ardieron los calzoncillos, la camiseta, los calcetines, la corbata, la chaqueta, los pantalones...

Ardió lo que en Martín era un sentimiento confuso, aunque de un sentimiento amoroso se tratara, el sentimiento de un amor idealizado que en nada se parecía a lo que perturbaba el sueño de algunas noches que dejaban el excremento de las poluciones entre las sábanas.

La hoguera arañaba el recuerdo morado que las aguas del Margo retenían. El calor cercano era una caricia en el pasmo de Martín, el sopor que las llamas alimentaban como un alivio de sus secretos menos gratos.

—Lo que brilla y se apaga... —musitó, cerrando los ojos.

El hecho de que la Princesa del Cuento pudiera haber conocido en alguna ocasión a los Príncipes de los otros Reinos parece improbable, aunque no sería imposible, ya se sabe que los Cuentos no suelen prodigar detalles que no sean relevantes para la trama de lo que cuentan, pero podríamos pensar que, por ejemplo, en los esponsales de una prima de la Princesa estuvieron los Príncipes o en alguna otra efeméride festiva o luctuosa, sin que siquiera hubiesen hablado entre ellos, apenas entrevistados en la presentación diplomática o el saludo protocolario.

El azar, y ninguna otra razón que proviniera de invitaciones, diplomacias y compromisos, motivó que Inma Dorada, Eliseo Mercal y Martín Bermejo se encontraran una noche en la Estación de Armenta, en lo que pudo ser la confluencia ocasional de unos destinos ferroviarios que, por lo que ya sabemos de ellos y por lo que hemos adelantado, no son ajenos a lo que cada cual por su cuenta tramaba, pues los tres tendrían bastantes cosas que contarse si en sus ciudades se hubieran conocido y en vez de ser guardianes tan celosos de sus secretos percibieran lo que podía animar la complicidad y el consuelo que podría hermanarlos, lo que en buena medida sucedió aquella noche, la única ocasión en que estuvieron juntos.

El azar es un recurso demasiado socorrido pero ilustra muy bien esa inducción fortuita que no tiene cometido pero que sobreviene sin que deba sorprendernos, como si en las casualidades fuese posible un merodeo que entre otras cosas coadyuva a las coincidencias y hace que se repita bastante aquello de que Dios los cría y ellos se juntan.

No se trata de justificar la coincidencia de los destinos ferroviarios de Inma Dorada, Eliseo Mercal y Martín Bermejo, no haría ninguna falta, pero verlos juntos en aquella noche de la Estación de Armenta tiene el sentido de esa inducción que corroboran sus antecedentes, y habida cuenta de que Inma ya se estaba dejando morir por aquellas fechas, de que Eliseo se mataría al mes siguiente y de que Martín Bermejo desaparecería no mucho después, no están de más algunas consideraciones que reduzcan esa cualidad de recurso demasiado socorrido que tiene el azar, y sirvan para entender algo del corazón de los Príncipes, que también es de lo que suelen hablar los cuentos.

Hay algunas notas concordantes en los escritos de los tres, pocas pero

reveladoras, y entre ellas y los actos que de ellos conocemos y narramos no es difícil constatar ese punto común de una búsqueda más allá de lo que atenaza su interior. También de la incomprensión que mide lo que piensan y sienten con el entorno hostil ante el que se rebelan o alejan.

La búsqueda incita a la huida y, en lo que esa huida tiene de aventura mental o de inclinación a desaparecer, hay sucesivos tramos de progresivo riesgo, ya que no se vislumbra un hallazgo reparador o reconfortante, no hay una frontera de salvación que sea preciso cruzar para reconocerse de otro modo, para ser el que nos espera después de la edad que tenemos, como si esa búsqueda y ese hallazgo no fuesen otra cosa que los frutos verdaderos del crecimiento.

Entonces el riesgo más a mano no es otro que el que deriva de la huida imposible y, en ese sentido, no hay descubrimientos razonables que la avalen. La inseguridad se alienta en la incomprensión, y es inseguro cualquier camino que se emprende porque nada reparador nos aguarda en ningún sitio.

El intento resulta habitualmente desvariado, y ya no se trata de la desesperación o la amargura, en el resultado existe una confusión que contradice la vida, lo que brilla y se apaga, lo que se sueña sin posibilidad, la constatación de que no hay Reino ni edad ni salud...

Fue Martín Bermejo quien encontró a Eliseo Mercal tumbado en la vía paralela a la de maniobras, a la izquierda del andén y al final del mismo, y a Inma Dorada desvanecida al pie de una salida de la Estación, la que estaba más cerca de la Consigna.

Martín había llegado a la Estación de Armenta en el Correo de la medianoche y se bajó sin mucha resolución porque la Cantina todavía parecía abierta y tenía sed. El hecho de que el Correo se fuese no le importó demasiado. Bebió dos cañas de cerveza y el vacío de la Cantina se acomodó al vacío del estómago que inundó la cerveza con parecida indecisión a como el humo llenaba el andén mientras se iba el Correo.

Luego encendió un cigarrillo y en seguida el hombre que atendía tras la barra le indicó que iban a cerrar. La tercera caña, la última, la dejó en la barra a la mitad. El vacío le resultó más molesto, tanto el del estómago como el de la Cantina y, sin embargo, cuando asomó a los desolados andenes esa molestia se transformó en sosiego.

La noche era templada y el vacío tenía una cualidad de abandono que Martín apreciaba mucho en las Estaciones. Cuando ya no queda nadie, porque todos los trenes se fueron, las Estaciones recobran la aureola de su inutilidad y adquieren esa atmósfera fantasmal que Martín respiraba satisfecho, mientras caminaba con el cigarrillo en los labios.

No había nadie en la Sala de Espera. Asomó abriendo la puerta con mucho cuidado. La oscuridad se rayaba en el cristal de una ventana iluminada pobremente por alguna lámpara exterior. Volvió a cerrar la puerta como si lo hiciese con la tapa de un cofre o de una caja en la que no quedaba nada que sustraer.

El tufo de los refugiados ferroviarios siempre dejaba el mismo rastro, un sudor de paciencia y sueño que contagiaba la fiebre de una enfermedad antigua. El olfato de Martín administraba los recuerdos de otras fiebres y enfermedades, el peligro de la infección y ese deterioro de la piel salpicada por la humedad de los sitios que no se ventilan.

Había una mujer sentada en el suelo un poco más adelante, al pie de la salida lateral, junto a la Consigna. Una mujer dormida o, como en seguida apreció Martín al acercarse a ella más preocupado que curioso, desvanecida, con la cabeza caída hacia un lado como si se le hubiese roto el cuello y los brazos y las

manos desprendidos, como si se le hubiesen soltado.

No era una mujer, no tenía la edad de serlo que le había confundido al verla en tal estado, era una chica extremadamente delgada, a la que logró incorporar con mucha facilidad y que tardó un momento en abrir los ojos, igual que si al hacerlo regresara de un pozo donde hubiese caído o bajase de las nubes como un pájaro que hubiera volado demasiado alto.

—¿Qué te pasa?... —quiso saber Martín.

—Me parece que me mareé... —logró decir ella.

A Martín se le ocurrió que lo más adecuado era llevarla hacia los retretes donde, como poco, podría mojar el pañuelo en algún grifo y refrescarla.

—Siéntame... —pidió ella, y la condujo a un banco cercano—. En seguida me despejo. Gracias.

—Ahora mismo vuelvo... —prometió Martín.

Los retretes quedaban al final del andén, y fue en ese extremo donde Martín se fijó en lo que podía ser una vía muerta en la que había alguien tirado. El cuerpo de un hombre entre las traviesas, un cadáver o un herido. Dudó un instante en acercarse. Lo hizo con cierta aprensión, podía tratarse de alguien arrollado por el tren desde las vías próximas.

Estaba tumbado. Le pareció un hombre que dormía plácidamente, alguien que hubiese buscado aquel absurdo acomodo, después de haber bebido más de la cuenta. Pero tampoco era un hombre, no tenía más de su edad y, cuando estuvo a su lado, después de corroborar que mantenía las manos posadas en las vías como si en ellas se sujetase, le vio abrir los ojos y alzar la cabeza. No era el gesto de alguien que estuviese bebido ni, por supuesto, herido o maltrecho.

—¿Qué haces?... —inquirió Martín, desconcertado.

—Me estoy acostumbrando... —dijo Eliseo Mercal.

—No sé quiénes sois, pero tampoco estoy segura de no conoceros. Tenéis que perdonarme, sigo un poco mareada.

—Puedes recostarte, estarás más cómoda. Es un vagón fuera de servicio, te hemos subido entre los dos.

—Yo soy Eliseo, vengo de Borenes pero no iba a ningún sitio.

—Yo me llamo Martín. Llegué en el Correo hace un rato, venía de Oceda. Me bajé a estirar las piernas y a beber una cerveza, tenía sed. Deja el pañuelo en la frente, te refresca.

—¿Perdí el conocimiento?...

—Te habías desmayado.

—Soy de Solba, me llamo Inma. No nos conocemos, ¿verdad?...

—No.

—Es como si os recordara.

—Nunca os había visto.

—Estate recostada pero alza la cabeza. Te desmayaste, estabas sentada en el suelo. Daba la impresión de que te habías quedado dormida.

—Se me está pasando, de veras. Lo que no entiendo es qué hacéis aquí.

—A éste lo encontré en las vías. Yo no hago nada. Venía en el Correo, tenía sed. Os he pillado a los dos de casualidad. Una traspuesta y el otro trastabillado. No parece lo más cómodo tumbarse a dormir en las vías.

—Me tumbo donde me apetece.

—Yo no me desmayo todos los días. Algo me habrá sentado mal.

—¿Y qué hacías?...

—Viajar.

—Sin rumbo. La misma historia. Ya os dije que no iba a ningún sitio. Vengo de Borenes, eso es verdad, pero me da lo mismo Armenta que Ordial. Parece que vosotros hacéis lo mismo. Se sabe de dónde se viene pero no adónde se va. Tres patas del mismo banco.

—No te las des de listo, yo sólo he dicho que me bajé a estirar las piernas.

—Es que juraría que os conozco. Espera, deja el pañuelo, ya estoy bien. Por Borenes no voy mucho y en Oceda vive familia de mi padre, aunque no se hablan. También conocí a una chica que se llamaba Emina.

—No sé. Yo a Solba tampoco voy, quitando cuando paso en tren. No conozco a nadie.

—Dejaos de cuentos. Aquí el que más y el que menos se llama andana. Una traspuesta y un trastabillado, está bien lo que dices. Supongo que lo tuyo es parecido: el fugitivo que, además, es un fuguillas que no se aguanta a sí mismo. Te bajas a estirar las piernas y a tomar una caña, vaya ocurrencia.

—Pero no me tumbo en la vía.

—Te dije que me estaba acostumbrando.

—¿A qué?...

—El caso es que me gusta haberos encontrado, nos conociéramos o no. A lo mejor es que nos hemos visto. Yo creo que os había visto.

—No echas cuentas, qué más da. Una chica tan flaca como tú no se me olvida. Estás en los huesos, muchacha. Pareces un fideo.

—¿Tú te has mirado la cara?...

—Se lo digo a ella, no es raro que se desmaye si está muerta de hambre. Me miro cuando me levanto. Me visto y me peino. Lo primero que hago cada día es mirarme.

—Lo digo por la carbonilla. Tienes la cara de un minero y tienes ojeras. ¿A qué te quieres acostumbrar?...

—Esta chica necesita un caldo. Me parece que la única manera de reanimarla es con un bocadillo. Se ha podido quedar tiesa.

—Tienes que lavarte. Vas ahí al lado, al retrete, y te lavas. En las vías hay carbonilla y grasa. Estás que das pena.

—Soy un ferroviario. La vía es el lecho del que trabaja en ella. Si no quieres que te manche, no te acerques.

—No tienes pinta de ferroviario.

—De nada tenemos pinta. De estar aquí como si nos hubiéramos quedado colgados en un vagón fuera de servicio, menuda noche.

—Me alegra haberos encontrado, de veras. Tienes razón, soy un fideo, no aspiro a otra cosa.

—No te preocupes, yo siempre quise ser una pescadilla.

—Hay que tener las miras más altas, no os paséis de modestos. Lo que se sueña, no la puta vida de los perros y los gatos.

—¿Lo que se sueña en la cama o tirado en la vía?...

—Cierro los ojos y el tren se mueve. El vagón se desprendió de cualquier convoy. Se va el tren pero el vagón no queda parado, también se marcha. Ahora que estamos los tres juntos es como si viajáramos al mismo sitio. Un vagón para nosotros, como si lo hubiéramos alquilado. Alguna vez soñé algo parecido, iba sola en un vagón, daba gusto la velocidad y pensar que todo el tren pudiera estar vacío, que no viajase nadie. Luego, ya se sabe lo que pasa en los sueños, el vagón se salía en la primera Estación, atropellaba a la gente. El tren había descarrilado.

—Eso lo he visto yo, ya es casualidad. La afición de andar por ahí, entre andenes y Estaciones, como el ferroviario profesional, me dio la ocasión. Un tren en el mismo Desierto de Moravines, se le fue el vagón de cola en la revuelta, y era como un bicho al que le tiran de ella, en vez de seguir se quedó atrapado y descarriló. La vida misma.

—Podía ser que fuéramos no ya al mismo sitio sino a la misma cosa, que alguien nos hubiera llamado o estuviésemos invitados. Yo tengo muchas veces la impresión de que alguien me espera. Cuando despierto, antes de que nada se me ocurra, lo siento, y no es raro que escuche que me llaman. El que me espera me está llamando, o lo hizo cuando dormía. No es nada agradable porque puedes pensar que es alguien que pide auxilio.

—Alguien que te necesita.

—Y al que no vas a socorrer.

—Eres tú mismo. Te llamas, te gritas, pides que te echen una mano, que tú mismo te la eches. Cuando me acuesto con tres copas de más es cuando más lejos lo siento y con mayor desgana hago caso. Esto le pasa al que está más solo que la una, al que parece un gusano.

—No encuentro otra cosa mejor que estar sola. Hasta me atrevería a deciros lo que jamás dije a nadie, ni al doctor que me atendió con más cuidado. Me gusta estar enferma, ponerme muy mala,irme muriendo de lo mala que estoy, sin que la enfermedad sea otra cosa que estar muy sola, más sola que la una como dice Eliseo. No necesito nada, no necesito a nadie, la mayor felicidad es sentir que me diluyo, que según voy y vengo me quedo en los huesos hasta que los huesos mismos se desmoronan. Entonces hay un montón de polvo.

—Y el viento sopla como en el Desierto de Moravines. De todas las vías,

las que más me gustan. Hay un polvo morado que es el que el sol derrite. Puedes sentir el tren que viene a una distancia muy lejana porque con el viento se escucha el eco de la locomotora. El polvo te envuelve. No creo que encuentre un sitio mejor.

—El otro día, cuando salí de casa, se me ocurrió un negocio redondo. La Catedral, la Colegiata de Oceda, el Puente Romano. Se podrían vender, por lo menos uno de los tres monumentos, por un precio por encima de lo que cualquiera imaginase. A los americanos les interesaba, seguro. El dinero se invierte en obras públicas más útiles, Oceda está que se cae por los cuatro costados. Estas ideas, y otras parecidas, algunas muy personales, son las que justifican que me levante de la cama, o que todavía no me haya ido a algún sitio en el que me hagan caso. Del Ayuntamiento casi me echaron a patadas y del Gobierno Civil llamaron a mi madre. El mundo no va a ser mejor por mucho que nos empeñemos. Si no te entienden o no te comprenden, ya no estás perdido tú, lo está la humanidad.

—Fijaos lo cómodo que se viaja así, con el vagón desprendido del convoy, aquí sentados los tres sin que nadie se acuerde de nosotros. No somos nadie, no existimos.

—Tienes razón, y eso es lo que nos justifica. Inma quiere deshacerse, yo seré feliz el día que me arrolle el tren y a Martín no le va a quedar más remedio que desaparecer porque nadie le hará caso. Ahora pongámonos en la circunstancia de que todo esto ya haya sucedido. Se acabó lo que se daba, no hay más polvo que el de Moravines, el viento se llevó los restos y donde estaba Martín hay un agujero. ¿Qué habría de pasar?...

—Nada de nada. Ya nos olvidaron.

—Eso era lo que queríamos, que nos olvidaran.

—No lo sé, no estoy muy seguro.

—Eres el más ingenuo, Martín. ¿Qué te queda por emprender sin que te desanimas?...

—Todavía puedo contar muchas hormigas.

13, en la cama.

La Pordiosera tiene legañas en los ojos. Lo primero que siento es la suciedad. La Pordiosera tiene los pies sucios, las manos hace días que no se las lava, las uñas negras. Ese esfuerzo de levantarme no me compensa. Entre las sábanas hay arena o acaso ceniza. Las legañas son como grapas, no se derriten ni siquiera con las lágrimas. Me araña el pelo. Me duelen los dientes. Ella me coge la mano, me cuenta los huesos como hacía la Bruja. Mientras menos me mueva, mejor. No sé quién vino esta noche a darme un beso en la frente. Unos labios fríos. La piedra de los labios de una estatua. Los labios rotos. Ahora la Pordiosera se quiere meter en la cama conmigo.

14, dormida.

No distingo mucho entre estar dormida y estar despierta, me pasa como a la Niña que se levantaba sin distinguir el día de la noche. Esa Niña que siempre tuvo los ojos abiertos, sin que necesitara cerrarlos por la noche, aunque durmiese. De día parecía sonámbula. No sé si cuando mi tía Lara me contaba esa historia lo hacía para que me entrase miedo e hiciera el esfuerzo de dormir al acostarme. Ahora me levanto dormida y me acuesto despierta. La Niña vino una vez a contarme lo que le pasaba, es un Cuento muy bonito aunque pueda parecer un poco triste.

No sé lo que podría parecer el cuento de mi vida, cualquier cosa.

14, despierta.

Mira, Inma, yo es que no soy una Niña, por mucho que lo parezca. Tampoco tú debieras estar segura de ser lo que pareces o lo que crees que eres. A lo mejor estas cosas que te pasan, el que estés mala y te pongas peor, es porque estás confundida, no eres tú, ni vives con quien debieras vivir, ni haces lo que serían tus obligaciones, ni Solba es tu ciudad porque la tuya verdadera puede muy bien ser la Capital de algún Reino lejano. Ya te digo que yo no soy una Niña, algo raro sucedió para que viva donde no debo y parezca lo que no soy, pero te lo puedo jurar. Cualquier día regresaré a mi lugar y con los míos. Habrá una fiesta y me olvidaré de todo esto. Me encantaría que estuvieras conmigo.

16, cansada.

El libro se me cayó de las manos. Había una línea que se desprendía del párrafo que estaba leyendo. Pude quedar inconsciente unos segundos, no lo sé. Las que cada vez me resultan más ajenas son las manos. Te tiemblan como dos ramas secas, te las voy a cortar para hacer leña. La línea desprendida completaba una frase en que la voz de alguien llamaba al que se había ido. Las palabras me llaman. No hay una voz concreta. Mi madre dice mi nombre muchas veces, lo repite sin descanso, hasta me lo susurra al oído cuando de sobra sabe que no puedo escucharla. La pastilla que tengo debajo de la lengua tarda mucho en disolverse...

21, tarde.

Esos chicos llevan el mismo camino, qué curiosa es la vida, teníamos que vernos sin remedio, de otro modo lo que somos y lo que nos pasa tendría menos sentido, o no tendría ningún sentido. Es lo que dijo Eliseo: un viaje juntos, qué menos. Aunque Martín se burlaba del trastabillado y la traspuesta. Es más guapo Eliseo que Martín, a pesar de la carbonilla y la grasa y la nariz tiznada. Ese vagón, el fideo, los perros y los gatos que se muerden el rabo. No te voy a dar un beso para no despertarte como a la Bella Durmiente. Tienes que prometernos que la lechuga la vas a comer entera. El tren en el que volví, el vagón en el que se fueron. La vía del Desierto de Moravines.

23, poco ánimo.

No me gusta que me vean, que vengan, que me miren, que me pregunten. Tengo la boca muy seca. La pastilla me costó tragarla, a pesar del vaso de agua que bebí entero.

25, la nube.

Recuerdo aquel juego en el patio del Colegio, las niñas más raras que éramos las que estábamos aparte en el recreo, sin querer que nadie se nos acercara ni ir nosotras con las demás. Las más raras, las más listas, las peores. Cada una señalaba una nube como si fuera suya. El juego de las niñas raras, igual que se nos ocurría aquel otro de los parecidos: a qué bicho se parece esta profesora o aquella mujer de la lavandería. ¿Qué bicho quieres ser tú...? La única nube que no había manera de indicar, aquella que se va, la mía.

Soy un hombre que anda por la calle con un maletín. Si me miro, me doy cuenta de que estoy muy bien vestido, un traje de lana, una camisa preciosa, los zapatos brillantes, la corbata con el nudo perfecto. Ando deprisa, se nota que soy un profesional, no voy por la calle mirando los escaparates. Cuando subo en el ascensor de un edificio muy alto, desde luego no los hay tan altos en Oceda, siento el vacío del estómago y, antes de que el ascensor pare, el dolor de una úlcera, igual que si el estómago me abrasara. Por el pasillo me cuesta moverme y el maletín a cada paso tiene mayor peso, casi no puedo con él. Viene una señorita, parece una Secretaria, ni siquiera me mira. Viene un chaval, parece un botones, no repara en mí, que me recuesto en la pared, la mano derecha en el estómago, la izquierda sujetando a duras penas el maletín. Al Despacho entro como un alma en pena. Es un Despacho enorme y, tras la mesa de caoba, hay un señor con cara de director general. Veamos eso, dice con voz metálica. Me arrastro con el maletín y contengo la saliva verde que me brota de los labios. Abrir el maletín me supone el mayor esfuerzo de mi vida. Cuando el hombre observa lo que hay en él, se pone de pie furioso y me señala indignado con el dedo: quedas despedido, dice como si me insultara. Estoy de rodillas en la moqueta, me aprieto el estómago a punto de reventar. Tardo mucho tiempo en despertarme y, al hacerlo, me dan arcadas.

.....

Por lo que parece, soy un famoso arquitecto a quien acompañan las autoridades de Oceda muy interesadas en los proyectos que voy a presentarles. No escucho muy bien lo que digo, pero no cabe duda de que todos están embelesados con lo que indico en un gran plano, al tiempo que señalo las distintas zonas de la ciudad. Podemos estar en una terraza o en el mirador del Monte Cedino. Hablo como un descosido. El plano, que es enorme, se me queda pequeño para lo que tengo que decir, y la ciudad no me cabe en las indicaciones, me la sé tan de memoria que no hay quien me siga. Las autoridades asienten, aunque hay un momento en que tengo la impresión de que empiezan a aburrirse. Comienza a llover. El plano se pone perdido, se arruga. Las

autoridades salen pitando, pero yo no dejo de hablar. Es el mirador, no es una terraza. Me dejan solo. Recoger el plano casi me resulta imposible. Estoy empapado, empiezo a toser, me parece que tengo fiebre. En estos sueños en que hablo demasiado siempre me acaba doliendo la garganta y siento las décimas como espinas. Quiero volver a casa, acostarme, pero no hay manera de orientarse. Nunca supe dónde estaba el Monte, ni cómo se iba ni cómo se volvía. Ese Monte Cedino no es de Oceda. Esta ciudad del sueño no es la mía, estaba engañado. Las autoridades huyen en los coches negros que estaban aparcados y que, desde lo alto del Monte, parecían cucarachas u hormigas. Cuando me despierto, tengo la impresión de que las sábanas mojadas por la lluvia están hechas con el papel del plano.

.....

El vagón acabó volando. Los chicos terminaron dormidos después de hablar y contarse tantas cosas. Los recuerdo como si fueran mis hermanos, qué suerte haberlos conocido. Ella, a pesar de lo delgada que estaba, era muy atractiva, unos ojos como brasas. Al ferroviario le hubiera dado algún buen consejo, aunque no me atreví. Cuando pienso en él, lo veo caminando por las vías. ¿Dónde puedes ir, si quieres ir tan lejos, no te quedes en Moravines, que es la Estación más peligrosa?... Déjate de arreglar el mundo, me dijo al despedirnos. Ella no me dijo nada, me dio un beso. Es una Princesa enferma. Yo podría ser el Doctor famoso que la curase o el Mago que tuviera la pócima adecuada.

.....

Con el ruido me llevé un susto morrocotudo. Puede caer una piedra del cielo o se desploma la propia Catedral o la Colegiata entera. Salté de la cama. No había pasado nada. El ruido del sueño es peor que el de un derrumbe o un descarrilamiento. No gano para sustos. Ayer mismo me caía en la calle, se abrió un abismo, el vértigo me producía la misma impresión que si estuviese cayendo en un pozo, entre las paredes que me aprisionaban mientras llegaba al fondo.

No había fondo. Estoy cayendo demasiado y, como digo, no gano para sustos. En casa también se caen los muebles y las lámparas, un ruido infernal.

.....

Muy temprano la carretera es la línea que ilumina la mañana. Tras una noche azarosa, esa línea me devuelve la calma. Voy a dar un largo paseo. Ya no se me ocurre otra cosa que caminar, ir lo más lejos posible. Me gustaba aquella historia del vagabundo que hacía los kilómetros como si cumpliera años. Se hizo mayor y dijo que la distancia era la edad. Hay que crecer para salir a flote.

De la pescadilla y el fideo me acuerdo más de lo que quisiera, estuvo bien conocerlos, son dos pobres chicos que tienen la vida hipotecada porque, en el fondo, son dos pobres de espíritu: no se puede subsistir con una lechuga y andar todo el día de un sitio para otro como si el alma persiguiera al cuerpo para acabar con él, y tampoco se puede poner en práctica el primer disparate que se te ocurra. No me imagino al Obispo de Oceda administrando la extremaunción a un pobre desgraciado que lo reclama a medianoche, pidiéndole que, por Dios, le abra la puerta, lo reciba y se la administre, porque tiene el presentimiento de que de esa noche no pasa. Cualquier párroco le hubiera hecho el favor, pero recurrir al Obispo parece el colmo entre esas ocurrencias de la pescadilla. Ya me percaté de que se trataba de un desvariado, nada más abrir los ojos y verlo en el andén, asustado al descubrirme tumbado en la vía. Dios los cría y ellos se juntan, es verdad. El fideo es como la Bella Durmiente, una chica de cristal, las Princesas que se rompen si las tocas o que si comen un guisante se les percibe el bulto en la barriga o lo distinguen bajo las sábanas al acostarse como si de un objeto extraño se tratara. Así de delicadas. En algunos Cuentos suele haber tres hermanos, podríamos ser nosotros: la pescadilla, el fideo y el trastabillado, como me llamó la pescadilla. Mi papel es el del malo, lo que no quiere decir que el malo sea el peor, sólo al que le gustan las maldades y a quien los hermanos desean salvar o reconvertir. Eso sí, el malo no aguanta ni al ario ni a la pesada de su madre y, por supuesto, el afán de su vida es hacer lo que le da la gana. No nació para vivir entre los perros y los gatos sino para ser lo que se sueña, y lo que se sueña, por lo que lleva comprobado en su corta pero intensa existencia, no se consigue con facilidad, habitualmente no se logra. Las maldades son las desazones, igual que la enfermedad del fideo es el intento de estar fatal para que el cuerpo se vaya al garete y sólo quede el polvo en que se desmoronen sus huesos, el espíritu propiamente dicho o la nada más estricta, o que las ocurrencias de la pescadilla, una incertidumbre que lo convierte en un fantasioso, al que los sueños se le vuelven pesadillas y se pasa las horas contando hormigas. Quiero decir que las maldades vienen de parecidas pretensiones, unas más equivocadas o peligrosas que otras. Los malos tenemos la vida más cruda y nos cuesta más trabajo vivir con los otros que, en principio, se tienen por

buenos, que quieren serlo. La desazón no es muy distinta de la incertidumbre o del desasosiego. Me desazono, doy un golpe en la mesa, me cago en la madre que me parió, le daría una hostia a mi progenitor que, por cierto, no hay modo de que suelte el cortacésped ni manera de que se calle cuando me ve subir con poca seguridad las escaleras. Una vida echada a perder, un desatino. Cuando más trabajo me cuesta dormirme no es cuando soplé más de la cuenta y me sentó mal, esas noches en que volver a casa es un suplicio porque nunca estoy peor que cuando tengo el estómago revuelto. Cuando más trabajo me cuesta es cuando, a pesar de lo que soplé, no me puedo quitar de la cabeza la desgracia de que el tiempo no pase, de que esta puñetera edad esté enquistada en las vísceras o sea como esa pasta cruda que el estómago no digiere. Es entonces, como dijo la pescadilla, cuando se presiente que la única salida que tenemos es el olvido, que ni Dios se acuerde de nosotros, que no seamos nada de lo que a nadie se le ocurra, unos seres invisibles que ya no están en el mundo. A lo mejor es lo que persigue el fideo: hacerse invisible, desaparecer, a base de ir reduciendo la dieta de la lechuga. No sé, no lo tengo muy claro. Para acabar con el Cuento y antes de meterme en la cama, habría que decir que los tres hermanos eran como poco tres Príncipes, los Cuentos de labriegos y niños perdidos en el bosque me aburren, y que en mi caso al final del Cuento, cuando hubiera sucedido todo lo que hubiese tenido que suceder, yo me haría un Príncipe generoso o un Príncipe bondadoso, porque entre tantos perros y gatos, y sin haber podido ser lo que se sueña, hubiese seguido siendo sin remedio un hombre malo.

La escoba de la bruja

La historia de Abisina Brunido no se podría contar con la exactitud y complacencia con que se han contado tantas otras a partir de un retrato en el que la protagonista quedó colgada en la pared del salón familiar.

Un buen retrato o, al menos, un retrato fiel de algún retratista profesional siempre transmite esa percepción de la personalidad de quien posa, que aflora con el halo de los rasgos y la mirada en la pintura como la sugerencia de un paisaje observado en la rigidez o viveza de la figura humana.

Los retratos habituales generalmente dulcifican esa figura, enaltecen la percepción de su quietud, adornan su presencia para que ese destino de ser colgados en el salón familiar se cumpla con el atributo de la memoria más benigna y consoladora.

Son muchas las historias que se han contado a partir de ellos, y cualquiera que tenga curiosidad por rememorarlas puede establecer un censo apropiado.

No hay retrato que no contenga la historia de quien lo motiva: el rasgo de una identidad y de una vida, lo que esa persona fue en el discurrir anodino o extraordinario de su existencia, también en el secreto de lo que íntimamente pudo sucederle, ya que tampoco hay retrato que no envuelva ese limitado o insondable latido misterioso de quien en él pervive, aunque el pintor no haya estado a la altura de las circunstancias.

Quienes somos especialmente aficionados a esas narraciones de las existencias retratadas, por decirlo de algún modo, hemos extremado la curiosidad ante esa disyuntiva del relato en la pintura, que tantos narradores acometieron, y todavía con mayor persistencia a la de escuchar lo que cualquiera pudo contarnos en el propio salón de cuyas paredes el retrato cuelga.

Me refiero a esas impagables circunstancias en que generalmente un familiar, descendiente en línea directa o lateral, atiende nuestro requerimiento y narra de viva voz lo que sabe y lo que recuerda de la figura que en la tela sostiene el tiempo como una irrealdad a menudo polvorienta, complacido y poco a poco entusiasmado al atendernos.

Es muy habitual que en estos relatos a pie de obra, como me gusta denominarlos, la vida se contraponga con el desorden del recuerdo, por mucho

que el improvisado narrador oral no carezca de habilidades, y que en el creciente entusiasmo proporcionado a la insistente curiosidad, se aventuren revelaciones más o menos inoportunas o se constaten circunstancias poco estimables en el contexto de la familia, ya que el espontáneo desorden de los recuerdos suscita descubrimientos no calibrados.

Un buen narrador entusiasta es un pozo sin fondo, y puedo citar algunas ocasiones en que las historias rebasaron sin tino lo que el retratado sugería, en salones en que su presencia, dada la baja calidad del cuadro que denotaba un artista poco fiable, apenas adquiriría relieve, como si mi curiosidad destilara parecido requerimiento al que me hubiese sugerido cualquier objeto ornamental o una aburrida colección filatélica.

Apenas había hecho una referencia de pasada al retrato, posiblemente menos interesado que nunca, y *el* avisado narrador emergía con la solvencia de quien aguarda la pieza desde hace rato.

A veces resultan pesados y reiterativos pero, como digo, impagables para quienes tenemos esta afición y, en cualquier caso, más insospechados e imprevisibles que quienes escriben las historias, seguro que más dotados de imaginación y perspicacia, pero menos capacitados para la confesión inadvertida o el detalle que subvierte y asombra.

Abisina Brunido no fue retratada por nadie y, en el caso contrario, jamás hubiera colgado en un salón familiar, es una vana disquisición en la que me entretengo por esta dichosa manía que ahora, al fin, me convierte no ya en el que cuenta de viva voz la historia de alguien sino escribiendo lo que de ella llegué a conocer y saber. Una mujer en la que ningún pintor hubiera reparado y de la que ningún familiar hubiese tenido ocasión de decir nada, al menos nada que pudiera servir para esbozar una memoria benigna y complaciente.

Nadie la retrató, y las tres únicas fotografías que yo he podido ver de ella son tan anodinas como las que se superponen en los álbumes sin la indicación de una efeméride y entre el anonimato de los acompañantes que asoman sin que nadie los avisara.

Todos hemos repasado álbumes de también desordenados recuerdos, en los que las fotografías acumulan presencias que serían perfectamente intercambiables de unas familias a otras, de unos a otros lugares, como si en el poder reiterativo de la instantánea cupiera una suerte de generalización que trivializa el resultado y orienta la convicción de que todos somos los mismos en el tiempo que se difuminó ante el objetivo, ya que todos miramos a quien nos fotografía con la misma pasmada o ingenua inexistencia. La instantánea nos suspende en ese indeciso flujo de la realidad y el tiempo, nos mata un poco, aunque sea precipitada e impunemente y sin que la muerte resulte verdadera.

Las tres fotografías de Abisina corresponden a tres momentos de su vida.

Puede verse en la primera a la niña que se esconde detrás de la pierna derecha de un mozalbete vestido de militar. Se esconde y asoma, quiero decir que se retrae cogida a la pierna, mientras el mozalbete, su hermano Cosme, la incita a mirar a quien dispara. Es un domingo, no me cabe la menor duda, el vestidito de la niña es blanco y en el pelo se dibujan unas coletillas y unos lacitos. La niña salió de paseo con el único hermano del que guardará buen recuerdo, el único que la quiso.

Cosme hizo la milicia en artillería, trabajó en un taller de laminados, lo mató un obús en el frente del Castro Astur y hay una anécdota de su muerte que no deja de ser chocante y que no tiene otros visos de veracidad que los propios de las incongruencias bélicas, siempre referidas por testigos anónimos.

El obús vino como un balón descontrolado que rebotó en una casamata, en la cresta de un búnker y en la trinchera de Cosme, matando a un sargento en la primera, a un furriel en la segunda y al artillero que asomaba la gaita en el momento menos oportuno en la tercera. El extraño obús siguió su curso tras la primera línea y, como el balón que se escapa de las manos del portero, declinó el gol y la macabra jugada sin que ningún espectador se percatase.

En la segunda fotografía la joven Abisina parece perdida en una plaza por donde transitan seres tan anónimos como ajenos. Ella no mira hacia ningún sitio. Tiene los brazos caídos, las manos abiertas, el pelo lacio y descuidado, y lleva un vestido del que lo único que cabría destacar es esa impresión de la tela desgastada que se acopla al cuerpo con la aprensión y desgana con que la mano sucia roza la piel.

Nadie repara en ella y tampoco ella parece darse cuenta de dónde está o, dicho de otra manera, la figura de Abisina es el dibujo de la extrañeza con que alguien acude a una cita que no recuerda o huye de donde no podrá volver.

La fotografía es de muy mala calidad, parece robada a quien en ella se encuentra, y produce en quien la observa una sensación de inquietud y desagrado, como si esa presencia incidiera en la resonancia de algún desvalimiento propio, de algo que nos concierne y hemos olvidado y por nada del mundo quisiéramos volver a recordar.

En la tercera, la anciana que Abisina nunca llegará a ser, la anciana precipitada que resiste la edad como un sarmiento, nudosa, esquelética, con el cuerpo tenso y afilado sobre el que el vestido es un trapo negro y el bolso sujeto en el regazo el único tesoro de su existencia, aunque fácilmente puede pensarse que esa pertenencia tampoco decide una mínima pasión de propiedad, que podría olvidarlo o tirarlo al río desde cualquiera de los puentes de Borela, está sentada en una silla, en el estudio del fotógrafo, mirando a la cámara con la osadía de quien lleva haciendo una larga defensa, sin duda contrapuesta a una no menos larga ofensiva, y en el acto de estar allí, ante el objetivo, nada complacida pero con indudable convicción, hay algo que la justifica, una decisión que ha tomado por algún motivo.

Ésta no es, por supuesto, una fotografía robada, al contrario, es una fotografía voluntaria y decisiva.

Las fotografías en nada se asemejan al retrato colgado en el salón que diera pie a la correspondiente historia, como ya he dicho.

Tres testimonios así de escuetos y casuales son, sin embargo, los que

corresponden a una vida en la que los hechos y las circunstancias derivan de otros conductos.

La afición que he confesado respecto a las historias que se escuchan, esta suerte de coleccionismo tan distinto del filatélico que, por cierto, también práctico, aunque reconozco su aburrimiento, es lo que motiva el conocimiento de Abisina Brunido y, desde luego, el hecho de que, por vez primera, acometa un relato donde, si se me perdona la petulancia, el pintor que no soy sustituye al que hubiese podido existir, aunque ni el pincel es el bolígrafo ni hay una dama posando para que luego, con un marco generalmente pretencioso, su figura cuelgue en el dichoso salón y uno pueda escuchar, una vez más, aquella primera frase del familiar reconvertido en narrador entusiasta:

—Dicen que está favorecida, sobre todo en el brillo de los ojos, pero también hay quien la recuerda con el cutis más rosado y fino, a veces el óleo no disuelve los grumos de la piel...

Mi primera observación, compaginando las tres fotografías, podría acercarse a la siguiente, advirtiéndole que no soy ni el familiar de turno ni el narrador entusiasta:

—La niña escondida es la sorprendida joven, que no sabe dónde está, y la anciana precipitada que asume el reto de su existencia.

Fue mi padre, que durante muchos años tuvo abierto un Despacho de abogado en Borela, uno de esos Despachos generalistas en los que se llevan asuntos civiles, administrativos, penales o mercantiles, ya que no hay clientela suficiente para la especialización, y además siempre entendió la profesión jurídica como un sacerdocio sin demarcaciones, quien conoció a Abisina algunos años después de su matrimonio, a través de una chica que servía en casa y que, como Abisina, procedía del Arrabal de Rambla, uno de los límites en el norte de la ciudad que más se había distanciado del bastión antiguo.

Cuando Armila logró que su amiga viniese al Despacho, decía mi padre, yo ya ni me acordaba de lo que le había prometido, que no era otra cosa que escuchar la desgracia matrimonial de aquella mujer. Tres hijos en tres años y uno de esos maridos enojosos y tercetos que, además de inútiles, se van corrompiendo en su amargura hasta hacerse peligrosos.

La mujer que se sentó frente a mi padre, cuando su amiga solícita y pesarosa cerró la puerta del Despacho, encareciendo una vez más aquella atención, iba vestida con el traje con que muy bien pudiera haberse casado, sostenido por el mismo cuerpo y la misma percha en que desde entonces reposara, con el efluvio del alcanfor y el contraste de algunas mordeduras de las polillas más reacias.

Una mujer que sujetaba un ajado bolso en el regazo y llevaba recogido el pelo en un moño perfectamente hecho, sin que en él se percibieran las horquillas.

La figura, atestiguaba mi padre, de alguien que no intenta disimular la pobreza que amortigua la modestia, pero que irradia, desde su evidencia, un cuidado celoso, una higiene que ni siquiera rebaja el desaliño que a las manos procura el trabajo que en nada las respeta.

Eran las manos de aquella mujer las que mejor expresaban, sin dejar de sujetar el bolso, hasta reteniéndolo con crispación, lo que la dureza expone con las armas de la necesidad, en el relieve óseo de los nudillos desgastados, de las muñecas tensas y los dedos morados por la intemperie de las coladas, los estropajos y las lejías.

Mi padre sacó en claro, después de lo que podría considerarse un interrogatorio lleno de meandros y balbuceos, que lo que Abisina pretendía era

separarse de su marido, encontrar una justificación legal que le permitiera no ya echarlo de casa, lo que al parecer había hecho en varias ocasiones, sino borrar cualquier derecho de los que él esgrimía para volver de nuevo y reiterar sus reclamaciones.

Un mal hombre, había advertido Armila, la amiga temerosa, y en las palabras de Abisina la maldad no era un término que se contrapusiera a otros equivalentes y nocivos. La maldad tenía esa condición dañosa que administra la desgracia de vivir, cuando en la desgracia no hay alternativa y, mucho menos, resignación.

Mi padre entendía perfectamente lo que podía insinuar el destino de un hombre malo, de un mal hombre, y no necesitaba que Abisina fuese muy explícita o que las palabras de Armila repitieran aquella consideración con el gesto indignado y, al tiempo, cariacontecido. No se trataba de la maldad que ahonda en el virus de quien la ejerce y expande, sino de esa triste carencia de lo que la bondad requiere en su naturaleza y destino.

Se es malo porque se torció la dirección bondadosa, decía mi padre, muy baqueteado por la profesión y siempre dispuesto a ser piadoso con la materia humana, ya que el Despacho del abogado es un observatorio más ecuánime y desnudo que el confesionario. Allí se puede percibir la totalidad de los comportamientos y, además, sin la exención del arrepentimiento, con el fondo inconcluso de lo que se siente y padece, también con la trapacería, la ocultación y las intenciones torcidas. Un observatorio que va colmando la experiencia del conocimiento de nuestra condición, desde ese lado contradictorio, y que acaso se emparente con la consulta del médico, al menos en la disposición de los profesionales como mi padre, juristas de vocación tan equitativa como redentora y curativa.

El marido de Abisina estaba internado en el Hospital de Condolencia. Había ingresado en Urgencias hacía tres días y, al parecer, ya iban a darle el alta. No existía denuncia alguna. El hecho de que en cuatro o cinco ocasiones anteriores también hubiera ingresado de igual modo no suponía otros antecedentes que los hospitalarios, con el añadido de algún episodio alcohólico, una reyerta o la caída proveniente de la pérdida de conocimiento.

El mal hombre no llevaba exactamente una mala vida, aunque el término en su caso resulte ambiguo. Las desavenencias matrimoniales se correspondían con el mutuo descrédito, la falta de consideración, el abandono con que él asumía lo que debieran ser responsabilidades, una propensión a desaparecer, y el insistente regreso que desde hacía ya mucho tiempo había sustituido el perdón o la clemencia por las exigencias de su propiedad.

Soy el marido y el padre, lo que quiero es lo que me corresponde. A esos críos los voy a meter en el Hospicio o, para acabar antes, a tirarlos por la ventana.

Una mala vida no era el resultado de su maldad, como apreciaba mi padre, que habría visto tantos casos de parecidas secuelas, sino de la amargada equivalencia de su condición de desgraciado, de pobre hombre, de incompetente e incomprendido. Ni siquiera se trataba de un vago, aunque en cualquier caso se le pudiera considerar un perfecto irresponsable y, por tal conducto, ese penoso cliente a quien nadie desea atender, un regalo envenenado en la atribulada vida de una mujer como Abisina.

Mi padre tomó los datos precisos.

Armila fue muy elocuente desde aquella primera visita, era mucho lo que podía contar de su amiga.

Al abogado le quedaba por resolver una última cuestión, después del meandro de la conversación que sostenía el interrogatorio. Era muy importante saber con exactitud lo que le había sucedido al marido, el motivo de su internamiento en el Hospital de Condolencia.

Abisina logró que las manos que se aferraban al bolso, depositado en su regazo, se relajaran, y al extenderse con el abanico de las palmas hubo un temblor en los dedos, la imperceptible vibración que motivaba el esfuerzo de controlarlas.

Después, sin alzar los ojos, concentrada en lo que parecía un gesto de compasión o renuncia, las manos tomaron el bolso y se lo entregaron a mi padre por encima de la mesa, como si alargaran el desperdicio de un secreto guardado sin el convencimiento con que se atesoran algunos objetos familiares.

En el bolso había una piedra de tamaño considerable. Mi padre lo abrió y la vio, no llegó a sacarla ni hizo el mínimo comentario. Volvió a cerrar el bolso y, del mismo modo, se lo entregó a Abisina que, al recogerlo alargando la mano derecha sobre la mesa, alzó los ojos y miró a mi padre.

Lo hizo, y esto es lo más importante de lo que hasta el momento he escrito, con la mirada de la niña escondida y de la joven que no sabe dónde está y de la vieja que asume el reto de su existencia.

Las tres fotografías superpuestas en la desolación y en la voluntad de quien ocultaba el arma para atacar o defenderse.

Aquella niña aferrada a la pierna del único hermano que la había querido. La joven aislada en la soledad de una plaza llena de desconocidos. La precipitada vieja que podía desafiar a quien quisiera echarle un pulso, pues la edad había sido un camino espinoso, y la razón fortificaba el ímpetu de la supervivencia.

Las figuras y los rostros de un mismo combate en la lucha por la vida, que marcaban una transición en la que el tiempo asumía el olvido, ya que en el destino de aquella mujer no quedaba opción para que la memoria tendiese un refugio.

Nada bueno que recordar.

El desorden de los recuerdos, la vía abierta de los narradores espontáneos que tan rentables resultan al pie del consabido retrato, se corresponde con el orden preciso de los olvidos, que proviene del esfuerzo más natural de todos, esa necesidad de que lo que acaba de suceder se borre para que no lastre lo que viene, siempre en el propio sufrimiento que mueve la vida y la atenaza con el desánimo con que tantas veces la inmoviliza.

Hay un camino desde la niña de la fotografía, que se coge temerosa a la pierna del hermano artillero, hasta la mujer que cuida tres hijos en un piso desastrado del Arrabal de Rambla y que no sabe cómo quitarse de encima al engorroso marido que va y viene como un alma en pena, incrementando el rencor que todavía se reparten a partes iguales.

No me refiero al camino de la edad que cubre *el* tránsito de las otras fotografías, sino al recorrido desde la Calle Cidia, en cuyo número diecisiete estuvo el domicilio familiar de la niña, casi en el centro de Borela, hasta el Barrio de Cavados y el de Regiones, en los límites contrapuestos de una ciudad que se derrama en la colina con la enseña de su bastión antiguo en lo alto de las callejas enrevesadas.

Ese recorrido, o esa dirección, serían suficientes para entender, sobre el plano urbano, el derrotero de la familia echada a perder, lo que supone una rebaja veloz en el desmoronamiento a que la niña asiste, poco a poco dejada de la mano de Dios o, más exactamente, abandonada a la suerte de los hermanos esquivos, que ni la miran ni la aguantan, cuando la madre muere entre Cavados y Regiones, y soy muy preciso al detallar esa circunstancia como en seguida demostraré, y el padre desaparece definitivamente, si hay que dejar constancia de la fuga fatal de una vida que no se produce en la muerte sino en la ocultación.

La madre de Abisina se llamaba Consuelo, y el nombre fue lo único a lo que pudo agarrarse en la contradicción de su destino. El alivio de la pena, el reposo de la fatiga que aflige y oprime el ánimo.

Hay nombres que imprimen la huella contraria de la existencia, que parecen una burla en la vida de quien los recibe o, si somos más complacientes y resignados, una coartada moral en el designio cristiano de la esperanza, aunque no sea éste el caso.

Consuelo pudo ser una chica cualquiera de cualquiera de las familias de clase media de Borela, y el hombre que apareció en su vida, cuyo nombre no se retiene en esta historia, un chico mayor que ella, cuyos indecisos negocios, bastante boyantes, le hacían viajar a Madrid y a Barcelona y atender numerosos clientes entre Ordial, Armenta y la misma Borda.

Cuatro hijos, uno más que Abisina pero con la misma periodicidad, aunque lo más exacto es decir que tres y medio, ya que el cuarto, que sería por edad el primero, era un hijastro que provenía de una anterior relación del padre, detalle inesperado que Consuelo aceptó sin rechistar cuando un día, después de uno de aquellos viajes comerciales, el marido se presentó en el domicilio familiar de la Calle Cidia, acompañado por un muchacho que tenía el pelo rapado y llevaba una maleta en la mano y a quien el padre dio una colleja al tiempo que le obligaba a saludar y decir su nombre.

Era Cosme, y no me puedo resistir a la idea de que la primera que lo vio, asomada a la falda de su madre, fue Abisina, del mismo modo que tampoco puedo sustraerme al recuerdo del cohibido artillero, esa imagen de un muchacho que, desde los laminados profesionales, llegaría con parecida solvencia al cuerpo militar en cuyo servicio, y en una trinchera del Castro Astur, perdió la vida, una forma consecuente de decir que perdió la cabeza o que se la volaron.

La madre arrastró a los hijos, todos nacidos en la Calle Cidia, hasta el Barrio de Cavados, cuando ya el marido no podía disimular las deudas acumuladas, las hipotecas que se le venían encima, el embargo, el vicio del jugador, y un extremo tortuoso de miseria y mentira que agitaba su ánimo hasta la más absoluta consternación, mientras Consuelo se agarraba a su nombre

como al palo que sostenía la vela que el viento se llevaba.

Se agarraba al palo mientras los hijos, con la excepción de Abisina y Cosme, correteaban sin cuidado, con esa libertad y desorientación en la que poco a poco se incumple cualquier obligación, y lo que se perdona como una travesura comienza a valorarse como el pillaje a que conduce la primera falta.

Se lo pude escuchar más de una vez a mi padre, en aquellos años finales de su profesión, cuando todavía el pobre hombre albergaba la esperanza de que yo heredara el Despacho, convencido de que el ejercicio libre de la abogacía podía darme muchas más satisfacciones que la plaza en la Administración Local que había obtenido por Oposición.

Es un camino trillado, decía. Tan trillado y repetido que da grima repasar por enésima vez los antecedentes del encausado, la ristra de las faltas que devienen en delitos menores y, al fin, acaban como el rosario de la aurora. Una y otra vez igual destino, la previsión de lo que cualquiera de estos pobres desgraciados va a alcanzar, como el trofeo envenenado de sus correrías.

Fue lo que obtuvieron los dos hermanos de Abisina, ese trofeo al que se refería mi padre, un veneno inoculado desde muy pronto, con los primeros antecedentes policiales en los primeros años de su adolescencia.

El Correccional, las notificaciones del Tribunal de Menores, las reincidentes visitas de la policía, y la madre, que apenas traspasaba una juventud en la que nada, absolutamente nada, resplandecía con el fulgor de esa edad, como si nada le correspondiera de un anhelo o un deseo, ninguna ensoñación, las ilusiones que adornan el instante de la felicidad, poco menos que sobrevivir sin que el día a día alcance sin más sustos y amarguras.

Del Barrio de Cavados se fueron al de Regiones, al otro extremo de Borela.

Eran los últimos dineros que proveía aquel hombre, cuya intermitente presencia asustaba a Consuelo.

Los trabajos de ella se iban reduciendo en la propia reducción del esfuerzo que se compaginaba con el dolor, la artritis, el reumatismo, un penoso sufrimiento en las articulaciones y ese incisivo suplicio en el que el cuerpo asume lo que la mente irradia, las preocupaciones, la desolación, una rendición del alma que hace más intensos los padecimientos.

También Cosme aportaba lo poco que obtenía en los ocasionales trabajos, y de la niña nada se puede saber, apenas lo que es fácil imaginar en la soledad de un piso mal amueblado o en la penuria del siguiente, en el bajo del edificio más periférico de Regiones.

En esa ocasión final, en ese último traslado, tampoco es difícil pensar que lo que acarreó la familia no fue otra cosa que las más limitadas pertenencias, pensando que en el Barrio de Cavados las deudas menudas del día a día acumulaban *el* hastío en el gesto despechado de los acreedores, quienes habían contribuido a la precaria subsistencia de quienes se iban sin apenas poder disimular la huida.

Se fueron de noche.

El padre había prometido comparecer para ayudar en el penoso traslado, pocas pertenencias como digo pero un largo trayecto por los caminos laterales que mejor camuflaban a los evadidos, hasta alcanzar la carretera comarcal y llegar a la periferia de Regiones, donde un desconfiado casero les haría esperar hasta que, al fin, a última hora, vino el padre para abonar cierta cantidad de dinero.

Los años de Regiones se diluyen, según transcurren, en un vacío que no es difícil rellenar con las suposiciones que van dando cuenta de ese límite de la desgracia en la vida de una niña que va creciendo entre la soledad y la miseria.

La orfandad de Abisina marca un punto de despeque en lo que después será un cambio de rumbo en el modo de afrontar lo que la existencia le depara.

La muerte de la madre provoca esa dramática ruptura en los sentimientos todavía diminutos de la niña. Es más que probable que esos sentimientos, acompasados al desamparo que los precipitará en el abandono a que se ve sometida, abonen lo que la adolescente administra luego como un retraimiento que no parece la muestra de su timidez medrosa, sino esa inclinación interior que fortalece la desconfianza y la astucia, el resorte que en seguida salta como un aviso para saber que, antes que nada, hay que aprender a defenderse.

Lo decía mi padre, que en los trámites de la separación matrimonial de Abisina tuvo que recabar bastantes datos, muchos de ellos con la ayuda de Armila, ya que aquella mujer que vino una y otra vez al Despacho jamás resultó suficientemente locuaz.

La esfinge, dijo un día mi hermana Cleo, después de abrirle la puerta. La bruja, dijo en otra ocasión mi primo Belisario, que estudiaba en casa con nosotros y tenía la imaginación más calenturienta que los demás.

Aquella niña no es esta mujer.

Mi padre encendía uno de sus pequeños puros, tenía sobre la mesa los papeles esparcidos de cualquier pleito, de cualquier demanda o recurso, y de cuando en cuando daba unos pasos por el Despacho, como si necesitara disiparse unos minutos para que la cabeza se desintoxicara de la jurisprudencia.

Aquella niña se quedó encerrada en el piso de Regiones, tan lastimada y maltrecha como un animalillo desvalido.

Nadie fue a rescatarla, allí se quedó.

La que se fue o, mejor dicho, la que se llevaron podía parecerse a ella pero era otra. Y esa otra sí que se parece a esta mujer.

Lo que podemos heredar del fondo bondadoso de toda infancia, de la inocencia que nos corresponde en nuestros primeros años, se reduce a la nada cuando lo que viene es hostil y nos vamos convenciendo de que hay que cambiar para subsistir, de que estamos desarmados en la defensa de lo poco

que somos, o de que en realidad nada tenemos que defender. La desgracia no es sólo la suerte adversa, sino el derrotero que encamina ese designio contrario donde podemos sucumbir.

La niña abandonada murió en el deshabitado piso de Regiones. Estaba escuálida y andaba por las habitaciones vacías como si ella fuese la sucia muñeca de trapo que arrastraba.

Dice Abisina que una vez, en alguno de aquellos días, se subió al fregadero, abrió el grifo y metió la cabeza bajo el chorro del agua fría. No sabe lo que pudo aguantar bajo el agua, dice que había soñado que se ahogaba y que a la niña le gustaba ahogarse porque se sentía limpia y la peinaba la corriente.

A medio camino entre Cavados y Regiones murió la madre. Era un día de otoño, un diecisiete de noviembre exactamente.

Lo que Consuelo llevaba acarreado en la enfermedad que vino padeciendo sin que nadie se percatara, y sin que ella diese otra muestra de la misma que la del agotamiento en algunas tardes, cuando al regresar a casa caía derrotada en una silla o en la cama o en el mismo suelo sin poder llegar a la habitación, era casi el total de lo que llevaba acarreado en la vida desde su matrimonio.

La chica de la Calle Cidia tenía una juventud anticipada, lo que quiere decir que los frutos de su existencia maduraron pronto y apenas duraron.

Era una chica que se hacía mujer, como ya he dicho, desde un sufrimiento temprano, apercibida de los disgustos que iba a propinarle aquel chico con el que se casó, que tenía un pronto afable y fantasioso, un punto de disipación que en seguida reveló la inconsecuencia y la falsedad.

Nada era verdad, todo era mentira. Los negocios suplantaban lo que en el juego no tenía otra resolución que los requerimientos y las amenazas. Los negocios suplantaban el engaño de las deudas. La inversión desacertada, un mal consejo, una denuncia de impagos, el amigo que no resultó trigo limpio. Una buena racha o la peor suerte del mundo.

La chica de la Calle Cidia tenía tres hijos y medio.

El que sería artillero, al que el obús le voló la cabeza, fue el único que un día, poco antes de trasladarse de Cavados a Regiones, cogió al padre por las solapas y le borró las lágrimas con una bofetada. El jugador lloraba por el descrédito de sus pérdidas y Cosme fue capaz, al menos por esa vez, de dar salida a la indignación de todos.

La muerta tiene el recato de desviarse unos metros de la carretera comarcal, por la que no se sabe si iba o venía, ya que aquel día no tenía ninguno de los habituales compromisos de trabajo, era una jornada anodina de las pocas que hubieran podido quedar en casa.

Con la misma discreción con que siempre se movió, dejó unos metros la calzada y llegó hasta donde sus fuerzas se lo permitieron, donde menos

molestase.

Se fue temprano.

La niña la acompañó a la puerta, cerró cuando se lo ordenó ella mientras se volvía para mirarla según bajaba las escaleras. De eso sí se acuerda Abisina. Un gesto y un detalle que pudo repetirse tantas veces, ya que resultaba habitual que la niña la despidiera de ese modo.

Podía haber ido al Ambulatorio de Cavados. Pudo tener algún presentimiento o un aviso. Pudo sentirse mal, haber pasado una mala noche. De lo que Consuelo tuviera, presintiera o sintiera no hay ninguna constancia, todo son cábalas.

El secreto de su enfermedad es también el secreto de su vida, y el secreto de su vida se corresponde con el amor que pudo sentir por el chico con el que se casó. En lo que respecta a ese asunto, el amor, el sentimiento que la embargara en el encuentro, la entrega o la conquista, no hay nada que decir, aunque de sobra sabemos que las adivinaciones en tal materia tienen parecido acorde, y casi la misma disonancia en lo que más tarde pudiéramos adivinar de igual asunto en la historia de la hija.

El secreto es también la resignación de una existencia en la que no hay otra cosa que la sumisión y el rendimiento a lo que sucede y nos aguarda, nada que altere la expectativa de lo que va a pasar, porque la conformidad se nutre de la paciencia con que tantas veces se sobrelleva el abatimiento.

Supongo que mi padre diría que también la humillación, ya que la enorme diferencia entre la actitud de Abisina y la de su madre, el modo de ser de cada una, no exime ese componente del destino de cada cual, sobre todo teniendo en cuenta la propia desgracia matrimonial de la hija.

La mujer se sienta, sería más propio decir que se derrumba, pero no se trata de una caída, no tropieza con nada, se sienta en el límite de la extenuación y, además, apoya las manos en el suelo, y el trallazo del corazón debe de sobrevenir como una convulsión interna que, desde el dolor que ya la paralizaba, se extiende invasora igual que el foganazo que revienta la luz de la bombilla y la hace añicos en un instante.

Cae de espaldas. El cuerpo está tendido a unos metros de la carretera, boca arriba, las manos depositadas en los pechos como un signo de estremecimiento y pudor, las piernas muy estiradas, y el rictus de la boca que dibuja la mueca de lo que nunca pudo ser una sonrisa, nada que en la misma muerte insuflara el residuo amable con que la vida pudiera compensar ese momento final, nada que robase en el pensamiento definitivo de la mujer una

minucia de la felicidad debida, la compensación extrema de tanto sufrimiento.

La curiosidad del abogado que, por circunstancias de la vida y voluntad bondadosa, llegó a ser algo así como el albacea de una parte del destino de Abisina, pues la relación con ella, como he dicho, no acabó con la complicada separación matrimonial, facilitaba la revisión del viejo expediente judicial, el acta del levantamiento de un cadáver a la altura del kilómetro siete de la Comarcal de Borela, el informe del forense, las escuetas actuaciones con algunos testimonios y, por supuesto, la descripción de las contadas pertenencias de quien murió prácticamente con lo puesto.

Siempre la prosa judicial es severa, decía mi padre, y, aun así, hay sentencias todavía más farragosas que enrevesadas, pero en estos expedientes fúnebres lo que la prosa no logra evitar es la desidia que matiza cualquier relación burocrática de las que se repiten hasta en los pormenores de un suceso.

En el levantamiento de los cadáveres esa prosa establece un orden sin adjetivaciones, que luego se compagina con la frialdad forense, y lo que resulta es algo así como el consabido relato que enumera la condición de los muertos, todos tan semejantes, definitivamente más emparentados que los vivos, como si la materia de la que están hechos fuese la misma porque la mortandad a la que esos cadáveres pertenecen sería igual si estuviesen juntos, semejante a la que decide una epidemia o un cataclismo o la peste. Los muertos así levantados parecen encaminados, aunque finalmente no resulte de este modo, a un viaje del Depósito a la fosa común.

Entre las divagaciones de mi padre estaba la justificación del poco relieve que en esa prosa pudiera tener el hecho de que en el dedo índice de la mano izquierda del cadáver de la madre de Abisina hubiera un dedal, y en el borde del mismo una aguja que atravesaba la carne de lado a lado, rozando el hueso.

Nada se sabe del marido con motivo de la muerte de la mujer. En el Barrio no hay otro conocimiento de la familia que el de los trabajos que ella hace, el voy y vengo de las jornadas en que sirve en distintas casas de Borela, las deudas que los comerciantes reclaman o perdonan, la existencia de una niña que anda cogida de su mano y la presencia de un chico que ha crecido, en ese tiempo, como si la cabeza se estirara más de la cuenta sobre los hombros.

Es la cabeza del obús, se trata de Cosme. Pero Cosme se ha ido de casa hace ya unos meses, tiene un trabajo en Armenta. Es ya algo más que el aprendiz del taller de laminados, y la madre de ese medio hijo, por llamarlo de algún modo, cobra algunos giros que él envía.

Entre Cosme y su padre hubo, tras aquella imprevista y lejana bofetada, otras reyertas que hicieron peligrosa la relación, y la propia Consuelo intercedió para que el medio hijo se fuera, aunque era un asunto que Cosme ya tenía decidido.

En la fotografía de la niña que asoma escondida y cogida a su pierna derecha, se adivina muy bien la dependencia afectiva del único hermano que la quiso.

El artillero más que un mozalbete parece un hombre espigado y resuelto, que luce el uniforme como si le hubiesen concedido el reconocimiento que merece, y la niña es menos pequeña de lo que aparenta, aunque el vestidillo y la cohibida sonrisa de su curiosidad asustada la reduzcan.

La niña de la fotografía ha dado ese estirón del que nadie se percató, ya que en el Orfanato de Doza, donde el tiempo de Abisina es un limbo cerrado que nadie visita, los años no se cumplen porque no se contabilizan y, además, como bien indicó mi padre, de la casa de Regiones donde permanecía abandonada no salió la niña, no se la llevaron o rescataron los agentes sociales o los policías que asumieran la encomienda, en aquel piso quedaba la niña muerta, la que apenas podría recordar Cosme, que muy bien pudo tenerla en la mente, como el vivo retrato en la fugacidad de la trinchera, cuando rebotó el dichoso obús.

A Abisina la llevaron al Orfanato de Doza.

Los hermanos estaban, cuando la madre muere, en el Correccional de

Ordial. Ninguno vino al entierro y es más que probable que no tuvieran ganas de venir, que no lo hiciesen por deseo propio.

A la madre sabían que en buena medida la habían matado ellos, con lo que dar muerte supone en la larga y reincidente tortura del vandalismo y la impiedad. Tampoco les agradaría volver a Regiones, ni siquiera asomar por Borela, aunque la petulancia tenía la sobrecarga suficiente, en uno y otro, para que el orgullo se alimentara en el desprecio.

Siempre hay una muñeca de trapo en las manos de cualquier niña abandonada.

Las había en los cuentos que leía mi hermana Cleo. Los dibujos a plumilla que ilustraban muchos de ellos tenían niñas que muy bien podían sustituir a la de la fotografía de Abisina. Vestiditos, lazos, tirabuzones, un calcetín caído, los zapatos rotos o los zuecos con que pisaban la nieve, cuando alguna de aquellas niñas además de abandonadas estaban perdidas. La muñeca de trapo aparecía en sus brazos, apretada contra el pecho, como si también las niñas abandonadas fuesen madres diminutas, y con ese gesto expresaran la carencia que sentían y lo que estarían dispuestas a defender con el mayor amor del mundo cuando se hiciesen mayores.

Pero los cuentos que tanto le gustaban a Cleo, muy inclinada a llorar por las esquinas, para así imitar el llanto y la pena de sus queridas heroínas, siempre terminaban con el hallazgo de las niñas que, además, no eran las pobrecitas pobres que mostraban el resignado desaliño y la bondad que atenuaba los maltratos, eran las hijas queridas y añoradas de alguna buenísima familia, rica y de alto copete, que las había perdido, robadas o extraviadas o confundidas en la desgracia de una madre engañada y un abuelo orgulloso que también terminaba derretido en amoroso llanto.

En cualquier caso, lo habitual era que las niñas regresasen al hogar que les pertenecía, llevando siempre, o llevando únicamente, la muñeca de trapo, el sobado juguete de la inolvidable y única compañía.

Abisina no llevó la muñeca al Orfanato de Doza.

Me parece que en su caso lo de la muñeca, a la que en algún momento he hecho mención anteriormente, es algo que me inventé, sin duda imbuido por los cuentos de Cleo, pero como niña abandonada le corresponde, y no está mal imaginarla arrastrándola por las habitaciones o acunándola en algún rincón.

Lo que Abisina cogió cuando se la llevaban fue la escoba con que su madre barría la casa.

Bajó las escaleras de aquel piso desolado de Regiones, de la mano de

alguno de los que vinieron por ella, o cogida al pasamanos para facilitar el descenso por los desgastados y rechinantes escalones, y arrastró la escoba tras ella sin que nadie pudiera entender el capricho o ni siquiera se fijase en la absurda ocurrencia de la niña.

No se trataba de un juguete, era un arma.

Lo que ese objeto o utensilio doméstico significa en la vida de Abisina Brunido no es fácil de comprender, y la pequeña mano de la niña asida al mango de la escoba con que la madre hubiese asido tanto trabajo, forma parte de la herencia de aquella mujer.

El puño se cierra para coger lo necesario, también para apretar lo que no se tiene o lo que se siente en la ira que nos produce lo que acaban de hacernos, cuando ya no queda ninguna confianza que justifique algo mejor.

Lo que Armila pudo contar de lo que su amiga recordara de los años de la niña en el Orfanato de Doza apenas se relaciona con algún detalle casual que motivó un no menos casual intento de sonsacarla, las veladas referencias para enterarse de que en ese sitio habían discurrido bastantes años y, eso sí, dos sucesos que contenían un paralelo recuerdo que podía confundirse en la cabeza de Abisina.

La niña se escapó del Orfanato, y la duración de esa huida es de varios meses, hasta que de algún modo no bien aclarado regresó, no se sabe con exactitud si por sus propios medios, traída por alguien o encontrada lejos de Doza y recuperada por la policía.

Se fue y estuvo con sus hermanos, algo a lo que ella se refería con cierta confusión, o acaso lo contaba con menos datos de los precisos. O la confusión se proporcionaba a la desidia de ese recuerdo tan lejano e ingrato.

Las correrías del dúo que iba ganando antecedentes y contaba en el Correccional de Ordial con la solvencia que hace crecer el orgullo de los reincidentes, quienes jamás verán enmendada la plana, ya no tenían término y eran cada vez más desaforadas y ambiciosas.

No estaba lejano el momento en que ambos tarifarán, ya que, más allá de las complicidades y los empeños comunes que comprometían sus acciones, los hermanos no se llevaban nada bien, compartían una subterránea envidia que les hacía estallar a la primera de cambio y alimentaban muchas reservas y desconfianzas entre ellos.

No es nada raro que Abisina se escapara del Orfanato con la ayuda de los hermanos. Lo que la niña supusiera en los planes del dúo no tiene constancia, pero lo que se sabe es que Abisina convivió con ellos y fue, a buen seguro la mayor parte de aquellos meses, una niña mendiga.

La mendicidad es el mayor desdoro en la vida de la mujer que pudo soportar cualquier recuerdo menos ése.

Nada indignaba más a la mujer que acudía al despacho de mi padre, cuando tantas eran ya las afrentas, y no estaban nada lejanos otros dramáticos sucesos que enhebraban de modo pertinaz su destino, como la solicitud de la

pobreza en el límite de la necesidad y el desamparo, probablemente también la manipulación que la niña habría padecido en manos de los hermanos, la pequeña mendiga obligada a las limosnas y acostumbrada luego a ese aprendizaje de la supervivencia.

La niña que pide no se corresponde para nada con la mujer que está dispuesta a cobrarse las ofensas, y que nada aceptará de nadie: nada que no provenga de su voluntad y esfuerzo, nada que no se gane en el derrotero por el que Abisina no contabiliza el censo de los sufrimientos, sino las reparaciones que la fortalecen.

Pero la niña mendiga está en la calle, como de un modo todavía más doloroso lo estará la joven que asoma ajena en la segunda fotografía, ya que esa imagen perdida entre los desconocidos esconde un secreto muy penoso de confesar.

La inocencia de la niña mendiga es un avatar que designaría muy tristemente ese conducto de la infancia de Abisina: una inocencia que no tiene el merecido respecto, que no puede recabar para su estado toda la sencillez y el candor que merece.

Lo que la niña mendiga despierta en el corazón de la mujer que la alberga puede sumarse con mayor consistencia que cualquier otra cosa al desolado sentimiento que poco a poco enfría la vida y ayuda a que la conciencia se haga tajante en sus determinaciones.

Yo no sé lo que ella pasó en aquellas calles, decía Armila, ni puede que recuerde qué calles fueron. Los hijos de Abisina se parecieron a los hermanos. El marinero puede que fuera peor que el padre. Esta mujer pedía con una piedra atada con una cuerda al pie derecho...

Ése es el penoso secreto de la joven de la segunda fotografía, que perdida en una plaza por donde transitan seres tan anónimos como ajenos.

Estaba pidiendo, aunque el hecho de que la joven lo hiciese era algo ocasional o, al menos, no el resultado de la situación extrema a que hubiera llegado, por pura necesidad. En un tiempo, más o menos indeterminado, de la juventud de Abisina, los trabajos de subsistencia son variados, y en las insistentes iniciativas para buscarse la vida de mejor manera, las ocasiones también varían y los resultados no son el ningún caso demasiado halagüeños, pero el dato más importante de la misma, probablemente lo que motivó que el fotógrafo se figurara en ella y se la hiciese, es el bulto oscuro cercano al pie derecho, lo que Armila describió como la piedra atada con una cuerda.

Ni Abisina era propicia a hablar más de lo debido, ni mi padre hizo mayores indagaciones de las necesarias y las derivadas de la curiosidad que fuera precisa para conocerla mejor, sobre todo los datos que considerara adecuados para plantear la separación, que ella deseaba, y aclarar el mejor modo el resultado de las lesiones del marido.

En aquellos años, los de la juventud de la fotografía y los que pudieran alargarlos, Abisina había sufrido algunos ataques de nervios, ésa era la parca descripción de lo que los momentos más graves casi le hacía perder el conocimiento.

Era algo que a mi padre podía interesarle en el planteamiento de la demanda, el componente de cierta enfermedad que dejaba un rastro que la podía hacer especialmente excitable, propensa a una histeria que provocara reacciones indebidas.

A mi padre le preocupaba la situación del marido internado en el Hospital y lo que pudiera suponer como arma aquella piedra que Abisina llevaba en el bolso.

Nada que, por otro lado, explicase la razón de que aquella joven que pedía en una plaza desconocida, imposible de saber si en Doza o en Armenta o en el mismo Ordial, lo hiciese también con una piedra, de bastante tamaño, atada con una cuerda al pie derecho.

La niña que abandonó la casa de Regiones acarrea la escoba.

La niña que había vivido aquel tiempo solitario en el piso, mientras trabajaba su madre, se había quedado allí muerta, no era la misma que se iba o que llevaban.

La niña huérfana de Doza, perdida un tiempo con los hermanos, mendigando por las calles, tampoco era la misma.

Y esta joven que volvía a pedir y que, en el recuerdo, contaría con el mayor aborrecimiento de Abisina, que no podía soportar el sufrimiento de las limosnas, ya que de un sufrimiento psicológico y moral se trataba, asumía el cautiverio y la ignominia de la piedra, como si con ella se hiciese más explícito el sentimiento de su vergüenza.

O el secreto de esa circunstancia olvidada, de ese hecho que nada que no sea absurdo puede significar, deriva de la propia condición de la joven enferma, ya que ésa es otra de las aversiones que Abisina pone en juego para oscurecer su memoria: no acepta el recuerdo de la enfermedad, no se aviene a la derrota de un cuerpo maltrecho y un espíritu que no logra controlarlo, ya que de un espíritu malsano se trata.

La piedra del reo es la evidencia de un avatar doliente, lo que no quiere decir que la joven perturbada recurriera a ella para contrarrestar la ansiedad, *el* estallido nervioso, un estupor íntimo que aquilata sus necesidades y la hace salir a la calle con la piedra atada al pie, a pedir, para no tener que hacerlo desnuda, abochornada por el cuerpo y el alma.

Las heridas que más duelen son las que no se ven. El peor de los dolores es el que no sangra.

Los brazos caídos, las manos abiertas a los lados, sobre el desgastado vestido de la fotografía, adelgazan la figura de una pobre muchacha que necesitaba materializar el peso de todo lo que en la vida, hasta aquel momento, le había sucedido.

La limosna formaba parte de la injusticia de estar viva.

Hasta que Abisina se casa, la enfermedad tiene un rendimiento oculto y es un avatar reservado que ella administra con el mayor esfuerzo para que nadie se percate.

Luego, con el matrimonio y los hijos, los posibles rebrotes de la misma no los solventa de igual manera. Cada día era menos lo que se pudiera ocultar en una casa alborotada, y es posible que en los impulsos descontrolados se aliviaran la ansiedad y la desazón, también lo que el carácter almacenaba en la presión que el asedio diario convertía en rutina.

De lo que en las vicisitudes de sus trabajos pueda saberse, en la Azucarera de Armenta, en la Fábrica de Hilaturas de Composta, en la limpieza de los hoteles Condominio, dedicada luego a servir en distintas casas, la enfermedad no tiene otro relieve que el que supusiera el debilitamiento y el contraste de su ánimo sobrecargado para seguir tirando.

El trabajo es un recurso de consistencia, y mientras más duro pudo resultarle más la forjó, hasta el momento en que Abisina logra nivelar el sufrimiento y el esfuerzo, como si la precaria salud se petrificara labrando el cuerpo con la adusta talla de la intemperie y la resistencia, y endureciendo el espíritu con las decisiones que la liberan de cualquier atadura o indefensión.

El hermano mayor da con sus huesos en el Penal de Moravines. Lo que resta de una condena, en la que revierten sucesivos delitos y años de prisión, finalmente agravados con un homicidio, es ya lo que queda de una existencia destruida.

Es el último tiempo en que la herencia de los desastres familiares afecta a la vida de Abisina.

Su padre ha hecho circunstanciales apariciones para solicitar, y a veces exigir, cuidado y dinero.

Es un hombre que entretiene la decrepitud con mayores poderes de los que parecerían pensables. El hombre que en su cuidada presencia, todo lo impostada que se quiera, hace gala de ese patrimonio tan rentable para algunos y que no es otra cosa que el del egoísmo: el valor de lo propio y el capricho de lo que sólo cuenta en el beneficio o la satisfacción de uno mismo.

Siempre queda el resabio de la coartada sentimental que conlleva la desgracia, la injusticia y la mala suerte. También el recuerdo lloroso de la mujer

que quiso, y es en el reclamo de la ausencia, en el dolor de la muerte que jamás atendió, donde la hija recompone el impudor de quien, una vez más, vuelve para demostrar que nunca estuvo ni vino cuando de veras se le necesitaba.

El hermano pequeño, un año menor que ella, muere en Ordial, en el Hospital de Misericordia. Fallece tres días antes de que Abisina se case.

Hay un dato en la muerte de ese hombre, todavía joven y completamente alejado del hermano con el que había compartido tantas correrías y pendencias. Lo mató un tumor fulminante y nada se sabía de lo que de él hubiera sido en los últimos años, no había más dato que el de su ingreso hospitalario, en condiciones muy graves, solicitado desde la Pensión Numantina, cercana a la Estación de Ordial, donde Abisina recogió sus pertenencias tras el entierro.

La maleta del hermano, en el armario de la habitación que ocupaba en la Pensión antes del ingreso, y a la que había llegado la noche anterior, contenía unas mudas, una caja de hilos y alfileres, una pluma estilográfica y un cuaderno.

Abisina dejó en seguida de ir a visitar al hermano mayor en el Penal de Moravines, pero la muerte del hermano pequeño la afectó tanto que hizo un último intento de retrasar la boda, a lo que el novio se negó tajantemente.

En el cuaderno del hermano había algunas notas. Cuentas, nombres, cantidades. También una cruz dibujada con tanto detenimiento como impericia y una fecha bajo ella. Era la del día en que habían encontrado muerte a la madre, y la palabra consuelo escrita con minúsculas a un lado de la cruz, como si el nombre se quisiera sustraer en el alivio de la pena que aflige el ánimo.

Algunas fechas pueden espigarse, con mayor o menor exactitud, en las vicisitudes que se corresponden con el futuro de Abisina tras la separación matrimonial, aunque hay un largo tiempo que podría borrarse en lo relativo al crecimiento de sus hijos.

Dos de ellos, Onofre y Clorida, viven a su lado en el Arrabal de Rambla, al menos hasta que por un tiempo la madre se traslada a Daza, contratada por una familia para la que ya había trabajado en ocasiones anteriores y con la que mantiene una buena relación hasta que, en algún momento y por causas no muy claras, esa relación de confianza se rompe y el generoso amparo que de ella pudo recibir se reconvierte en un rencoroso distanciamiento. El otro hijo, Damiel, desaparece pronto del domicilio familiar, mucho antes de la edad en que le corresponde hacer el servicio militar.

En cualquier caso, los hijos se crían en Rambla, y en lo que atañe a los dos primeros existe una temprana animadversión respecto a la madre, la desavenencia de unos caracteres tan hoscos como destemplados, un poso de amargura e inquina que suscita los enfrentamientos y confrontaciones menos razonables, como si el lastre familiar que Abisina acarreaba contuviera un contagio en la descendencia o ese sino de las repeticiones sucesorias que, como en más de una ocasión le escuché a mi padre, llena de pleitos y calamidades a determinadas ramas que se solazan en la contrariedad.

Se hereda lo peor de lo que se tiene. A veces la vida es el saco en el que se guarda lo que más aborrecemos. La mejor manera de ayudar al destino que nos echa a perder es pensar que quienes más debieran querernos y respetarnos son los mayores sospechosos. Nada enfría más el corazón familiar que el desecho de los afectos, los desperdicios que van llenando la convivencia como el cubo de la basura que unos y otros colman con la voluntad más tortuosa.

Lo que esa mujer lleva visto y vivido, dijo una vez Armila, no tiene nombre.

Tampoco debía de tenerlo lo que ella misma irradiaba, el espejo de una realidad que multiplicaba el daño y la desdicha al hacerse pedazos, lo que también pudiera parecerse a la tela de araña que va tejiendo una red que es el techo que se desmorona o la puerta que se cierra o el sufrimiento que se maldice.

Una tarde de octubre, cuando Abisina todavía vivía en el Arrabal de Rambla, aunque en un piso distinto al de la convivencia matrimonial, cuando Onofre y Clorida ya no estaban con ella, regresó después de su jornada en las Hilaturas de Composta.

No es difícil imaginar ese regreso. En los meses anteriores Clorida había porfiado y reñido hasta lograr que la madre admitiera como teórico inquilino a quien resultaba ser un novio necesitado de esconderse, algo muy parecido a lo que Onofre había planteado en otra ocasión con una amiga que padecía una enfermedad incurable y acababa de salir de Condolencia.

La casa de Abisina fue, desde que cedió en uno y otro caso, un refugio propicio a las trifulcas, con amistades y enemistades sustentadas en secretos débitos que, hasta que pudo cortar el voy y vengo de los hijos, la fueron poco a poco arrinconando, de modo que durante algunas temporadas vio ocupada su habitación y pasó las noches en la cocina.

La puerta del piso estaba abierta y lo que ella pudo contemplar aquella tarde, con esa constatación que sobreviene a la duda de lo que se ve o se sueña, fue el vacío más absoluto, una suerte de despojo que ni siquiera la sorpresa logra afianzar, como si lo sucedido no tuviese ninguna explicación.

Nadie roba de ese modo. No hay ladrón que desvalije un piso de tal manera que apenas deje la huella de los muebles u objetos que tan poco valor pudieran tener. La rapiña mostraba alguna otra intención, y es de suponer que en los desconcertados pasos de Abisina por aquellos espacios esquilados algo fue percibiendo, un sentimiento que se acompañaría al resquemor de los nervios alterados, la desazón que enturbia la sorpresa de lo que nos resistimos a creer.

Cerró la puerta.

La soledad tiene argumentos variados para expresar la carencia, el pesar o el vacío. Hay una melancolía muy peculiar en el lugar desierto o en la ausencia.

Nada de ello valdría para imaginar de lo que se adueñaba aquella mujer que cerró la puerta sin otra decisión que borrar la vergüenza que por ella pudiera atisbarse, la inclemencia de la desnudez que hace insoportable el pudor. Ninguno de los argumentos serviría para que Abisina contemplara la soledad de su despojo, de tal manera que la pena llegase a conmoverla, ya que ese vacío en el que probablemente la noche se hizo más larga que nunca no ofrecía límites en el encierro, la intemperie era el valor añadido a la des-

posesión, y del frío del otoño de Borela no se salvaguardaba ninguna intimidad que no contase con el afecto necesario.

Esa pobre mujer, dijo Armila, no tuvo silla donde sentarse ni cama en la que reposar. Lo que hizo desde la tarde hasta el día siguiente fue caminar por el pasillo, entrar y salir de las habitaciones, dejar que corriera el agua en el grifo de la cocina.

Volvió Daniel.

Puede ser otra fecha cualquiera, hacia el invierno siguiente.

En esa ocasión lo que Abisina encuentra es la puerta del piso cerrada, de modo que su llave no funciona y el timbre está desconectado. Alguien manipuló la cerradura y, antes de golpear con los nudillos, oye la voz que la llama, el ronco susurro que pronuncia su nombre.

El Daniel que desapareció, años atrás, es tan distinto al Daniel que vuelve, que Abisina tarda en reconocerlo y, cuando lo logra, piensa que ese reconocimiento forma parte de su vida pasada, como si sus hermanos no hubiesen muerto y alguno de ellos regresara, siempre a pedirle cuentas, como diría Armila: nadie ofreció jamás nada a esta pobre mujer, quien se acercó a su lado fue para solicitar o exigir.

Daniel necesita dinero. La necesidad tiene la urgencia de una deuda por la que está amenazado, y no parecen precisas excesivas explicaciones después de tanto tiempo, la necesidad hace prioritaria la ayuda y el dinero, una cantidad importante, tiene un plazo inminente.

Nada nuevo en la vida de Abisina.

Confundir al hijo con alguno de los hermanos era como retomar ese mismo camino por el que ella va y viene, sin que en ningún momento la intención de alejarse y desaparecer pudiera verse cumplida.

Hay un esfuerzo baldío en la determinación de algunas personas, no una falta de voluntad o una decisión demasiado lastrada por los compromisos que a veces nos inventamos, un esfuerzo que no es correspondido, una intención que se desbarata.

En lo que a Abisina vino a sucederle, desde ese momento en que Daniel incide en el asedio a la madre, como si ella fuese la única que pudiera sacarle de aprietos, está la demostración de una incapacidad para huir, del esfuerzo que no se corresponde con lo que se pretende.

—Ahora me tienes en tus manos... —dijo Da-miel, no muchos días después de haber vuelto, cuando le hizo saber a su madre que los acreedores merodeaban por el Barrio y que probablemente ya lo tenían localizado—. Lo que vaya a sucederme a ti te lo debo, porque el egoísmo con que me tratas lo demuestra esta cartilla.

Abisina no decía nada. La cartilla de ahorros que él le mostraba sumaba las escuetas cantidades de su trabajo, reiteradamente requeridas por Clorida quien, no mucho después del desvalijamiento del piso, había vuelto a dar señales de vida, ahora acompañada por otra pareja, y madre de una niña que aseguraba ser el vivo retrato de la abuela.

—Ésos se lo han ido llevando todo, no me lo niegues... —decía Daniel, refiriéndose a Onofre y su hermana—. Te dejaron el piso como la patena, te registran el bolso y la mesita, vienen cuando no estás y se llevan lo que quieren. Voy a poner las cosas claras, yo pido lo mío.

Una de las noches en que Daniel salió, siempre reiterando el riesgo que corría, como si se complaciera en lo que podía sucederle o pretendiese aumentar la preocupación de Abisina, que procuraba no escucharle, ella decidió cerrarle definitivamente la puerta, pero esa noche no regresó, fue Clorida la que vino al día siguiente, con la niña colgada a la espalda, más necesitada que nunca, y no mucho después apareció Onofre, muy enojado y solicitando información sobre las pretensiones de su hermano.

—Nada... —era casi la única palabra que musitaba Abisina, una palabra que subía a sus labios como un suspiro, sin que supusiera una contestación o una indicación.

—No se sale con la suya... —decía Onofre, y tampoco podía entenderse muy bien a lo que se refería, ya que nada concreto quedaba por resolver entre la madre y ellos, nada que pudiera evaluarse o valorarse, ni siquiera la estrategia con que Daniel estableciera las pretensiones para que se le devolviese lo que consideraba suyo, cuando nada había y prácticamente nada había habido nunca.

Esa palabra en los labios de Abisina era como la piedra que tenía atada en el pie derecho, cuando la joven asomaba en la fotografía que le habían robado en alguna plaza: los ojos huidizos y las manos caídas con un gesto pudoroso...

Una mujer le salió al encuentro en alguna de las jornadas laborales en que iba y venía de una casa a otra, haciendo horas, limpiando y planchando al servicio de las familias de Borda que tanto valoraban en Abisina la seriedad en el trabajo y la confianza y discreción.

Esa mujer tenía recogida a una niña que su madre había abandonado días atrás.

La madre descastada, y el que parece el padre lo que más se asemeja a un iluso o un inconsecuente, si se le perdona la facha de maleante o vago, decía la mujer, que estaba describiendo con más piedad que indignación a Clorida y a su compañero, sin recurrir a demasiados detalles que por vecindad conocería de sobra, y decidida a encontrar a la abuela para informarla del asunto antes de llevar a la niña a donde correspondía, con la ineludible denuncia de su abandono y para que se le prestasen las debidas atenciones.

La niña no era el vivo retrato de la abuela que interesadamente advirtiera en alguna ocasión la madre, se parecía mucho más al padre, sobre todo en los ojos saltones que desde el asombro de su desamparo aumentaban el atónito desvarío con que el padre miraba, como si aquel raro sujeto habitase una lejanía igual que la de esos bichos solapados que no tienen guarida ni manada y que dan la impresión de no pertenecer a ninguna especie.

La niña le recordó a Abisina, como no podía ser menos, a otra niña abandonada en un piso vacío.

No sabía su nombre, tampoco lo sabía aquella mujer a la que acompañó a su casa para hacerse cargo de ella. La llamaban Pelusa.

La madre, si por tal se la pudiera tener, Clorida, como usted sabe, y el padre, si es que mereciera el nombre, lo que dudo mucho, Martingala, supongo que el apodo de quien por excesivos esfuerzos que hiciera no alcanzaría la categoría de pobre desgraciado. Una pareja de Juzgado de Guardia, aseguró la mujer, que mostraba limpia y triste a la pobre niña a la que había anudado el pelo con un lazo rosa, y que en el desamparo de la timidez no podía disimular el raquitismo.

El tiempo que la niña vivió bajo los cuidados de la abuela, siempre temerosa de que Clorida regresara para llevársela, aunque también convencida del peso que se habría quitado de encima de manera tan infame, Abisina llamó Niña a la niña, apesadumbrada por no conocer su nombre, avergonzada cuando alguien le preguntaba por él, diciendo el suyo como el recurso más obvio para disimular aquella imperdonable carencia.

La niña era un ser silencioso, no ya porque todavía no tuviese edad de hablar, también por su incapacidad de emitir ruido y por el susto que le producía cualquier cosa que sonara a su alrededor, un pitido, un sonajero, una música, la propia voz de la abuela cuando la llamaba.

La niña daba unos pasos indecisos, vacilantes. Se movía por la casa seguida de Abisina o cogida de su mano, con los ojos como dos faros que no sabían adónde mirar y algo parecido a una diminuta ansiedad que la movía igual que si le hubieran dado cuerda.

Poco a poco la niña se hizo con la casa.

Además de silenciosa era extremadamente obediente y Armila, que tanto ayudó a la abuela a cuidarla, haciéndose cargo de ella en infinitas ocasiones, recordaba el resorte de la voz de la abuela para guiar sus pasos, el ir y venir de la niña al dictado de lo que la abuela le fuese diciendo.

Yo no me atrevería nunca, dijo Armila en una ocasión, a hablar de felicidad refiriéndome a Abisina, pero seguro que lo más cerca que estuvo de ese sentimiento fue en aquellos meses en que la niña se aferró a su lado, cuando la bañaba y la vestía y la peinaba. Nunca fue una niña alegre. Reconozco que aun en los mejores momentos daba un poco de pena mirarla y, por eso, fue muy triste ver cómo vino el padre para llevársela...

La niña tenía los ojos del padre. Ése era, sin duda, el mejor certificado de paternidad.

Lo vio la niña en la puerta y lo que Abisina no había logrado en los meses en que había estado con ella, una sonrisa o un gesto que iluminara el rostro raquítico, se produjo inmediatamente, seguido de un alborozo que no parecía posible.

Pelusa, Pelusilla, dijo el hombre, cogiéndola en sus brazos y alzándola por encima de él, mientras Abisina revoloteaba contrariada.

¿Es que no tiene nombre?... inquirió indignada. ¿No le parece bonito?...

¿Es que ni siquiera la bautizasteis...?

Ni falta que hace. Tampoco de mí se preocuparon, y nunca necesité ni lo uno ni lo otro. Además, pregúntele a su hija. Ella se lavó las manos.

El padre rodaba por el suelo con la niña que empezaba a reír, y cuando Abisina, más celosa que enojada, fue a quitársela de las manos, la niña la rechazó y se puso a llorar.

Está empadrada. Pelusa sólo quiere a Martingala. La madre no era buena, tiene usted una hija revenida, lo peor de lo peor. Usted sabrá si es cosa de familia.

Se llevó a la niña, pero apenas a dar un paseo.

Cuando volvió por la tarde, la niña estaba sucia y somnolienta. Chupaba un caramelo con desgana, después de haberse rebozado la cara con otros muchos.

No estoy tan ciego, dijo el hombre rascándose el pelo estropajoso con la mano izquierda mientras sujetaba a la niña en el brazo derecho, como para no darme cuenta de que Pelusa estará con usted mejor atendida. Ahora no paso por el mejor momento, ni siquiera tengo techo donde cobijarme.

Dijiste que te la llevabas, y te la llevas, aseguró Abisina muy convencida.

El corazón de una abuela nunca puede ser tan duro como el de una madre descastada. De todos modos, si usted no quiere a Pelusa, no faltará quien la quiera. En Doza mismo tengo una cuñada viuda. El hijo se le mató con mi hermano en un accidente ferroviario.

Podéis iros con viento fresco, dijo Abisina con irritación, y dio un portazo.

La casta venenosa, pudo escuchar todavía al hombre que hizo un intento de golpear la puerta. Mala hija, mala madre, mala abuela. Si yo creyese en Dios,

iba a temblar el universo.

Lo que el hombre tardó en bajar las escaleras, con la niña medio arrastrada de la mano, refunfuñando en los rellanos, fue lo que tardó Abisina en asomar de nuevo, para llamarlo, todavía irritada.

Ya le dije que no paso por el mejor momento, ni tengo techo. La niña necesita al padre. El padre no tiene dónde dormir.

Subió las escaleras con la niña en brazos. Estaba dormida. Abisina la tomó en los suyos y fue directamente a acostarla. El hombre remoloneó un momento antes de entrar. Cerró la puerta, se acercó a la cocina, olfateó en un puchero, pellizcó en la barra de pan.

También gana un hijo, dijo con el vano intento de guiñar el ojo derecho...

Abisina le dio dos bofetadas. El hombre gimió resignado, pasándose la palma de la mano por la mejilla.

No deje usted de zurrarme pero, por favor, no me maldiga. Yo nací sin norte. Las mujeres que llevo conocidas no mejoran a su hija. En cualquier caso, jamás fui un mal yerno. Le juro que como yerno siempre supe comportarme, se lo puedo demostrar.

La niña siguió sin nombre, el padre se negó a bautizarla, a pesar de que la abuela le puso en el disparadero de acceder a hacerlo o irse de casa.

Sabe usted de sobra que si me voy, la llevo, amenazaba sin mucha decisión, dispuesto a recibir una vez más las bofetadas de Abisina, que no soportaba que se refiriera a ella como su suegra, la consideración que él había esparcido por el vecindario, especialmente cuando paseaba a la niña, lo único que hizo en los tres meses que allí vivió.

En esos tres meses hubo, al menos, tres graves altercados, de los que Abisina fue testigo temeroso, ya que la presencia de la niña, su salvaguarda, evitaba que pudiera participar, ni siquiera interceder, dada la violencia a la que se llegaba.

Una tarde, al regresar del trabajo, más cansada que de costumbre, pues llevaba algunos días con el ánimo caído y unas décimas rebeldes, escuchó las voces destempladas y los insultos que derivaban en amenazas y ruidos de muebles arrastrados. Era en su casa. Muchas vecinas asomaban asustadas a sus puertas y la miraban con la conmiseración que no esconde el menosprecio.

Onofre y Martingala estaban en plena reyerta. La casa patas arriba. La niña encerrada en la habitación, llorando. Apenas suspendieron un instante las amenazas y los golpes. Se veía claramente que Martingala llevaba la peor parte, lo que no evitaba que Onofre sangrara por la nariz. La reacción de Abisina, después de ordenarles que se fueran, sin que sus palabras causaran la mínima respuesta, sobre todo en Onofre que estaba descompuesto y aprovechaba para darle con una silla en la cabeza a su contrincante, fue la de ir a defender y calmar a la niña.

Ese renacuajo, decía Onofre. Esa mierdecilla que tienes por nieta sin que sea hija de tu hija. Te la llevas, le ordenaba al padre, la saco por los pelos y la tiro por la escalera...

Subieron unos guardias y no les fue nada fácil calmar a los enfurecidos agresores para poder llevarlos a la Comisaría. Abisina no era testigo de nada, la niña no dejaba de llorar.

Alguien tiene que poner una denuncia, dijo un guardia mientras los vecinos se escurrían en sus casas.

Es un pleito familiar. Estos escándalos no suceden por primera vez, opinó un vecino.

La segunda reyerta la provocó Daniel al mes siguiente, cuando todavía Martingala se lamía las heridas, vigilado por la niña, que había redoblado el cariño hasta el punto de no querer separarse de su lado, lo que ayudó a que la abuela reconsiderara la decisión de que el padre se fuese de una vez, dejase de vivir allí y, como mucho, viniera a ver a la niña de cuando en cuando.

Daniel se había convertido, como él mismo decía, en un enfermo crónico. La enfermedad era lo de menos, lo importante era su condición, el carácter habitual de una dolencia, probablemente renal, que profesionalizaba el sufrimiento y reducía lo que él denominaba la capacidad de maniobra.

Se insultaron, se tiraron lo que tenían a mano, pero no llegaron a sacudirse.

Vengo a que mi madre se haga cargo de mí, a pedir lo que me corresponde, lo que es mío, y encuentro a un falso yerno y a una lagartija. Puedo estar desahuciado, quedarme cualquier día en cualquier esquina, pero antes voy a hacer justicia, a echar a patadas a estos inquilinos falsificados. El riñón no me hace falta para empujarlos por las escaleras...

Volvieron los guardias.

También regresó Onofre, precisamente un día en que Abisina había llevado a la niña a una revisión médica. Esta vez la reyerta tuvo resultados más dramáticos, lesiones graves por ambas partes.

Usted tiene que pensar seriamente en abandonar el piso, le dijo a Abisina el Administrador de la Finca, porque ahora la denuncia es unánime.

Debió de ser por entonces cuando Abisina pensó seriamente en desaparecer. Irse de Borela, buscar algo en Ordial o Armenta.

La visitadora social hizo un informe muy duro, a la niña se la llevaron a una Casa de Acogida, Onofre y el yerno estuvieron detenidos y Daniel hospitalizado.

Todos estos hechos coinciden, antes de que Armila vuelva a saber algo de su amiga, con el desalojo de la casa y la desaparición, aunque en ese trance hubo algunas circunstancias que a la propia Armila le cuesta confesar.

Yo no puedo decir lo que no debo o contar lo que pudiera parecerme extraño, no soy quién para juzgar otra cosa que lo que resultaba evidente. Esos desgraciados no merecían ninguna consideración, la niña daba pena, la abuela no salía de su sufrimiento. Aquel yerno, al que tuvo con ella, era el colmo de los colmos, peor que el más malo de los hijos, lo que sería muy difícil de distinguir...

Habían pasado algunos días y Armila creyó reconocer por la calle a Abisina. Es el tiempo que se corresponde con su decisión de marcharse, esos días finales que todavía pudo subsistir en Borela, cuando ya había dejado la casa.

Saber que era ella, decía Armila, fue un palpito. Llegar a reconocerla me costó trabajo. Lo que hice fue seguirla un rato, y juro que esto lo cuento porque yo misma me quedé muy preocupada, sobre todo después de escuchar lo que escuché.

Abisina caminaba en unas condiciones lamentables.

Era tal su apariencia que la gente no podía evitar volver la cabeza al cruzarse con ella o detenerse un momento. Ella no parecía percatarse de nada, iba con el paso firme aunque desnortado, como si no supiera hacia dónde pero sí con absoluta decisión.

Estaba sucia, exactamente negra, como si hubiese salido de la mina, decía Armila: la suciedad del carbón, la carbonilla que la hubiera salpicado como una costra de la cabeza a los pies, convirtiendo su vestido en un harapo mineral.

Llevarla a su casa para que se limpiara y adecentara le costó a Armila mucho trabajo. Abisina no quería saber nada de ella, no accedía a reconocerla y, además, sus primeras reacciones a los requerimientos de la amiga fueron

desapacibles.

Me daba vergüenza, dijo Armila. Tanta pena como vergüenza. Lo que había hecho esa mujer fue lo mismo que en otras ocasiones, y lo que acabaría haciendo cuando todas aquellas desgracias terminaron en lo que terminaron. Cuando al fin los hijos recibieron su merecido.

Escondarse. Eso era lo que había hecho Abisina aquella vez y en otras ocasiones. Las ausencias intermitentes, después de cualquier desgraciado suceso, o cuando algo que a nadie confesaba la incitaba a ello, no eran otra cosa que esconderse, un modo de sustraerse a la agresión que la vida derramaba a su alrededor o a la ansiedad que afloraba en su interior como una brasa que necesitaba apagar, dejándola consumirse en la soledad de su desánimo.

Cerca de la casa donde había vivido, estaba el almacén de una Carbonería y, al parecer, no era la primera vez que en él se refugiaba, como si entre el carbón y la leña, en lo más recóndito de un lugar en el que la oscuridad se espesaba tiznada y grasienta, ella hiciese la ruta del minero en la galería de un pozo donde nadie podría encontrarla.

Viviría en una cueva, era la frase que Armila recordaba en la boca de la amiga, cuando entre el silencio que era muy propio de su relación las palabras brotaban sin venir a cuento, y lo que Armila escuchaba parecía un deseo o una ensoñación. O podría volar para salir escopetada, sin que nadie me viese al levantar la vista...

Primero Ordial y después Armenta.

Son bastantes los años de esa desaparición, entendiendo por tal la decisión de la huida con que Abisina pretendió no sólo alejarse sino también quitarse de encima el lastre de aquellas persecuciones.

Los trabajos se repiten con pocas variantes: labores domiciliarias, empleada de limpieza en una empresa, trabajadora en la Azucarera de Armenta o en un almacén de cartonajes.

Lo que puede adivinarse de las rutinas laborales de Abisina no ofrece ningún misterio. Puede preverse la excepción de algún contrato como empleada del hogar y la mala experiencia del mismo, lo que más de una vez hace pensar en la dificultad de sus relaciones, derivada de un carácter reconcentrado que podía suscitar incompreensión o inesperadas intemperancias.

Esos años no dejan mucha huella y, al contabilizar lo que pudieron suponer en su pasado, cuando fue necesario actualizar el destino de Abisina, la evaluación de los precedentes que nos llevarían a la tercera de las fotografías de que disponemos, aquella en que una mujer ya mayor, la anciana precipitada que Abisina nunca llegará a ser, mira a la cámara con la osadía de quien lleva haciendo una larga defensa, puede sacarse la conclusión de que esa forma de desaparecer fue una manera de esconderse.

Pero todo es relativo. Las rutinas laborales marcan relativas transiciones que ella pudo saldar por cansancio o decidida a un cambio que le proporcionara alguna mejora. La vida entre Ordial y Armenta no tenía por qué ser muy distinta, las ciudades de su vida no determinan nada especial en el discurrir de los años.

Los escenarios de esa vida ni la amparan ni la desamparan, es el propio destino de la niña que bajó las escaleras arrastrando la escoba, cuando la recogieron abandonada en el piso vacío, el que interpone la trama del retrato, quiero decir que la existencia de Abisina, como tantas veces sucede, no requiere un paisaje que la contenga, un lugar que la resuelva.

En el acontecer cotidiano y secreto de una existencia tan anónima, ya que más allá de los sucesos desgraciados y dramáticos que venimos narrando, al pie de las contadas fotografías de la niña agarrada a la pierna del hermano, la joven

en la plaza y la anciana que se resiste a la edad como un sarmiento, nada tiene un extraordinario relieve, el anonimato suele ser el tamiz de las existencias subalternas, las que conforman esas redes de la vida en las que casi todos estamos atrapados.

Desvelar los secretos en que esas vidas ostentan el patrimonio de su peculiaridad, lo que las identificaría en el contraste de las que tanto se les parecen, es lo único que podría hacerse para recabar un reconocimiento distinto, una aventura de otro grado. Pero como bien sabemos, esas acciones desveladoras no son frecuentes, el impulso de guardar lo que más íntimamente nos pertenece, lo más hondo e inextricable, se acomoda a la garantía de un conocimiento profundo de nosotros mismos o, al menos, a la percepción y a la comprensión de lo que somos, y también a la coartada y a la piedad que merecemos, la necesidad de saber perdonarnos.

Es muy arduo el camino para impetrar perdón a los demás, si alguna culpa tenemos sin rescindir y, sin embargo, resulta más llevadera la encomienda de concedérselo a nosotros mismos, como si se tratara de un entendimiento que avala nuestro carácter y manera de ser.

Vuelvo a mirar la fotografía de Abisina Brunido sentada en una silla en el estudio del fotógrafo, con los ojos clavados en la cámara y el bolso sujeto en el regazo, una fotografía voluntaria y decisiva, como ya dije, y percibo la resolución de quien definitivamente abandona el escondrijo, ese otro atributo de la voluntad que también coadyuva a la fisura de nuestro anonimato, cuando ni siquiera existen condiciones para perdonarnos a nosotros mismos ni comprender a los demás, cuando es la vida la que no perdona a nadie.

Desaparece, se esconde, se pierde...

En el Barrio de Seral de Armenta, el más populoso de los que crecieron tras el Ensanche urbano, hay una mujer que camina por las calles sin que se detenga en ningún sitio, de modo que poco a poco hasta los vecinos más ajenos van comprobando la extraña vicisitud de la viandante, que no parece aquejada de ninguna dolencia, ni a nadie mira ni a nadie pide nada.

Camina a pasos cortos, absortos, no está mal vestida, aunque con el transcurso del tiempo empieza a ser visible el deterioro a que la reconduce la falta de higiene.

La policía toma cartas en el asunto, las gentes de Seral que intentan socorrerla no obtienen respuesta, nada quiere, como mucho agradece el detalle con educación.

Recluida en el Hospital de Samina, no hay un diagnóstico que avale algún grado de perturbación, en el ensimismamiento no se aprecia un límite de estupor y en seguida la mujer comienza a recobrarse y retorna un comportamiento cabal, aunque sigue paseando sin cansarse por los pasillos, corredores y jardines del edificio. De Samina la envían al Albergue Municipal, donde reside una corta temporada hasta regresar a su casa.

Para entonces ya se sabe que la mujer se llama Abisina Brunido Otero, que vive sola en su domicilio de la Calle Araba, en el número siete, por las afueras de Armenta. No hay familiares que puedan contactarse, pero la mujer, ya recuperada en el orden médico y burocrático de los correspondientes informes, aporta datos sobre sus trabajos y es reconocida y avalada en sus cometidos y responsabilidades, sin que en ningún caso existan observaciones de incapacidad o deterioro mental.

Esta situación de Abisina perdida no es la primera vez que se produce.

Es fácil relacionarla con sus escondites y, por supuesto, con otros sucesos más graves, algunos de los cuales se corresponden con la propensión de las extravagantes retiradas, si así podemos denominarlas, y el ingreso en Urgencias del Hospital San Severo de Ordial al menos en dos ocasiones, una con golpes en la cabeza y magulladuras por la espalda y las piernas, y otra en un grado de debilidad muy cercano a la extenuación, recogida tras el correspondiente aviso precisamente en un rellano de las escaleras del citado

domicilio donde se la encontró un vecino.

Abisina sufrió un asalto en la calle.

Así se resume el informe policial, donde los detalles que pudieron recabarse de su declaración son tan escuetos como desvaídos, por no decir incongruentes.

Existe, sin embargo, cierta suspicacia al valorar sus palabras, como si quien redacta el informe final, tras la declaración, incidiera en la posibilidad de que el agresor, o los agresores, no fuesen del todo ajenos a la víctima. No reconoce Abisina la desaparición de su bolso donde, al parecer, llevaba algún dinero que acababa de sacar del Banco y, sin embargo, se contradice declarando que lo perdió o que lo había dejado en casa. El dinero, no mucho, lo llevaba en el monedero, del que tampoco sabía dar cuenta, y el móvil del robo quedaba de lo más confuso, haciendo la agresión todavía más sospechosa.

La debilidad extrema con que Abisina fue recogida en el rellano de su casa provenía del tiempo, no menos extremo, que llevaba sin comer y sin salir de la misma.

Llegó a pensarse que alguien la hubiese encerrado, ya que los detalles y datos de este caso, al que algunos vecinos aportaron ciertos indicios, orientaban la presunción de que más que encerrada voluntariamente en el piso pudo haberlo estado en una de las dos habitaciones o acaso en el retrete, y no de manera precisamente voluntaria.

Nada reconoció en este orden de cosas.

La debilidad no había producido ningún fallo en el entendimiento: Abisina achacaba su penosa situación a haberse sentido enferma, haber perdido el conocimiento, no poder reaccionar ante lo que le sucedía, aunque tuviese plena conciencia de sentirse abatida.

O me quería morir, dijo también, sin que siquiera me diese cuenta...

Fue mi primo Belisario, de quien ya he dicho que tenía una imaginación calenturienta que con el tiempo se acomodó al carácter ponderado y racionalista del abogado en ejercicio, quien heredó el Despacho de mi padre, con mucho éxito por cierto, y además se casó con mi hermana Cleo, una boda de primos carnales que aceptó la familia con más resignación que agrado.

Habían transcurrido muchos años desde que de muchachos hubiésemos conocido a Abisina, cuando Armila la trajo para que mi padre la ayudase en la demanda y tramitación de su separación matrimonial, y también desde aquella ocasión en que Belisario dijo que parecía una bruja y Cleo que era una esfinge.

En la herencia del Despacho estuvo, tanto tiempo después, la vieja dienta, todavía reconducida por su no menos vieja amiga Armila, pero ni Belisario ni Cleo corroboraron lo que tan lejanamente les había parecido, o ni siquiera se atrevieron a recordarlo.

Esa vieja dienta era la anciana que Abisina nunca llegó a ser, la que acababa de salir de la fotografía.

Los años justificarían ya su condición longeva, y hasta el vestido negro, el moño en el pelo ceniciento, las garras que sujetaban con tanta decisión el bolso en el regazo, debieran ayudar a la imagen vetusta, pero había algo que se contraponía a ella: un contraste de fuerza y decrepitud o un ímpetu que sostenía la entereza de lo que el cuerpo preservaba del espíritu, o del carácter tan silencioso y soterrado con que Abisina había sobrevivido y conquistado aquella edad que no lograba maltratarla en su aspecto, al menos tanto como la vida lo hubiese hecho.

Detenida en su antiguo Barrio de Cavados, donde había regresado a una casita en el extremo donde Borela estaba a punto de expansionarse, ya que las fincas rústicas sobrellevaban el más absoluto abandono a la espera de convertirse en suelo urbanizable, la policía la retuvo para ponerla a disposición judicial, momento en que Belisario hizo las primeras actuaciones en el caso, reclamado por Armila, logrando que su defendida quedase en libertad provisional con una fianza que él mismo ayudó a pagar.

Se trataba de un caso de lesiones graves. La parte demandante, una mujer llamada Elioda García Sarto, tenía rota la mandíbula y fuertes contusiones en la

espalda.

Los resultados del juicio no fueron muy onerosos para Abisina. La legítima defensa, que esgrimió Belisario, se compaginaba muy bien con el asalto domiciliario que Abisina había sufrido, las amenazas, la nocturnidad, una disparatada reclamación por parte de una persona, para ella desconocida, que intentaba justificar sin lograrlo su condición de cónyuge del hijo mayor de la demandada, Onofre Otero Brunido.

Matrimonio de hecho, acabaría reconociendo su abogado, sin que se entendiera muy bien lo que el hecho suponía, desde el punto y hora en que el tal cónyuge ni comparecía ni nada se sabía de él.

Soy una mujer abandonada, testificó finalmente Elioda, con un hijo que sería el nieto de esta asesina si no fuese porque la sangre no se puede medir en igual cuantía que el amor y el respeto. No fue con los sentimientos con los que me golpeó hasta dejarme tiesa. Lo hizo con lo peor que tuvo a mano, con lo que más daño pudiera causar.

Onofre no tardaría en aparecer.

El asunto estaba concluido pero Onofre seguía, como siempre, sin oficio ni beneficio y venía a que su madre lo perdonara, en lo que él pudiera tener de responsabilidad respecto a aquella sujeta, ése era el apelativo que usaba, con la que había pasado los años más desgraciados de su existencia y a la que llevaba reclamando, otros tantos, el hijo que estaba echando a perder, pues de un niño de muy poca salud y muy mal cuidado se trataba.

La crisma es lo que hay que romperle, porfiaba Onofre, lo que no fui capaz de hacer en su momento. Es un nieto inmerecido, no hay derecho a nombrarlo siquiera en tu presencia, pero yo quiero ser el hijo que debo, que como tal me reconozcas, después de haberme portado tan mal contigo. No tendré donde caerme muerto pero sí arrepentido...

Antes de que el arrepentimiento de Onofre diera los frutos que dio, frutos podridos en la consideración que siempre hacía la testigo más solvente de la vida de Abisina, su amiga Armila, a quien no sería justo citar sin más aunque sea reiteradamente en este retrato, comenzaron a llegar los avisos del que sería el desenlace fatal de Daniel.

El hombre que había profesionalizado la enfermedad se encontraba en el trance de convertirse en víctima de su profesión. La dolencia renal alimentaba infecciones invasoras y la repetición de los cólicos que iban agravando el estado de las penosas glándulas secretorias, mientras el enfermo tomaba conciencia del ruinoso negocio, estremecido ante la continua amenaza del resultado de los análisis de orina, que iban confirmando lo peor.

Los avisos llegaron por distintos conductos y mucho más tarde de lo que el titular hubiese querido.

De las vicisitudes de Daniel podría hacerse un largo recorrido en el que habría poco que destacar, ya que en el total de las mismas no hay otra cosa que el rendimiento, apenas aprovechable, de la impostura: ese quiero y no puedo del que sube y baja entre el enredo y el pagamiento de sí mismo, las encomiendas mal llevadas, los contratos sin cumplir, una denuncia, una falsedad con visos de falsificación, la disculpa que nadie puede creer o la coartada que salta a la vista y, al fin, *el* desprecio merecido y la vergüenza del insolvente, irritado y amargado en el límite del menosprecio.

Daniel se había quedado solo.

La pericia para que nadie pudiera subsistir a su lado, algunos compañeros y compañeras de negocios venidos a menos o la enamorada de turno que acabaría hasta el mismísimo gorro, según expresión socorrida, iban perteneciendo al pasado del enfermo profesional, a quien nadie negó un físico atractivo, en el que la raíz juvenil mantuvo una prestancia retardada que avivaban los ojos, la mirada insolente que acabó siendo retraída, una fugacidad o un destello que cautivó a las mujeres y, sin embargo, hizo desconfiar a los hombres, esos dones que se heredan y que, en su caso, vendrían de la apostura de aquel abuelo abandonista que tanto hizo sufrir a la madre de Abisina.

La soledad fue el peor resorte del abandono y el desamparo, que es lo

que suele suceder. Y, además, cuando el que se queda solo es porque ha perdido todos los recursos de la compañía y ha echado a perder las redes que lo beneficiaban, aunque ya sólo fuese con el cobro de una deuda piadosa, que suele ser el último escalón, emerge un resentimiento para disfrazar la culpabilidad, y es el mejor caldo de cultivo de la amargura.

Solo y amargado.

Con esos componentes, además de la labia que también Daniel heredó del abuelo abandonista, los avisos no fueron exactamente como los mensajes en la botella del naufrago, sino una especie de advertencias que disfrazaban, sin mucha eficacia, la penosa situación de quien los emitía, desde los contados puertos del marinero a quien ya nadie quiere enrolar en ninguna tripulación y tiene rescindido cualquier crédito.

Les llegaron a Onofre, que hizo caso omiso de ellos, a pesar de la reiteración que los adelgazaba hasta el suspiro, cuando el que advierte se quita la máscara y sencillamente pide árnica, y a Clorinda, de quien en aquellos tiempos era difícil averiguar el paradero, aunque tampoco tardaría en dar la cara, y le llegaron a Armila y, por su conducto, a la madre que el enfermo profesional no tenía ubicada.

De este sufrimiento doy cuenta, decía uno de los avisos de Daniel, con la misma remilgada letra de su contenido. Curiosamente se trataba de un aviso sin otro requerimiento, sólo el de dar cuenta. La petición de ayuda llegaría en el siguiente, que fue el que acabó contestando Armila, una vez que Abisina se avino a reconocer el penoso negocio del enfermo profesional.

Son accesos terribles, escribía, cólicos nefríticos que me hacen sudar tinta china, sin que tenga a mano el mínimo recurso. Estos accesos provienen, según diagnostican los especialistas, de las concreciones anormales que, desde el riñón, pasan por los uréteres igual que sabandijas, para llegar a la vejiga de la orina y hacerme llorar meando.

Así me encuentro, en la tesitura de advertir un final violento, como si el dolor me apuñalase. Cuando el cólico cede, me duermo y sueño con el pis en los pañales de cuando era niño...

De lo que murió Daniel fue de un tumor, después de haberle extirpado el riñón derecho y comprobada la correspondiente metástasis que arruinó su vida en menos de dos meses en el Hospital de Misericordia.

De todos los avisos del enfermo sólo tuvo respuesta el de Abisina, acompañada como siempre por Armila.

El camino del Hospital volvía a ser lo que determinaba ese intermitente requerimiento de una última voluntad de la que ella, tras tantas vicisitudes y esfuerzos, no había logrado prescindir. Los hospitales no eran las estancias de la curación, los aliviaderos del sufrimiento, parecían los escenarios de una fatalidad que debía asumir como si la empujasen hacia el abismo. El camino de muchos recuerdos que jalonaban lo que en su vida podía mezclar el aborrecimiento y la piedad, la conmiseración y el desprecio, aunque la muerte supusiese finalmente un vacío que no se comprende...

La Abisina que anticipa la fotografía de su vejez, la que muy pronto, apenas unos meses más tarde, ya muerto Daniel y recluida en la soledad de su casita en las afueras de Borela donde en muchas ocasiones ni siquiera le abre la puerta a su única amiga, es ese ser humano que va a sufrir el tránsito definitivo: la niña que bajó las escaleras en el limbo de su orfandad, con la escoba en la mano.

Belisario y Cleo hablaban con mucha admiración de Armila.

Luego, cuando llegó el suceso final que pone límite al retrato y fin al relato al que con tanta dedicación me vengo entregando, su figura se difuminó, como es propio de las figuras subalternas que en la compañía encuentran la discreción de su auténtico cometido.

Eso fue Armila, una mujer que tiene la propiedad de su vida puesta al servicio de la amiga, como si de una propiedad compartida se tratara, o mejor de una generosa cesión ofrecida sin contrapartidas, apenas con el sentimiento de lo que el alivio puede garantizar por encima del compadecimiento, el testimonio de la aflicción que se corresponde con la presencia cuando ni es necesaria la solicitud: una aparición que no precisó llamada y siempre se produjo sin aguardar ningún agradecimiento.

Abisina y Armila van a Misericordia.

El otoño se lleva lo poco que Borela tiene, entre otras cosas el rugoso pergamino en que se reconvierte y borra el pavimento de las calles.

Son dos mujeres que van al paso, y como bien recuerdan Belisario y Cleo, hacen sin remedio un camino pesadoso, sobre todo al regreso, ya que Daniel dejó de ser el enfermo profesional que administró con amargura sus pesares y recabó las precarias retribuciones, para convertirse en un hombre desesperado al que el dolor corroe sin que sea posible la sedación que lo tranquilice.

Ya no hay ninguna alternativa a sus vanas consideraciones renales, no le quedan palabras para expresar la transformación de la sabandija que perturba su organismo como si todo en ella estuviese afilado, y en el aliento que esparce por las glándulas se solidificara un veneno abrasivo.

El dolor lo hace implacable.

Este hijo es la piltrafa que conseguiste, musita, cuando la mano de Abisina se alza para alcanzar el vaso de agua de la mesilla y, al acercárselo a los labios, todavía tiene fuerza para torcer la cara o derramarlo de un golpe.

La mierda de ser tu hijo, la mierda de que seas mi madre...

Armila le pone la mano en la frente.

Abisina recoge la suya, la aprieta contra el pecho, la contiene.

Podría darte una bofetada, resuena en su interior.

No me pagues el entierro, dice Daniel, a quien el dolor hace brotar una lágrima que parece una esquirra de cristal. No te quiero deber nada. Y no me recuerdes como el hijo que pude ser, no te conozco, no me mires...

Lo que supuso la cama vacía de Daniel, en la Sala del ala noroeste de Misericordia, no fue exactamente el aviso de su muerte, que se había producido aquella noche, y que fue lo primero que constató el llanto de Armila cuando llegaron por la mañana, al descubrir el somier y el colchón recogido, sino algo así como un último desprecio para el corazón de la madre, otra de sus ausencias y desplantes.

Hay que preguntar por los trámites del entierro, dijo entonces Armila, retomando lo que les había contado a Belisario y Cleo.

Abisina se había dado la vuelta y se iba sin esperar a que su amiga la acompañase.

Habría que hacer una vez más el recorrido de las tres fotografías, yendo de la niña a la joven y a la anciana y volviendo de la anciana a la joven y a la niña, como si en las instantáneas se filtrara lo único que emerge en el posible retrato, la sugerencia menos explícita y más misteriosa de la vida de Abisina Brunido.

Conservo las tres fotografías. También tengo el recordatorio del fallecimiento de Armila, pues unos sobrinos agradecidos lo hicieron llegar en su día al Despacho de Belisario. No son, sin embargo, muy relevantes mis recuerdos personales de una y otra, ya que apenas hubo ocasiones de volver a verlas.

La verdad es que la oportunidad en que hubiese sido más propio hacerlo, cuando detuvieron a Abisina después del último suceso, y entre el procedimiento y el sumario que antecedieron al juicio hubo tantas comparecencias y visitas, con Belisario como abogado defensor y la posibilidad de acompañarle en alguna de ellas, no me atreví siquiera a sugerirlo.

Ver a Abisina era lo que menos me apetecía y, sin embargo, reclamaba a Belisario todo lo que pudiera contarme de ella, aunque lo que para él supusieron las actuaciones y la preparación de la defensa no resultó nada reconfortante. Abisina había tomado una actitud silenciosa, que ni la cordialidad ni la confianza del abogado lograrían romper hasta el punto que hubiese sido conveniente.

El silencio no se compaginaba por completo con la resignación, tampoco con lo que pudiera entenderse por arrepentimiento o algún atisbo de compunción moral: era una forma de reclusión y abandono que enlazaba con las desapariciones y los escondites.

No hubo una fecha exacta que determinara el regreso de Onofre y Clorida con su madre.

La casita del extrarradio no tenía vecindades muy cercanas.

Los antecedentes de lo que en aquella convivencia pudieran mostrar el lado menos grato, o más intemperante, de aquel regreso, no son contabilizables.

De lo que pudo haber sucedido en el día a día de la convivencia sería de lo que menos llegaría a hablar la encausada, tan escueta en los monosílabos y

en el retraimiento que los ánimos de Belisario no superaban, como si la fortificación de su designio pudiera consumarse con lo que se asemejaba a una sonrisa de desentendimiento, que era a lo que más llegaba.

Ahora podría volar, dijo cuando la detuvieron. Arrastraba la escoba al pie de la cuneta de la carretera de Cavados.

Esa frase volvió a repetirla varias veces, como convencida de que era verdad, que podría hacerlo.

Seguro que fue lo único que dijo, tras la discusión que encendió la reyerta entre Onofre y Clorida, y lo que ella pudo escuchar en el límite de una discordia que sumaba, casi como una maldición, lo que ellos le achacasen y el propio Damiel le había dicho poco antes de morir.

La escoba es el arma homicida, dijo el fiscal. En el intento de parricidio no hay otra cosa que un furor desatado y la desalmada contienda que convierte en animales a quienes debieran ser seres humanos.

Blandió la escoba como el arma que encontró más cerca. Podría decirse que la tomó de la mano de la propia niña que la arrastraba por las escaleras y que le recordó el peso de la piedra atada a su pie o escondida en su bolso.

Los golpes se repitieron en las cabezas y espaldas de sus hijos, con la precisión y fortaleza de quien defiende lo que alguna vez soñó que pudiera ser suyo.

_*_*_*_

Las tres fabulas del sentimiento que aquí se ofrecen tienen su antecedente en otros libros fundamentales en la obra de Luis Mateo Díez: El diablo meridiano, El eco de las bodas y El fulgor de la pobreza.

¿La desgracia se contagia? ¿Alguien puede quebrar el destino de los demás como si su cercanía supurara una enfermedad capaz de matarlos?... ¿La adolescencia es una edad que contiene mayores riesgos y misterios que cualquier otra? ¿Es posible vivirla y compartirla como un secreto que se atesora entre la plenitud y el trastorno?... ¿Debajo de los afectos y las responsabilidades familiares pueden subsistir y crecer la violencia y el aborrecimiento como una deuda perturbadora?.....

En las tres historias que contiene este volumen: «Los frutos de la niebla», «Príncipes del olvido» y «La escoba de la bruja» hay un componente de inquietud y desasosiego propio de las tramas más misteriosas. Las tres ofrecen un inesperado camino, lleno de sugerencias y significaciones, a este lado oscuro de la conciencia, la imaginación y el sueño, donde se ilumina sombría y sorpresivamente, el espejo de lo que somos, la invención que nos delata.

La creación de una peculiar y extraordinaria «comedia humana, llena de personajes inolvidables, dueños de un insondable mundo interior, viene siendo la conquista de un escritor que siempre afronta retos radicales y se declara convencido de que toda gran ficción es como un callejón lleno de gente desconocida.